

LA CAZA DEL OCTUBRE ROJO

TOM CLANCY

TOM CLANCY, nacido en 1947, es uno de los novelistas de intriga norteamericanos más leídos. Tras darse a conocer al gran público en 1984 con La caza del Octubre Rojo, cuya adaptación cinematográfica le valió el reconocimiento internacional, ha publicado una serie de novelas de las que se han vendido más de ochenta millones de ejemplares: Tormenta roja, Juego de patriotas -también llevada al cine-, El cardenal del Kremlin, Peligro inminente, Pánico nuclear.

LOS EDITORES

Para Ralph Chatham un submarinista que dijo la verdad y para todos los hombres que ostentan delfines.

Título original: The Hunt for Red October

Traducción: Benigno H. Andrada

EL PRIMER DÍA

Viernes, 3 de diciembre

El Octubre Rojo

El capitán de navío de la Marina soviética Marko Ramius vestía las ropas especiales para el Ártico que eran reglamentarias en la base de submarinos de la Flota del Norte, en Polyarnyy. Lo envolvían cinco capas de lana y tela encerada. Un sucio remolcador de puerto empujaba la proa de su submarino hacia el norte para enfrentar el canal. Durante dos interminables meses su Octubre Rojo había estado encerrado en uno de los diques —convertido en ese momento en una caja de cemento llena de agua— contruidos especialmente para proteger de las severas condiciones ambientales a los submarinos lanzamisiles estratégicos. Desde uno de sus bordes, una cantidad de marinos y trabajadores del astillero contemplaba la partida de su nave con la flemática modalidad rusa, sin el más mínimo agitar de brazos ni un solo grito de entusiasmo.

—Máquinas adelante lentamente, Kamarov —ordenó. El remolcador se apartó del camino y Ramius echó una mirada hacia popa para ver el agua revuelta por fuerza de las dos hélices de bronce.

El comandante del remolcador saludó con el brazo. Ramius devolvió el saludo. El remolcador había cumplido una tarea sencilla, pero lo había hecho rápido y bien. El Octubre Rojo, un submarino de la clase Typhoon, se movía en ese momento con su propia potencia hacia el canal marítimo principal del fiordo Kola.

—Ahí está el Purga, comandante. —Gregoriy Kamarov señaló en dirección al rompehielos que habría de escoltarlos hacia el mar. Ramius asintió. Las dos horas requeridas para transitar el canal no iban a poner a prueba sus facultades marineras, pero sí su aguante. Soplaban un frío viento del norte, la única clase de viento norte en esa parte del mundo. El final del otoño había sido sorprendentemente benigno, y la precipitación de nieve casi insignificante, en una zona donde era habitual medirla en metros; luego, una semana antes de la partida, una fuerte tormenta de invierno había arrasado las costas de Múrmansk, haciendo pedazos el pack de hielo del Ártico. El rompehielos no era ninguna formalidad. El Purga iba a apartar a un lado cualquier trozo de hielo que pudiera haber derivado durante la noche

introduciéndose en el canal. No sería nada bueno para la Marina soviética que su más moderno submarino lanzamisiles resultara dañado por un errante pedazo de agua congelada.

El mar estaba agitado en el fiordo, revueltas sus aguas por el fuerte viento. Las olas comenzaron a barrer la proa esférica del Octubre, rodando hacia atrás sobre la plana cubierta de misiles que se extendía delante de la imponente torreta negra. Las aguas estaban cubiertas por una capa de aceite proveniente de las sentinas de innumerables buques, suciedad que no habría de evaporarse en esas bajas temperaturas y que dejaba marcado un anillo negro en las paredes rocosas del fiordo, como si fueran las huellas del baño de un desaseado gigante. Una semejanza perfectamente apropiada, pensó Ramius. Al gigante soviético poco le importaba la suciedad que esparcía sobre la superficie de la tierra, rezongó para sus adentros. Había aprendido a navegar de niño, en barcos costeros de pescadores, y sabía lo que era estar en armonía con la naturaleza.

—Aumentar la velocidad a un tercio —dijo. Kamarov repitió la orden de su comandante por el teléfono del puente. La agitación del agua se hizo más evidente cuando el Octubre se puso a la popa del Purga. El teniente de navío Kamarov era el navegante del submarino; su puesto anterior había sido el de piloto de puerto para los grandes buques de combate basados en ambos lados de la amplia ensenada. Los dos oficiales mantenían una atenta mirada sobre el rompehielos que navegaba delante, a trescientos metros. En la cubierta de popa del Purga se movía un puñado de tripulantes que golpeaban el suelo con sus pies para combatir el frío; uno de ellos llevaba el delantal blanco del cocinero del buque. Querían presenciar el primer crucero operacional del Octubre Rojo, aunque, por otra parte, un marino haría prácticamente cualquier cosa para romper la monotonía de sus tareas.

En otras circunstancias Ramius se habría sentido irritado por el hecho de que su buque fuera acompañado en la salida -el canal era allí amplio y profundo- pero no ese día. El hielo era algo que lo preocupaba. Y en cuanto a preocupaciones, había para Ramius muchísimo más.

—Bueno, mi comandante, iotra vez salimos al mar para servir y proteger la Rodina! —El capitán de fragata Iván Yurievich Putin asomó la cabeza a través de la escotilla, sin permiso, como era su costumbre, y trepó la escalerilla con la torpeza propia de un hombre de tierra.

La diminuta estación de control estaba ya llena de gente con el comandante, el navegante y un silencioso hombre de guardia.

Putin era el zampolit del buque. Todo lo que él hacía era para servir a la Rodinaz, palabra que tenía místicas connotaciones para un ruso y que, junto

con V. I. Lenin, era, en el partido comunista, el sustituto de una verdadera divinidad.

—Así es, Iván —respondió Ramius con mejor ánimo del que realmente sentía— Dos semanas en el mar. Es bueno salir del puerto. El marino pertenece al mar, y no es bueno estar allí atado, rebasado por burócratas y obreros de botas sucias. Y tendremos un poco más de calor.

—¿Esto le parece frío? —preguntó Putin, incrédulo.

Por centésima vez Ramius se dijo que Putin era el perfecto oficial político. Su voz sonaba siempre demasiado fuerte, su humor era demasiado afectado. Jamás permitía a nadie olvidar quién era él. El perfecto oficial político, Putin, era un hombre temible.

—He estado demasiado tiempo en submarinos, amigo mío. Me he acostumbrado a las temperaturas moderadas y a un piso estable debajo de mis pies. —Putin no captó el velado insulto. Lo habían destinado a submarinos después de una interrupción rápida de su primera incursión en destructores debido a los crónicos mareos; y tal vez porque no le molestaba el estrecho confinamiento a bordo de los submarinos, algo que muchos hombres no pueden soportar.

—¡Ah, Marko Aleksandrovich, en Gorki, en un día como éste, las flores se abren!

—¿Y qué clase de flores pueden ser ésas, camarada oficial político?

Ramius exploraba el fiordo a través de sus binoculares. Era el mediodía y el sol apenas se levantaba sobre el horizonte en el sudeste, arrojando luces anaranjadas y sombras púrpuras sobre las paredes rocosas.

—¡Pero... flores de nieve, por supuesto! —dijo Putin riendo ruidosamente En un día como éste, las caras de los niños y de las mujeres tienen un brillo rosado, el aliento se estira detrás de uno como una nube, y la vodka tiene un sabor especialmente agradable. ¡Ah, estar en Gorki en un día como éste!

“Este bastardo debería trabajar para Intourist”, se dijo Ramius, lástima que Gorki es una ciudad cerrada a los extranjeros. Él había estado allí dos veces. Lo había impresionado como una típica ciudad rusa, llena de edificios destartados, calles sucias y ciudadanos mal vestidos. Como en la mayoría de las ciudades soviéticas, el invierno era la mejor estación para Gorki. La nieve ocultaba toda la suciedad. Ramius, medio lituano, tenía recuerdos de su infancia de un lugar mejor, una población costera cuyo origen hanseático había dejado muchas filas de edificios presentables.

No era común que quien no fuera ruso puro se encontrara a bordo de -y mucho menos comandara- un navío soviético de guerra. El padre de Marko,

Aleksandr Ramius, había sido un héroe del partido; un comunista convencido y dedicado, que había servido bien y fielmente a Stalin. Cuando los soviéticos ocuparon por primera vez Lituania en 1940, el padre de Marko había tenido una destacada actuación detectando disidentes políticos: dueños de tiendas, sacerdotes, y todo aquel que pudiera crear problemas para el nuevo régimen. Todos ellos fueron embarcados hacia destinos que luego ni siquiera Moscú pudo definir. Cuando los alemanes invadieron, un año más tarde, Aleksandr luchó heroicamente como comisario político, y poco después habría de distinguirse personalmente en la batalla de Leningrado. En 1944 regresó a su tierra natal con la punta de lanza del Undécimo Ejército de Guardias para tomarse una sangrienta venganza sobre quienes habían colaborado con los alemanes o eran sospechosos de haberlo hecho. El padre de Marko había sido un verdadero héroe soviético... y Marko estaba profundamente avergonzado de ser su hijo. La salud de su madre se había resentido durante el interminable sitio de Leningrado. Ella murió al darlo a luz a él, y debió criarlo su abuela paterna en Lituania, mientras su padre se pavoneaba en el comité central del partido, en Vilnius, esperando su promoción a Moscú. Logró eso también, y era candidato a miembro del Politburó cuando su vida quedó interrumpida por un ataque al corazón.

La vergüenza de Marko no era total. La prominencia de su padre había hecho posible su meta de entonces, y Marko planeó tomarse su propia venganza sobre la Unión Soviética; una venganza suficiente tal vez como para satisfacer a los miles de compatriotas suyos que habían muerto aun antes de que él naciera.

—Adonde vamos, Iván Yurievich, hará todavía más frío.

Putin palmeó el hombro de su comandante. ¿Era su afecto fingido o real?, se preguntaba Marko. Probablemente real. Ramius era un hombre honesto y reconocía que ese sujeto, pequeño y gritón, tenía realmente algunos sentimientos humanos.

—¿A qué se debe, camarada comandante, que usted parece siempre contento de dejar a la Rodina y hacerse a la mar?

Ramius sonrió detrás de sus binoculares.

—Los marinos tienen sólo un país, Iván Yurievich, pero dos esposas. Usted jamás podría comprender eso. Ahora yo estoy en camino hacia mi otra esposa, la que es fría y cruel, pero también es dueña de mi alma. —Ramius hizo una pausa. Su sonrisa se desvaneció—. Mi única esposa ahora.

Por una vez Putin guardó silencio, y Marko lo notó. El oficial político había estado allí, y había derramado verdaderas lágrimas cuando el ataúd de pino lustrado se deslizó hacia la cámara de cremación. Para Putin, la muerte

de Natalia Bogdanova Ramius había sido motivo de pena, pero por encima de eso, el acto de un desaprensivo Dios cuya existencia negaba él regularmente. Para Ramius había sido un crimen, cometido no por Dios sino por el Estado. Un crimen monstruoso e innecesario, que exigía castigo.

—Hielo —señaló el vigía.

—Un bloque de hielo desprendido en el lado de estribor del canal, o tal vez un trozo del glaciar del lado este. Pasaremos bien por el claro —dijo Kamarov.

—¡Comandante! —El altavoz del puente lanzaba una voz metálica—. Mensaje del comando de la flota.

—Léalo.

—Zona de ejercicio despejada. No hay buques enemigos en la vecindad. Proceda según órdenes. Firmado, Korov, Comandante de la Flota.

—Comprendido —dijo Ramius. Se oyó en el altavoz el click de cierre—. ¿Así que no hay Amerikantsi cerca?

—¿Usted duda del comandante de la flota? —preguntó Putin.

—Espero que esté en lo cierto —replicó Ramius, con una sinceridad mayor de la que podía apreciar su oficial político—. Pero usted recuerda nuestras reuniones para impartir directivas.

Putin cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro. Tal vez estaba sintiendo el frío.

—Aquellos submarinos norteamericanos clase 688, Iván, los Los Angeles. ¿Recuerda lo que dijo uno de sus oficiales a nuestro espía?

—¿Que podían acercarse furtivamente a una ballena y hacerla pedazos antes de que se diera cuenta? Me pregunto cómo obtuvo la KGB esa pequeña información. Alguna hermosa agente soviética, entrenada a la manera del decadente Occidente, demasiado flaca, como a los imperialistas les gustan sus mujeres, pelo rubio... —El comandante gruñó divertido—. Probablemente el oficial norteamericano era un muchacho fanfarrón, que trataba de encontrar una forma de hacer lo mismo a nuestra agente, ¿no? Y estaba sintiendo los efectos de su bebida, como la mayoría de los marinos. Pero aun así; debemos cuidarnos de los norteamericanos clase Los Angeles y de los nuevos Trafalgar británicos. Son una amenaza para nosotros.

—Los norteamericanos son buenos técnicos, camarada comandante —dijo Putin—, pero no son gigantes. Su tecnología no es tan pasmosa. Nasha lutchá —concluyó—. La nuestra es mejor.

Ramius asintió pensativo, diciéndose a sí mismo que los zampoliti deberían realmente saber algo sobre los buques que supervisaban, de acuerdo con lo establecido en la doctrina del partido.

—Iván, ¿no le dijeron los granjeros de los alrededores de Gorki que es al lobo que usted no ve al que debe temer? Pero no se preocupe demasiado. Con este buque les daremos una lección, creo.

—Como dije en la Administración Política Superior —Putin palmeó otra vez el hombro de Ramius—, ¡el Octubre Rojo está en las mejores manos!

Ramius y Kamarov sonrieron al escucharlo. “¡Hijo de puta!”, pensó el comandante, “¡decir frente a mis hombres que él debe certificar mi capacidad de mando! ¡Un hombre que no podría gobernar un bote de goma en un día calmo! Es una lástima que no vayas a vivir para hacerte tragar esas palabras, camarada oficial político, y pasarte el resto de tu vida en el gulag por semejante disparate. Casi valdría la pena dejarte con vida.”

Pocos minutos más tarde el viento comenzó a aumentar haciendo que el submarino se balanceara. El movimiento se acentuaba por la altura en la que se encontraban con respecto a la cubierta, y Putin presentó sus excusas para bajar. Todavía era un marinero de piernas flojas. Ramius compartió silenciosamente la observación con Kamarov, quien sonrió en completo acuerdo. Su tácito desprecio por el zampolit era un pensamiento sumamente anti-soviético.

La hora siguiente pasó con rapidez. Las aguas se hacían cada vez más revueltas a medida que se acercaban a mar abierto, y el rompehielos empezó a balancearse en las olas. Ramius lo miraba con interés. Nunca había estado a bordo de un rompehielos; toda su carrera había transcurrido en submarinos. Éstos eran más cómodos, aunque también más peligrosos. Sin embargo, estaba acostumbrado al peligro, y los años de experiencia rendían en ese momento sus frutos.

—Boya marina a la vista, comandante —señaló Kamarov. La boya con su luz roja saltaba furiosamente entre las olas.

—Sala de control, ¿qué profundidad tenemos? —preguntó Ramius por el teléfono del puente.

—Cien metros debajo de la quilla, camarada comandante.

—Aumente la velocidad a dos tercios y caiga a la izquierda diez grados. —Ramius miró a Kamarov—. Transmita al Purga nuestro cambio de rumbo... y espero que no vire al revés.

Kamarov buscó el destellador guardado bajo la brazola del puente. El Octubre Rojo empezó a acelerar lentamente, con la potencia de sus máquinas resistida por su mole de treinta mil toneladas. En ese momento la proa formaba un arco de agua de tres metros, las olas se deslizaban hacia atrás sobre la cubierta de misiles, estallando contra el frente de la torreta. El Purga

cambió su rumbo hacia estribor, permitiendo que el submarino pasara sin dificultad.

Ramius miró hacia popa en dirección a los riscos del fiordo Kola. La implacable presión de imponentes glaciares los había tallado milenios antes hasta darles su forma actual. ¿Cuántas veces en sus veinte años de servicio en la Flota del Norte de la Bandera Roja había contemplado esa amplia y lisa superficie en forma de U? Ésa sería la última. De una forma u otra, él jamás volvería. ¿Cómo iría a resultar todo? Ramius admitió para sus adentros que no le importaba mucho. Quizá fueran ciertas las historias que le contaba su abuela, referidas a Dios y la recompensa por una vida buena. Así lo esperaba... ¡Qué bueno sería que Natalia no estuviera verdaderamente muerta! De cualquier manera ya no había posibilidad de volver atrás. Había dejado una carta antes de partir, en la última saca de correos que recogieron. Después de eso ya no podría regresar.

—Kamarov, transmita al Purga: Nos sumergiremos a las... —controló su reloj— ... 13:20. El ejercicio HELADA DE OCTUBRE comienza de acuerdo con lo establecido. Queda en libertad para otras tareas asignadas. Regresaremos según lo previsto.

Kamarov trabajó con el destellador para transmitir el mensaje. El Purga respondió de inmediato y Ramius leyó sin ayuda las luces intermitentes de la señal: "SI LAS BALLENAS NO SE LOS COMEN, BUENA SUERTE OCTUBRE ROJO".

Ramius levantó de nuevo el teléfono y apretó el botón de la sala de radio del submarino. Hizo transmitir el mismo mensaje al comando de la flota, en Severomorsk. Después llamó a la sala de control.

—¿Profundidad debajo de la quilla?

—Ciento cuarenta metros, camarada comandante.

—Prepárense para inmersión. —Se volvió hacia el vigía y le ordenó que bajara. El muchacho se acercó a la escotilla. Probablemente estaba feliz porque regresaba al calor de abajo, pero se tomó unos segundos para echar una última mirada al cielo nuboso y a los acantilados que se alejaban. Hacerse a la mar en un submarino era siempre emocionante, y siempre un poco triste.

—Despejen el puente. Hágase cargo del comando cuando llegue abajo, Gregoriy.

Kamarov asintió y se lanzó abajo por la escotilla, dejando solo al comandante.

Ramius recorrió cuidadosamente con la mirada el horizonte, explorando por última vez. El sol era apenas visible a popa, el cielo estaba plomizo y el

mar negro, excepto en los blancos copetes de espuma. Se preguntó si estaría diciendo adiós al mundo. De ser así, habría preferido una visión de él un poco más alegre.

Antes de deslizarse hacia el interior inspeccionó el asiento de la escotilla, la cerró tirando hacia abajo de una cadena y se aseguró que el mecanismo automático funcionara correctamente. Luego bajó ocho metros por el interior de la torre hasta el casco de presión; después, dos más para entrar en la sala de control. Un michman cerró la segunda escotilla y con un fuerte impulso hizo girar la rueda de cierre hasta el tope.

—¿Gregoriy? — preguntó Ramius.

—Tablero principal cerrado —dijo secamente el navegante, señalando el tablero de inmersión. Todas las luces indicadoras de aberturas en el casco eran verdes, en condiciones de seguridad—. Todos los sistemas en orden y controlados para inmersión. La compensación está conectada. Estamos listos para sumergirnos.

El comandante hizo su propia inspección visual de los indicadores mecánicos, eléctricos e hidráulicos. Asintió, y el michman de guardia destrabó los controles de ventilación.

—Inmersión —ordenó Ramius, acercándose al periscopio para relevar a Vasily Borodin, su starpom. Kamarov accionó la alarma de inmersión y comenzó a retumbar en el casco el estrépito de la penetrante bocina.

—Inunden los tanques principales de lastre. Ajusten los timones de profundidad. Diez grados abajo en los timones —ordenó Kamarov, con sus ojos atentos para comprobar que cada hombre de la dotación cumpliera exactamente su tarea. Ramius escuchaba cuidadosamente pero no miraba. Kamarov era el mejor marino joven que había tenido a sus órdenes, y hacía ya tiempo que se había ganado la confianza de su comandante.

El casco del Octubre Rojo se llenó con el ruido del aire a presión cuando se abrieron las válvulas superiores de los tanques de lastre y el agua que entraba por el fondo desplazaba y desalojaba el aire de sustentación. Era un largo proceso porque el submarino tenía muchos de esos tanques, cada uno de ellos cuidadosamente subdividido por numerosos paneles celulares. Ramius ajustó las lentes del periscopio para mirar hacia abajo y vio cómo las negras aguas se convertían fugazmente en espuma.

El Octubre Rojo era la nave mejor y más grande de las que Ramius había mandado, pero el submarino tenía un grave defecto. Poseía máquinas de abundante potencia y un nuevo sistema de impulsión que él esperaba que burlara y confundiera tanto a los submarinos norteamericanos como a los soviéticos, pero el buque era tan grande que para los cambios de profundidad

parecía una ballena lisiada. Lento para emerger y aún más lento para descender.

—Periscopio bajo nivel. —Ramius se apartó del instrumento después de lo que le pareció una larga espera—. Abajo el periscopio.

—Pasando cuarenta metros —dijo Kamarov.

—Nivelar a cien metros. —Ramius observaba a los hombres de su dotación. La primera inmersión podía causar estremecimientos a los más experimentados, y la mitad de su dotación estaba formada por muchachos campesinos llegados directamente del centro de entrenamiento. El casco crujía y chirriaba bajo la presión del agua que lo rodeaba, y llevaba tiempo acostumbrarse a eso. Algunos de los más jóvenes se pusieron pálidos, pero sin perder la rigidez de su erguida posición.

Kamarov inició el procedimiento para nivelar a la profundidad requerida. Ramius observaba con el orgullo que podría haber sentido por su propio hijo, mientras el teniente impartía con precisión las órdenes necesarias. Era el primer oficial que Ramius había reclutado. Los tripulantes de la sala de control se movieron presurosos ante las órdenes.

Cinco minutos más tarde el submarino modificaba su ángulo de descenso a noventa metros y por inercia cubría los diez siguientes hasta lograr una perfecta estabilización a cien.

—Muy bien, camarada teniente. Queda usted al mando. Disminuya la velocidad a un tercio. Ordene a los operadores del sonar que hagan escucha con todos los sistemas pasivos. — Ramius se volvió para abandonar la sala de control indicando a Putin que lo siguiera.

Y así empezó todo.

Ramius y Putin se dirigieron hacia popa, a la cámara de oficiales del submarino. El comandante mantuvo abierta la puerta para que entrara el oficial político y luego la cerró con pestillo. La cámara de oficiales del Octubre Rojo era un recinto amplio para un submarino, y estaba ubicada inmediatamente delante de la cocina y detrás del alojamiento de oficiales. Sus mamparos eran a prueba de ruidos y la compuerta tenía un pestillo porque sus diseñadores sabían perfectamente que no todo lo que allí conversaran los oficiales debía ser oído por los otros tripulantes. Tenía espacio suficiente como para que todos los oficiales del Octubre pudieran comer en un solo grupo, aunque por lo menos tres de ellos estarían siempre de servicio. La caja de seguridad que contenía las órdenes para el buque estaba allí, y no en el camarote del comandante, donde el hombre, aprovechando su soledad, podría intentar abrirla por sí mismo. Tenía dos diales. Ramius conservaba una de las combinaciones. Putin la otra. Lo que no era del todo necesario ya que

sin duda Putin conocía las órdenes de su misión. Lo mismo ocurría con Ramius, aunque no tenía todos los detalles.

Putin sirvió té mientras el comandante controlaba su reloj de pulsera con el cronómetro montado sobre el mamparo. Faltaban quince minutos para la hora en que podría abrir la caja. La cortesía de Putin lo hizo sentir incómodo.

—Otras dos semanas de confinamiento —dijo el zampolit, revolviendo su té.

—Los norteamericanos lo hacen durante dos meses, Iván. Por supuesto, sus submarinos son mucho más cómodos. —A pesar de su inmenso casco, las comodidades para la dotación del Octubre habrían avergonzado a un carcelero de un gulag. La dotación estaba compuesta por quince oficiales, alojados a popa en camarotes bastante decentes, y cien hombres de tropa cuyas literas estaban metidas en rincones y huecos distribuidos en la proa, delante de la sala de misiles. El tamaño del Octubre era engañoso. El interior de su doble casco estaba colmado de misiles, torpedos, un reactor nuclear con todo su equipo auxiliar, una enorme planta de diesel de complemento, y un banco de baterías de níquel-cadmio fuera del casco presurizado, que tenía diez veces las dimensiones de sus competidores norteamericanos. Operar y mantener la nave era una tremenda carga para una dotación tan pequeña, aunque el empleo intensivo de la automatización hacía de esa nave la más moderna de la flota de guerra soviética. Tal vez los hombres no necesitaban mejores literas. Sólo dispondrían de cuatro a seis horas diarias para hacer uso de ellas. Esa circunstancia obraría a favor de Ramius. La mitad de su dotación eran reclutas en su primer viaje operativo, y ni siquiera los hombres más experimentados sabían algo más. La fuerza de esa dotación —a diferencia de las occidentales— residía mucho más en sus once michmany que en sus glavnyy starshini. Todos ellos eran hombres que harían exactamente lo que sus oficiales les dijeran (estaban especialmente entrenados para actuar así). Y Ramius había elegido a los oficiales.

—¿Usted quiere viajar durante dos meses? —preguntó Putin.

—Lo he hecho en los submarinos diesel. El submarino pertenece al mar, Iván. Nuestra misión es hundir el miedo en el corazón de los imperialistas. Y eso no lo lograremos atados en nuestro galpón de Polyarnyy la mayor parte del tiempo, pero no podemos permanecer más en el mar porque en cualquier período mayor de dos semanas la dotación pierde eficiencia. En dos semanas esta colección de criaturas se convertirá en una pandilla de autómatas atontados. —Ramius contaba con eso.

—¿Y eso podría resolverse adoptando lujos capitalistas? —preguntó Putin con desprecio.

—Un marxista verdadero es objetivo, camarada oficial político —replicó Ramius, saboreando el efecto de ese último argumento en Putin—. Objetivamente, aquello que nos ayude a cumplir nuestra misión es bueno; aquello que nos entorpece es malo. Se supone que la adversidad debe estimular nuestro espíritu y capacidad, y no apagarlos. El solo hecho de estar a bordo de un submarino es ya un sacrificio suficiente, ¿no es así?

—No para usted, Marko —sonrió Putin sobre su taza de té.

—Yo soy marino. Los hombres de nuestra dotación no lo son, la mayoría de ellos jamás lo será. Son un conjunto de hijos de granjeros y muchachos que aspiran a ser obreros en una fábrica. Tenemos que adaptarnos a la época, Iván. Estos chicos no son como éramos nosotros.

—Eso es cierto —convino Putin—. Usted nunca está satisfecho, camarada comandante. Supongo que son los hombres como usted los que impulsan el progreso para todos nosotros.

Ambos hombres sabían por qué los submarinos lanzamisiles soviéticos pasaban tan poco tiempo en el mar -apenas el quince por ciento del total- y no tenía nada que ver con las comodidades de los hombres. El Octubre Rojo llevaba veintiséis misiles SS-N-20 Seahawk, cada uno de ellos con ocho vehículos de reingreso para objetivos autónomos múltiples (MIRV) de quinientos kilotones suficientes para destruir doscientas ciudades. Los bombarderos con base en tierra sólo podían volar unas pocas horas cada vez, luego debían regresar a sus bases. Los misiles basados en tierra, desplegados a lo largo de la principal red ferroviaria soviética este-oeste, se encontraban siempre en posiciones que podían ser alcanzadas por las tropas paramilitares de la KGB, para que ningún comandante de regimiento de misiles pensara de pronto en el poder que tenía en las puntas de sus dedos. Pero los submarinos lanzamisiles estaban -por definición- más allá de cualquier control de tierra. Su propia misión consistía en desaparecer.

Teniendo en cuenta ese hecho, Marko estaba sorprendido de que su gobierno los empleara. Las dotaciones de esas naves debían ser sumamente seguras. Y por eso salían con menor frecuencia que sus contrapartes de Occidente y, cuando lo hacían, siempre viajaba a bordo un oficial político que se mantenía próximo al comandante, una especie de segundo comandante siempre listo para aprobar o no cualquier acción.

—¿Y usted cree que podría hacerlo, Marko? ¿Navegar durante dos meses con estos muchachos campesinos?

—Como usted sabe, prefiero chicos a medio entrenar. Tienen menos que “desaprender”. Entonces puedo enseñarles a ser marinos como corresponde, a mi manera. ¿Un culto a mi personalidad?

Putin rió mientras encendía un cigarrillo.

—Esa observación ya se ha hecho en el pasado, Marko. Pero usted es nuestro mejor maestro y su responsabilidad es bien conocida. —Eso era muy cierto. Ramius había enviado cientos de oficiales, suboficiales y tropa a otros submarinos, cuyos comandantes se alegraban de tenerlos con ellos. Ésa era otra paradoja: que un hombre pudiera generar confianza en el seno de una sociedad que apenas reconocía el concepto.

Por supuesto, Ramius era un leal miembro del partido, hijo de un héroe del partido que había sido llevado hasta su tumba por tres miembros del Politburó. Putin agitó un dedo.

—Usted debería estar al mando de una de nuestras más altas escuelas navales, camarada comandante. Su talento sería allí más útil para el Estado.

—Pero es que yo soy un marino, Iván Yurievich, y no un maestro de escuela... a pesar de lo que digan de mí. Un hombre inteligente conoce sus limitaciones. —Y uno audaz aprovecha las oportunidades. Todos los oficiales que se hallaban a bordo habían prestado anteriormente servicios a las órdenes de Ramius, excepto tres jóvenes tenientes, que le obedecían con tanta prontitud como cualquier mocoso matros, y el doctor, que era un incompetente.

El cronómetro dio cuatro campanadas.

Ramius se puso de pie y movió el dial en su combinación de tres elementos. Putin hizo otro tanto y el comandante giró la palanca para abrir la puerta circular de la caja de seguridad. En su interior había un sobre de papel color madera y cuatro libros de claves de cifrado y coordenadas de objetivos para misiles. Ramius retiró el sobre, luego cerró la puerta e hizo girar los dos diales antes de volver a sentarse.

—Veamos, Iván, ¿qué supone usted que nos mandan hacer nuestras órdenes? —preguntó teatralmente Ramius.

—Nuestro deber, camarada comandante —sonrió Putin.

—Naturalmente. —Ramius rompió el sello de cera del sobre y extrajo la orden de operaciones de cuatro páginas. La leyó rápidamente. No era complicada.

—Y bien, debemos dirigirnos a la cuadrícula 54-90 y reunirnos con nuestro submarino de ataque V. K. Konovalov. Ése es el nuevo buque que tiene bajo su mando el capitán Tupolev. Usted conoce a Viktor Tupolev, ¿no? Viktor nos protegerá de los imperialistas intrusos, y nosotros cumpliremos un

tema de cuatro días de seguimiento, mientras él nos da caza... si puede — bromeó Ramius—. Los muchachos de la dirección de submarinos de ataque todavía no han resuelto cómo seguir nuestro nuevo sistema de impulsión. Bueno, tampoco lo harán los norteamericanos. Nosotros debemos limitar nuestras operaciones a la cuadrícula 54-90 de la parrilla y las cuadrículas vecinas que la rodean. Eso tendría que hacer un poquito más fácil la tarea de Viktor.

—¿Pero usted no le permitirá que nos encuentre?

—Por supuesto que no —resopló Ramius—. ¿Permitirle? Viktor ha sido alumno mío. No se da nada al enemigo, Iván, ni siquiera en un ejercicio. ¡Con toda seguridad que los imperialistas tampoco lo harían!. Mientras él trata de encontrarnos está practicando a la vez para encontrar sus submarinos lanzamisiles. Creo que tendrá una buena probabilidad de localizarnos. El ejercicio está limitado a nueve cuadrículas, cuarenta mil kilómetros cuadrados. Veremos qué ha aprendido desde que estuvo a nuestras órdenes... ¡Ah!, es cierto, usted no estaba conmigo entonces. Aquello fue cuando comandaba el Suslov.

—¿Me parece ver cierta decepción?

—No, realmente no. El ejercicio de cuatro días con el Konovalov será una interesante diversión. —“Hijo de puta”, dijo para sí mismo, “tú sabías de antemano exactamente cuáles eran nuestras órdenes... y conoces muy bien a Viktor Tupolev, mentiroso.” Ya era hora.

Putin terminó su cigarrillo y el té y se puso de pie.

—De manera que, una vez más, se me permite contemplar al maestro comandante en su tarea... de confundir a un pobre muchacho. —Se volvió hacia la puerta—. Creo que...

Ramius pateó con fuerza los pies de Putin en el preciso instante en que daba un paso para alejarse de la mesa. Putin cayó hacia atrás mientras Ramius saltaba como un resorte y aferraba la cabeza del oficial político con sus fuertes manos de pescador. El comandante bajó enérgicamente sus brazos llevando el cuello de Putin hacia el afilado borde de metal que tenía la esquina de la mesa de la cámara de oficiales. Golpeó en el punto justo. Simultáneamente, Ramius hizo una fuerte presión sobre el pecho del hombre. El movimiento fue innecesario; con un impresionante ruido de huesos el cuello de Iván Putin se quebró, quedando cortada su médula espinal a la altura de la segunda vértebra cervical: la perfecta fractura de un ahorcado.

El oficial político no tuvo tiempo de reaccionar. Los nervios de su cuerpo, debajo del cuello, quedaron instantáneamente desconectados de los órganos y músculos que controlaban. Putin trató de gritar, de decir algo, pero

su boca se abrió y cerró en un temblor sin emitir ningún sonido, excepto la exhalación del último contenido de aire de sus pulmones. Intentó tragar aire como un pez sacado del agua, pero tampoco eso pudo lograr. Luego sus ojos se alzaron hacia Ramius, enormes en la conmoción; no mostraban emoción ni dolor, sino sorpresa. El comandante lo acostó suavemente sobre el piso.

Ramius vio en el rostro un relámpago de comprensión, luego se oscureció. Se agachó para tomar el pulso de Putin. Pasaron casi dos minutos hasta que el corazón se detuvo completamente. Cuando Ramius estuvo seguro de que su oficial político había muerto, tomó la tetera de la mesa y derramó una parte de su contenido sobre el piso, cuidando que algo cayera sobre los zapatos del hombre.

Después alzó el cuerpo, lo depositó sobre la mesa de la cámara de oficiales y abrió bruscamente la puerta.

—¡Doctor Petrov a la cámara de oficiales de inmediato!

El oficial médico del buque se hallaba a sólo unos pocos pasos hacia popa. Petrov llegó en contados segundos, junto con Vasily Borodin, quien había corrido desde la sala de control.

—Se resbaló en el piso donde yo había derramado mi té —jadeó Ramius, mientras simulaba un intenso masaje sobre el pecho de Putin—. Traté de evitar que se cayera, pero se golpeó la cabeza contra la mesa.

Petrov apartó a un lado al comandante, hizo girar el cuerpo y se subió a la mesa para arrodillarse encima. Le desgarró la camisa, luego controló los ojos de Putin. Ambas pupilas estaban fijas y agrandadas.

El doctor palpó la cabeza del hombre, descendiendo con sus manos hacia el cuello. Allí se detuvieron haciendo presión. El doctor movió lentamente la cabeza a uno y otro lado.

—El camarada Putin está muerto. Tiene el cuello roto. —Las manos del médico se aflojaron y luego cerró los ojos del zampolit.

—¡No! —gritó Ramius—. ¡Estaba vivo hace un minuto! —El comandante sollozaba—. Es culpa mía. Traté de agarrarlo, pero no pude. ¡Es culpa mía! — Se dejó caer en una silla y hundió la cara entre las manos—. Es culpa mía — se lamentaba, sacudiendo la cabeza y luchando visiblemente para recuperar su compostura. Desde todo punto de vista, una excelente actuación.

Petrov apoyó una mano sobre el hombro del comandante.

—Fue un accidente, camarada comandante. Son cosas que ocurren, aun a los hombres de más experiencia. No fue su culpa, realmente, camarada.

Ramius masculló un juramento, recobrando el control de sí mismo.

—¿No hay nada que pueda hacer usted?

Petrov sacudió la cabeza.

—Ni siquiera en la mejor clínica de la Unión Soviética podrían hacer algo. Cuando el cordón de la médula espinal se ha cortado no hay ninguna esperanza. La muerte es virtualmente instantánea... aunque también es completamente indolora —agregó el doctor en tono consolador.

Ramius se incorporó dejando escapar un largo suspiro, ya con el rostro compuesto.

—El camarada Putin era un buen compañero de a bordo, un leal miembro del partido y un excelente oficial. —Por el rabillo del ojo notó que los labios de Borodin hacían un expresivo gesto—. ¡Camaradas, continuaremos nuestra misión! Doctor Petrov, lleve el cuerpo de nuestro camarada al congelador. Esto es... grotesco, lo reconozco, pero él merece, y lo tendrá, un honroso funeral militar, con la presencia de sus compañeros de a bordo, como debe ser, cuando regresemos a puerto.

—¿Será informado de esto el comandante de la flota? —preguntó Petrov.

—No podemos. Tenemos órdenes de mantener un estricto silencio de radio. —Ramius entregó al doctor un juego de órdenes de operaciones que acababa de sacar del bolsillo. No eran las que había extraído de la caja de seguridad—. Página tres, doctor.

Los ojos de Petrov se agrandaron mientras leía la directiva operacional.

—Yo hubiera preferido informar esto pero nuestras órdenes son explícitas: después de habernos sumergido, ninguna transmisión de ninguna clase, por ninguna causa. —Petrov devolvió al comandante los papeles—. Es una lástima, nuestro camarada hubiera deseado eso. Pero órdenes son órdenes.

—Y las cumpliremos fielmente.

—Putin no lo habría querido de otra manera —coincidió Petrov.

—Borodin, controle: de acuerdo con lo establecido en los reglamentos, voy a quitar del cuello del camarada oficial político su llave de control de misiles —dijo Ramius, mientras se metía en el bolsillo la cadena y la llave.

—Soy testigo y lo anotaré en el libro de navegación —dijo con tono grave el oficial ejecutivo.

Petrov llamó a su ayudante enfermero. Juntos cargaron el cadáver y lo llevaron hacia popa, a la enfermería, donde lo introdujeron en una bolsa especial. Luego el enfermero y un par de marineros lo llevaron de nuevo hacia proa, atravesaron la sala de control y entraron en el compartimiento de misiles. El acceso a la congeladora se hallaba en la cubierta inferior de misiles y los hombres hicieron pasar el cadáver por la puerta. Mientras dos cocineros retiraban alimentos para hacerle lugar, el cuerpo fue depositado

reverentemente en un rincón. Hacia popa, el doctor y el oficial ejecutivo hacían el inventario de los efectos personales, una copia para el archivo médico de la nave, otra para el libro de navegación, y una tercera para una caja que fue sellada y guardada con llave en la enfermería.

Más cerca de proa, Ramius se hizo cargo del mando en una deprimida sala de control. Ordenó que el submarino tomara un rumbo de dos-nueve-cero grados, oeste-noroeste. La cuadrícula 54-90 se hallaba hacia el este.

EL SEGUNDO DÍA

Sábado, 4 de diciembre

El Octubre Rojo

Era costumbre en la Marina soviética que el comandante anunciara las órdenes operativas de su buque y exhortara a la dotación a llevarlas a buen término con un verdadero espíritu soviético. Luego se colocaban las órdenes en los tableros para que todos las vieran -y se inspiraran en ellas- junto a la puerta de la Sala Lenin de la nave. En los grandes buques de superficie ésa era un aula donde se impartían clases de formación política. En el Octubre Rojo era una biblioteca del tamaño de un armario, cerca de la cámara de oficiales, donde se guardaban los libros del partido y otro material ideológico para que lo leyeran los hombres.

Ramius reveló sus órdenes al día siguiente de la partida para dar a sus hombres la oportunidad de que se adaptaran a la rutina del buque. Al mismo tiempo pronunció unas palabras en tono vehemente. Ramius era siempre bueno para eso. Había tenido mucha práctica. A las ocho después de instalada la guardia de la mañana entró en la sala de control y sacó algunas tarjetas de archivo de un bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Camaradas! —comenzó, hablando por el micrófono—, les habla el comandante. Todos ustedes saben que nuestro querido amigo y camarada, el capitán Iván Yurievich Putin, murió ayer en un trágico accidente. Nuestras órdenes no nos permiten informar al mando de la flota. Camaradas, dedicaremos nuestros esfuerzos y nuestros trabajos a la memoria de nuestro camarada, Iván Yurievich Putin... un excelente compañero de a bordo, un honorable miembro del partido y un valiente oficial.

»¡Camaradas! ¡Oficiales y tripulantes del Octubre Rojo! ¡Tenemos órdenes del Alto Mando de la Flota del Norte de la Enseña Roja, y son órdenes dignas de esta nave y de su dotación!

»¡Camaradas! Nuestras órdenes consisten en efectuar las últimas pruebas de nuestro nuevo sistema silencioso de propulsión. Tenemos que poner rumbo al oeste, pasar el Cabo Norte del Estado títere de la imperialista Norteamérica, Noruega, luego virar al sudoeste hacia El Océano Atlántico. ¡Pasaremos todas las redes imperialistas de sonar, y no seremos detectados!

Ésta será una verdadera prueba de nuestro submarino y de sus aptitudes. Nuestras propias naves intervendrán en un ejercicio mayor para localizarnos, y, al mismo tiempo, para confundir a las arrogantes marinas imperialistas. Nuestra misión, ante todo, es evadir toda detección, cualquiera sea su origen. ¡Daremos una lección a los norteamericanos con respecto a la tecnología soviética que no olvidarán! Tenemos órdenes de continuar hacia el sudoeste, bordeando las costas de Estados Unidos, para desafiar y vencer a sus mejores y más modernos submarinos de caza. Continuaremos todo el camino hasta reunirnos con nuestros hermanos socialistas de Cuba, y seremos el primer buque que hará uso de una nueva y supersecreta base de submarinos nucleares que hemos estado construyendo desde hace dos años, justo bajo las narices imperialistas en la costa sur de Cuba. Ya está en camino un buque nodriza de la flota para encontrarse allá con nosotros.

»¡Camaradas! Si tenemos éxito y alcanzamos Cuba sin ser detectados por los imperialistas, ¡y lo haremos!, los oficiales y el resto de la dotación del Octubre Rojo tendrán una semana, una semana, de licencia para visitar a nuestros fraternales camaradas socialistas en la hermosa isla de Cuba. Yo he estado allí, camaradas, y ustedes podrán comprobar que aquello es exactamente lo que han leído, un paraíso de brisas cálidas, palmeras y un fuerte sentimiento de amistad y camaradería. —Con lo que Ramius quería significar mujeres—. Después de eso, regresaremos a la Madre Patria por la misma ruta. Para entonces, por supuesto, los imperialistas ya sabrán quiénes y qué somos, gracias a sus furtivos espías y sus aviones que efectúan un cobarde reconocimiento. Existe la intención de que ellos conozcan todo esto, porque nuevamente evadiremos la detección en el viaje de regreso. Esto hará saber a los imperialistas que no pueden jugar con los hombres de la Marina soviética, que podemos acercarnos a sus costas en el momento en que nosotros queramos, ¡y que deben respetar a la Unión Soviética!

»¡Camaradas! ¡Haremos que la primera salida del Octubre Rojo sea una operación memorable!

Ramius levantó la mirada de su discurso preparado. Los hombres de guardia en la sala de control estaban intercambiando sonrisas. No era frecuente que un marino soviético fuera autorizado a visitar otro país, y una visita de un submarino nuclear a un país extranjero, aunque fuera un aliado, era algo que no tenía casi antecedentes.

Más aún, para los rusos, la isla de Cuba era tan exótica como Tahití, una tierra prometida con playas de blancas arenas y muchachas morenas. Otra cosa era lo que sabía Ramius. Había leído artículos en el Estrella Roja y otros

diarios del Estado sobre las delicias del trabajo en Cuba. También había estado allí.

Ramius cambió las tarjetas que tenía en sus manos. Les había dado las buenas noticias.

—¡Camaradas! ¡Oficiales y tripulantes del Octubre Rojo! —Ahora las malas noticias que todos estaban esperando—. Ésta no ha de ser una misión fácil. Exigirá nuestros mejores esfuerzos. Debemos mantener absoluto silencio de radio, ¡y nuestras técnicas operativas deben ser perfectas! Las recompensas sólo llegan a quienes realmente las han ganado. ¡Cada oficial y cada tripulante de a bordo, desde su comandante hasta el más nuevo de los matros deberá cumplir su deber socialista y cumplirlo bien! Si trabajamos juntos como camaradas, como los Nuevos Hombres Soviéticos que somos, tendremos éxito. Ustedes, jóvenes camaradas que son nuevos en el mar: escuchen a sus oficiales, a sus michmany y a sus starshini. Aprendan bien sus roles y cúmplalos exactamente. No hay trabajos pequeños en esta nave ni pequeñas responsabilidades. La vida de cada uno de nuestros camaradas depende de los demás. ¡Cumplan con sus obligaciones, sigan las órdenes y cuando hayamos completado este viaje serán verdaderos marinos Soviéticos!. Es todo.

Ramius levantó el dedo del interruptor del micrófono y puso el aparato en su encastre. No fue un mal discurso, decidió... una gran zanahoria y una pequeña vara.

Hacia popa, en la cocina, un suboficial estaba de pie inmóvil, con un trozo de pan caliente en sus manos y mirando curiosamente el altavoz montado sobre el mamparo. Ésas no eran las órdenes que se suponía iban a recibir, ¿no? ¿Habría habido un cambio en los planes? El michman le indicó que continuara con sus tareas, sonriendo y bromeando ante la perspectiva de una semana en Cuba. Había oído contar muchas cosas sobre Cuba y las mujeres cubanas, y estaba deseando probar si eran ciertas.

En la sala de control, Ramius reflexionó en voz baja.

—Me gustaría saber si hay submarinos norteamericanos por aquí.

—Por cierto, camarada comandante —asintió el capitán de fragata Borodin, que estaba de guardia—. ¿Conectaremos la oruga?

—Proceda, camarada.

—Detener las máquinas por completo —ordenó Borodin.

—Detención total. —El cabo de guardia, un starsina, operó el dial del anunciador hasta la posición STOP. Instantes después la orden quedó confirmada por el dial interior, y pocos segundos más tarde el sonido sordo de las máquinas se desvaneció por completo.

Borodin levantó el teléfono y apretó el botón de la sala de máquinas.

—Camarada jefe de máquinas prepárese para conectar la oruga.

—Ése no era el nombre oficial del nuevo sistema de propulsión. En realidad, no tenía nombre alguno como tal, sólo un número de proyecto. El apodo oruga había sido idea de un joven ingeniero participante en el desarrollo del submarino. Ni Ramius ni Borodin sabían por qué, pero como ocurre a menudo con esos nombres, había persistido.

—Listo, camarada Borodin —informó en respuesta el jefe de máquinas un momento después.

—Abran las tapas anteriores y posteriores —ordenó seguidamente Borodin.

El michman de guardián levantó la mano hacia el tablero de control y movió cuatro llaves interruptoras. Las luces de posición que se encontraban sobre cada una de ellas cambiaron de rojas a verdes.

—Las luces indican tapas abiertas, camarada.

—Conecte la oruga. Aumente lentamente la velocidad hasta trece nudos.

—Aumento lento a uno-tres nudos, camarada —respondió el jefe de máquinas.

En el casco, donde se había producido un momentáneo silencio, se oía en ese momento un nuevo sonido. Los ruidos de máquinas eran más bajos y muy diferentes de lo que había sido. Los ruidos de la planta del reactor, en su mayoría originados por las bombas que hacían circular el agua de refrigeración, eran casi imperceptibles. La oruga no empleaba gran cantidad de potencia para su funcionamiento. En el puesto del michman, el indicador de velocidad, que había descendido hasta cinco nudos, empezaba a aumentar en ese momento de nuevo.

Delante de la sala de misiles, en un espacio pequeño destinado al alojamiento de la dotación, unos pocos hombres que dormían se movieron ligeramente en sus literas al notar a popa el ronroneo intermitente y el zumbido de los motores eléctricos a pocos metros de distancia, separados de ellos por el casco presurizado. En su primer día completo en el mar, se hallaban lo suficientemente cansados como para ignorar el ruido, y pronto se aferraron otra vez a su preciosa cuota de sueño.

—La oruga funcionando normalmente, camarada comandante —informó Borodin.

—Excelente. Timonel, ponga rumbo dos-seis-cero —fue la orden de Ramius.

—Dos-seis-cero, camarada. —El timonel hizo girar su rueda hacia la izquierda.

El USS Bremerton

Treinta millas hacia el nordeste, el USS Bremerton, con un rumbo de dos-dos-cinco, acababa de emerger del pack de hielo. Era un submarino de ataque, clase 688, y había estado realizando una misión ELINT -espionaje sobre nuevos dispositivos bélicos electrónicos- en el Mar de Kara, cuando recibió órdenes de poner rumbo oeste hacia la Península Kola. Se suponía que el buque lanzamisiles ruso no iba a zarpar hasta la semana siguiente y el comandante del Bremerton estaba molesto ante esa última rectificación de la información secreta. Él se habría encontrado en posición para perseguir al Octubre Rojo si la partida se hubiese producido en la fecha prevista. Aun así, los operadores de sonar norteamericanos habían captado al submarino soviético pocos minutos antes, a pesar de que se hallaban navegando a catorce nudos.

—Sala de control sonar.

El comandante Wilson levantó el teléfono.

—Aquí comandante, prosiga.

—Contacto perdido, señor. Hace unos minutos sus hélices se detuvieron y no han vuelto a ponerse en movimiento. Hay alguna otra actividad hacia el este, pero el submarino ha desaparecido.

—Muy bien. Es probable que haya disminuido el régimen y esté en deriva lenta. Pero seguiremos rastreándolo. Manténgase atento, jefe.

El comandante Wilson seguía pensando en eso mientras daba dos pasos hacia la mesa de la carta. Los dos oficiales del grupo de seguimiento y control de fuego, que habían estado conduciendo el seguimiento para el contacto, alzaron la mirada para conocer la opinión de su comandante.

—Si fuera yo, descendería hasta cerca del fondo y haría un lento círculo hacia la derecha, más o menos por aquí. —Wilson trazó aproximadamente un círculo sobre la carta, que encerraba la posición del Octubre Rojo—. Así que vamos a mantenernos sobre él rastreando. Reduciremos la velocidad a cinco nudos y veremos si podemos entrar y volver a detectar el ruido de la planta de su reactor. —Wilson se volvió hacia el oficial—: Reduzca la velocidad a cinco nudos.

—Comprendido, jefe.

Severomorsk, USSR

En el edificio de la Central de Correos de Severomorsk, un empleado clasificador de correspondencia observó con fastidio al conductor del camión mientras volcaba sobre su mesa de trabajo una enorme saca de lona y se alejaba luego hacia la puerta. Llegaba tarde... bueno, no exactamente tarde, se corrigió a sí mismo el empleado, ya que ese imbécil no había llegado puntual ni una sola vez en cinco años. Era un sábado, y le molestaba tener que estar trabajando. Hacía pocos años habían implantado en la Unión Soviética la semana de cuarenta horas. Desgraciadamente, ese cambio no había correspondido a servicios públicos tan vitales como la entrega de correspondencia. De manera que, ahí estaba él, trabajando todavía en una semana de seis días... ¡y sin paga extra! Una desgracia, pensó, y lo había dicho con bastante frecuencia en su departamento mientras jugaba a los naipes con sus compañeros de trabajo, bebiendo vodka y comiendo pepinillos.

Desató la cuerda y volcó la saca. Cayeron varias bolsitas de menor tamaño. No tenía sentido apurarse. Era sólo el principio del mes y todavía le quedaban semanas para trasladar su cuota de cartas y paquetes de un lado del edificio al otro. En la Unión Soviética todos los trabajadores son del gobierno, y tienen un dicho: Mientras los patronos finjan pagarnos, nosotros fingiremos trabajar.

Al abrir una pequeña bolsa de correspondencia extrajo un sobre de aspecto oficial, dirigido a la Administración Política Principal de la Marina, en Moscú. El empleado se detuvo, palpando el sobre. Probablemente venía de uno de los submarinos estacionados en Polyarnyy, sobre el otro lado del fiordo. ¿Qué diría la carta?, se preguntó el clasificador, practicando el juego mental que divertía a los hombres de correos de todo el mundo. ¿Sería un anuncio de que todo estaba listo para el ataque final contra el Occidente imperialista? ¿Una lista de miembros del partido que estaban atrasados en el pago de sus obligaciones? ¿O una petición de mayor cantidad de papel higiénico?. Era imposible saberlo. ¡Estos submarinistas! Eran todos prima donna... hasta los conscriptos campesinos que todavía estaban quitándose estiércol de los dedos de sus pies andaban por todos lados como si fueran miembros de la élite del partido.

El empleado tenía sesenta y dos años. En la Gran Guerra Patriótica había sido tanquista, prestando servicios en un cuerpo de guardia de tanques asignados al Primer Frente Ucraniano de Konev. Ése, se decía a sí mismo, era un trabajo de hombres; entrar en acción sobre uno de esos grandes carros de combate y saltando de ellos para dar caza a los infantes alemanes que se

escondían temerosos en sus agujeros. Cuando había que hacer algo contra esas babosas ise hacía! ¿Y en qué se habían convertido en ese momento los combatientes soviéticos? Vivían a bordo de lujosos buques de línea con abundancia de buena comida y camas tibias. La única cama caliente que él había conocido estaba sobre la tubería de escape del diesel de su tanque... ¡y había tenido que pelear para eso! Era una locura ver en qué se había convertido el mundo. En ese momento los marineros actuaban como príncipes zaristas, escribían toneladas de cartas de un lado a otro, y a eso le llamaban trabajo. Esos niños mimados no sabían lo que eran el trabajo duro y las privaciones. ¡Y sus privilegios! Cualquier palabra que volcaban en un papel era correspondencia prioritaria. Cartas lloronas a sus novias, la mayoría de ellas, y él tenía que estar allí clasificándolas a todas, un sábado, para encargarse de que llegaran a sus mujeres... aunque no podrían tener respuesta hasta después de dos semanas. Ya nada era como en los viejos tiempos.

El clasificador lanzó el sobre, con un negligente movimiento de la muñeca, en dirección a la saca de correspondencia de superficie para Moscú, que se hallaba en el extremo opuesto de su mesa de trabajo. Pero no acertó, y el sobre cayó al piso de cemento. La carta sería depositada a bordo del tren un día más tarde. Al empleado no le importó. Aquella noche había un partido de hockey, el más importante de la nueva temporada, Ejército Central contra Alas. Había apostado un litro de vodka a favor de Alas.

Morrow, Inglaterra

El mayor éxito popular de Halsey fue su mayor error. Al manifestarse a sí mismo como un héroe popular de legendaria agresividad, el almirante habría de cegar a las generaciones siguientes en cuanto a sus impresionantes aptitudes intelectuales y agudo instinto de jugador para... Jack Ryan frunció el entrecejo frente a su computadora. Sonaba demasiado parecido a una disertación doctoral, y él ya había hecho una de ellas. Pensó borrar todo el párrafo del disco de memoria, pero decidió no hacerlo. Tenía que seguir esa línea de razonamiento en la introducción. Si bien era malo, servía como guía para lo que él quería decir. ¿Por qué será que las introducciones parecían ser siempre las partes más difíciles de los libros de historia? Hacía ya tres años que estaba trabajando en Fighting Sailor, una autorizada biografía sobre el almirante de flota William Halsey. Casi todo el trabajo estaba contenido en media docena de discos que se hallaban junto a su computadora Apple.

—¿Papito? —La hija de Ryan miraba fijamente hacia arriba a su padre.

—¿Cómo está hoy mi pequeña Sally?

—Muy bien.

Ryan alzo a la niña y la sentó sobre sus rodillas, cuidando de alejar un poco la silla del tablero de la computadora. Sally conocía los juegos y programas educativos, y a veces pensaba que eso significaba su capacitación para manejar cualquier tipo de programas. En cierta oportunidad el resultado había sido la pérdida de veinte mil palabras de un manuscrito, grabadas electrónicamente. Y una buena zurra.

Sally apoyó la cabecita contra el hombro de su padre.

—No pareces estar bien. ¿Qué le pasa a mi nenita?

—Bueno, ¿sabes, papito? ya es casi Navidad y... yo no estoy segura de que Papá Noel sepa dónde estamos. Ahora no estamos donde estábamos el año pasado.

—¡Ah! Ya veo. ¿Y tienes miedo de que él no venga aquí?

—Ajá.

—¿Por qué no me lo preguntaste antes? Por supuesto que va a venir aquí. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Okay. —Besó a su padre y salió corriendo de la habitación, para volver a mirar dibujos animados en la *tele*, como la llamaban en Inglaterra. Ryan se alegró de que lo hubiera interrumpido. No quería olvidar que debía comprar algunas cosas cuando volara a Washington. Dónde estaba... ah, sí. Tomó un disco del cajón del escritorio y lo insertó en la computadora. Después de despejar la pantalla desarrolló la lista de Navidad, las cosas que aún tenía que conseguir.

Con una simple orden, la lista fue apareciendo en la impresora que estaba al lado. Ryan cortó la página y la guardó en su billetera. El trabajo no lo atraía ese sábado por la mañana. Decidió jugar con sus niños. Después de todo, tendría que estar clavado en Washington la mayor parte de la semana siguiente.

El V. K. Konovalov

El submarino soviético V. K. Konovalov se deslizaba sobre el duro fondo de arena del Mar de Barents a tres nudos. Se hallaba en la esquina sudoeste de la cuadrícula 54-90 de la parrilla, y hacía ya diez y atrás sobre una línea horas que navegaba lentamente hacia delante y atrás sobre una línea nortesur, esperando que llegara el Octubre Rojo para el comienzo del ejercicio

HELADA DE OCTUBRE. El capitán de fragata Viktor Alexievich Tupolev se paseaba lentamente alrededor del pedestal del periscopio en la sala de control de su pequeño y veloz submarino de ataque. Estaba aguardando a que apareciera su viejo Maestro, con la esperanza de poder hacerle algunas jugarretas. Había estado a las órdenes del Maestro durante dos años. Fueron dos buenos años si bien había descubierto que su ex comandante mostraba un cierto cinismo, especialmente con respecto al partido, estaba dispuesto a testimoniar sin la menor duda sobre la capacidad y astucia de Ramius.

Y de la suya propia. Tupolev, que se encontraba en ese momento en su tercer año de mando, había sido uno de los alumnos sobresalientes del Maestro. Su nave actual era un flamante Alfa, el submarino más veloz que se había construido. Un mes antes, mientras Ramius se hallaba alistando el Octubre Rojo después de su ajuste inicial, Tupolev y tres de sus oficiales volaron para ver el submarino modelo que había sido utilizado como banco de prueba para el prototipo del sistema de propulsión. De treinta dos metros de largo e impulsado por un motor diesel eléctrico, tenía su base en el Mar Casio, lejos de los ojos espías de los imperialistas, y era mantenido en un dique cubierto para ocultarlo de sus satélites fotográficos. Ramius había intervenido en el desarrollo de la oruga, y Tupolev reconoció la marca del Maestro. Iba a ser un maldito para detectarlo. Aunque no del todo imposible. Después de seguir al modelo durante una semana alrededor del extremo norte del Mar Caspio en una lancha impulsada por un motor eléctrico, arrastrando el mejor equipo pasivo de sonar que había producido su país hasta el momento, pensó que había descubierto un punto débil. No era muy grande, pero lo suficientemente notable como para explotarlo.

Naturalmente, no había garantía alguna de éxito. Estaba compitiendo no sólo con una máquina, sino también con el capitán que la mandaba. Tupolev conocía la zona al dedillo. El agua era casi perfectamente isotérmica; no había ninguna capa térmica como para que un submarino pudiera esconderse debajo de ella. Estaban a suficiente distancia de los ríos de agua fría del norte de Rusia como para preocuparse por remolinos y paredes de salinidad variable que pudieran interferir en las búsquedas del sonar. El Konovalov estaba equipado con los mejores sistemas de sonar producidos hasta entonces por la Unión Soviética, copiados fielmente del francés DUUV-23 y ligeramente mejorados, según opinaban los técnicos de la fábrica.

Tupolev planeó imitar la táctica norteamericana de derivar lentamente, con la velocidad mínima suficiente como para mantener el gobierno de la nave, en perfecto silencio, y esperando que el Octubre Rojo se cruzara en su camino. Seguiría entonces de cerca a su presa y registraría cada cambio de

rumbo y de velocidad, de modo que, cuando pocas semanas después compararan los registros, el Maestro vería que su antiguo alumno había jugado su propio juego victorioso.

Ya era hora de que alguien lo hiciera.

—¿Algo nuevo en el sonar? —Tupolev estaba poniéndose tenso. Le costaba mantener la paciencia.

—Nada nuevo, camarada comandante. —El starpom dio un golpecito en la X que marcaba en la carta la posición del Rokossovskiy, un submarino lanzamisiles de la clase Delta, que habían estado rastreando durante varias horas en la misma zona del ejercicio—. Nuestros amigos siguen todavía navegando en un círculo lento. ¿Cree usted que el Rokossovskiy pueda estar tratando de confundirnos? ¿No lo habría arreglado el capitán Ramius para que él esté aquí, y complicarnos nuestra tarea?

La idea también se le había ocurrido a Tupolev.

—Quizá, pero no es probable. Este ejercicio fue preparado por Korov personalmente. Las órdenes para nuestra misión estaban selladas, y las de Marko también debieron estarlo. Aunque el almirante Korov es un viejo amigo de nuestro Marko. —Tupolev hizo una pequeña pausa y sacudió la cabeza—. No. Korov es un hombre de honor. Yo creo que Ramius está acercándose en esta dirección tan lentamente como puede. Para ponernos nerviosos para que perdamos la confianza en nosotros mismos. Él sabrá que estamos dispuestos a darle caza, y ajustará sus planes convenientemente. Podría intentar entrar en la cuadrícula desde una dirección inesperada... o hacernos creer que lo hará así. Usted nunca ha prestado servicios con Ramius, camarada teniente. Es un zorro, eso, un viejo zorro de bigotes grises. Creo que vamos a continuar patrullando como estamos durante otras cuatro horas. Si hasta entonces no lo hemos detectado, cruzaremos hasta la esquina sudeste de la cuadrícula y empezaremos a trabajar hacia el centro. Sí.

Tupolev no había esperado en ningún momento que aquello fuera fácil. Ningún comandante de submarinos de ataque había logrado nunca poner en aprietos a Ramius. Él estaba decidido a ser el primero y la dificultad de la tarea no haría más que confirmar su propia habilidad. En uno o dos años. Tupolev se había propuesto ser el nuevo Maestro.

EL TERCER DÍA

Domingo, 5 de diciembre

El Octubre Rojo

El Octubre Rojo no tenía para sí una evolución normal del tiempo. Para la nave, el sol no se levantaba ni se ponía, y los días de la semana carecían de significado. A diferencia de los buques de superficie, que cambiaban sus relojes para adaptarlos a la hora local dondequiera que estuviesen, los submarinos generalmente utilizaban una referencia única del tiempo. Para los submarinos norteamericanos era la hora Zulú, correspondiente a la del meridiano de Greenwich. Para el Octubre Rojo era la hora local de Moscú, que normalmente estaba en realidad adelantada una hora con respecto a la del huso horario, para ahorrar gastos de servicios.

Ramius entró en la sala de control a media mañana. Su rumbo era en ese momento de dos-cinco-cero, la velocidad, trece nudos, y el submarino navegaba a treinta metros del fondo en el borde oeste del Mar de Barents. Dentro de pocas horas el fondo descendería hasta una llanura abismal, permitiéndoles tomar una profundidad mucho mayor. Ramius examinó primero la carta y luego los numerosos tableros de instrumentos que cubrían ambos mamparos laterales en el compartimiento. Por último, hizo algunas anotaciones en el libro de órdenes.

—¡Teniente Ivanov! —dijo bruscamente al joven oficial de guardia.

—¡Sí, camarada comandante! —Ivanov era el oficial más nuevo a bordo, recientemente salido de la Escuela Komsomol de Lenin, en Leningrado, pálido, delgado y ansioso.

—Voy a ordenar una reunión de los oficiales más antiguos en la cámara de oficiales. Ahora usted quedará como oficial de guardia. Ésta es su primera navegación Ivanov. ¿Qué le parece?

—Es mejor de lo que había esperado, camarada comandante —replicó Ivanov, con una confianza mayor de la que realmente habría podido tener.

—Eso es muy bueno, camarada teniente. Es mi costumbre dar a los jóvenes oficiales tanta responsabilidad como sean capaces de ejercer. Mientras nosotros, los oficiales antiguos, estamos desarrollando nuestras charlas políticas semanales, ¡usted está al mando de esta nave! ¡La seguridad

de este buque y de toda su dotación es responsabilidad suya! A usted le han enseñado todo lo que necesita saber y mis instrucciones están en el libro de órdenes. Si detectamos otro submarino o buque de superficie me informará de inmediato e instantáneamente iniciará la maniobra de evasión. ¿Alguna pregunta?.

—No, camarada comandante. —Ivanov se mantenía atento en una rígida posición de pie.

—Bien —sonrió Ramius—. Pavel Ilych, siempre recordará este momento como uno de los más grandes de su vida. Lo sé, todavía recuerdo muy bien mi primera guardia. ¡No olvide mis órdenes ni sus responsabilidades!

En los ojos del muchacho relampagueó el orgullo. Era una lástima lo que iba a ocurrirle, pensó Ramius, oficiando aún de maestro. En una primera inspección, Ivanov parecía tener la pasta de un buen oficial.

Ramius caminó rápidamente hacia popa, hasta la enfermería del submarino.

—Buenos días, doctor.

—Buenos días, camarada comandante. ¿Ya es la hora de nuestra reunión política? —Petrov había estado leyendo el manual del nuevo aparato de rayos X del submarino.

—Sí, ya es hora, camarada doctor, pero no deseo que usted asista. Hay otra cosa que quiero que haga. Mientras los oficiales antiguos están en la reunión, tengo a los tres muchachos haciendo guardia en la sala de control y en las máquinas.

—¿Cómo? —Los ojos de Petrov se agrandaron. Era su primera navegación en un submarino desde hacía muchos años.

Ramius sonrió.

—Tranquílcese, camarada. Yo puedo llegar a control desde la cámara de oficiales en veinte segundos, como usted sabe, y el camarada Melekhin puede alcanzar su precioso reactor con la misma rapidez. Tarde o temprano nuestros jóvenes oficiales deben aprender a valerse por sí mismos en sus funciones. Prefiero que aprendan pronto. Quiero que usted los vigile. Sé que todos ellos tienen conocimientos necesarios como para cumplir con sus obligaciones. Pero quiero saber si tienen el temperamento. Si Borodin o yo los vigilamos no actuarán normalmente. Y en último caso, se trata de un ejercicio médico, ¿no?

—Ah, usted desea que yo observe cómo reaccionan ante sus responsabilidades.

—Sin la presión que significa ser observados por un veterano oficial de mando —confirmó Ramius—. A los jóvenes oficiales hay que darles espacio

para crecer..., aunque no demasiado. Si usted observa algo que le preocupe, me informará de inmediato. No debe haber problemas. Estamos en mar abierto, no hay tráfico en las cercanías y el reactor está funcionando a una fracción de su potencia total. La primera prueba para los jóvenes oficiales debe ser fácil. Busque alguna excusa para ir y venir y mantenga un ojo sobre los chicos. Hágales preguntas sobre lo que están haciendo.

Petrov rió al oír eso.

—Ah, ¿y también logrará que yo aprenda unas cuantas cosas, camarada comandante? Me hablaron de usted en Severomorsk. Muy bien, será como usted diga. Pero ésta será la primera reunión política que me pierdo en muchos años.

—Por lo que dice su expediente, usted podría enseñar doctrina del partido al Politburó, Yevgeni Konstantinovich. —Lo que significaba muy poco con respecto a sus aptitudes médicas, pensó Ramius.

El comandante salió hacia proa, en dirección a la cámara de oficiales para reunirse con los oficiales veteranos que estaban esperándolo. Un camarero había dejado varias tazas de té y un poco de pan negro y manteca. Ramius miró la esquina de la mesa. Hacía bastante que habían limpiado la mancha de sangre, pero él recordaba muy bien cómo era. Ésa, reflexionó, era una de las diferencias entre él y el hombre a quien había dado muerte. Ramius tenía conciencia. Antes de sentarse se volvió para cerrar y trabar la puerta a sus espaldas. Sus oficiales estaban todos sentados y en atención, ya que el compartimiento no era lo suficientemente grande como para que se mantuvieran de pie una vez que los asientos estaban desplegados.

El domingo era el día en que normalmente se desarrollaba la sesión de adoctrinamiento político cuando navegaban. Habitualmente la reunión habría sido conducida por Putin, con la lectura de algunos editoriales del Pravda, seguida por citas elegidas de las obras de Lenin y una explicación sobre las enseñanzas que debían recogerse de las lecturas. Era muy parecido a un oficio religioso.

Con la muerte del zampolit esa tarea recaería sobre el comandante, aunque Ramius dudaba que los reglamentos previesen la clase de tema que trataría en la agenda de ese día. Cada uno de los oficiales que se encontraban en ese lugar era miembro de su conspiración. Ramius delineó los planes; se habían producido algunos cambios menores que no había mencionado a nadie. Entonces les dijo lo de la carta.

—De modo que ya no hay regreso posible —observó Borodin.

—Todos nos hemos puesto de acuerdo con el curso de nuestra acción. Ahora estamos comprometidos a seguirlo. —Las reacciones de los hombres a

esas palabras fueron exactamente las que él esperaba: sobrias. No podía ser de otra manera. Todos eran solteros; ninguno de ellos dejaba atrás mujer o hijos. Todos eran miembros del partido en buena situación, sus compromisos pagados hasta fin de año, sus credenciales del partido exactamente donde debían estar, "junto a sus corazones". Y cada uno compartía con sus camaradas un profundo descontento -en algunos casos un verdadero odio- con respecto al gobierno soviético.

El plan había empezado a nacer muy pronto después de la muerte de su Natalia. La ira reprimida casi inconscientemente a lo largo de toda su vida había explotado con tal violencia y pasión que debió luchar para contenerla. Una vida entera de autocontrol le había permitido ocultarlo, y toda esa vida de entrenamiento naval le dio oportunidad de elegir un propósito digno de ella.

Ramius no había comenzado todavía la escuela cuando oyó por primera vez contar a otros chicos lo que había hecho su padre Aleksandr en Lituania en 1940, y después que ese país quedara dudosamente liberado de los alemanes en 1944. Eran éstos los repetidos murmullos de sus padres. Una niñita contó a Marko cierta historia que él repitió a Aleksandr, y ante el horror del muchacho, que no comprendía, el padre de la niña desapareció. Por su involuntario error Marko quedó marcado como un informante. Dolido por el apodo que le adjudicaron por cometer una falta -que según el Estado no era en manera alguna una falta- cuya enormidad jamás dejó de martirizar su conciencia, nunca más volvió a informar.

En los años de formación de su vida, mientras el viejo Ramius dirigía el Comité Central del Partido Lituano, en Vilna, el niño -huérfano de madre- fue criado por su abuela paterna, práctica común en un país asolado por cuatro años de guerra brutal. El único hijo de la mujer dejó su hogar a edad temprana para unirse a los Guardias Rojos de Lenin, y mientras él se hallaba lejos, ella se aferró a las viejas costumbres: iba a misa todos los días hasta 1940 y nunca olvidó la educación religiosa que había recibido. Ramius la recordaba como una anciana mujer de cabellos plateados que le relataba hermosos cuentos a la hora de ir a dormir. Cuentos religiosos. Habría sido demasiado peligroso para ella llevar a Marko a las ceremonias religiosas que nunca pudieron desarraigar del todo, pero se las arregló para que lo bautizaran católico romano tan pronto como su padre se lo entregó. Ella nunca mencionó eso a Marko. El riesgo habría sido demasiado grande. El catolicismo romano había sido brutalmente suprimido en los países bálticos. Era una religión y, cuando Marko creció, aprendió que el marxismo-leninismo era un dios celoso, que no toleraba competencia en las lealtades.

La abuela Hilda le relataba de noche historias sobre la Biblia, cada una de ellas con una lección sobre el bien y el mal, la virtud y la recompensa. Como niño, las encontraba solamente entretenidas pero nunca habló de ellas a su padre, porque, aun así, sabía que Aleksandr las objetaría. Cuando el viejo Ramius retomó el control de la vida de su hijo esa educación religiosa se desvaneció en la memoria de Marko y aunque no la recordaba del todo, tampoco la olvidó por completo.

Siendo niño, Ramius presintió -más que pensó- que el comunismo soviético ignoraba una necesidad humana básica. En su adolescencia, las dudas comenzaron a tomar forma coherente. El Bien del Pueblo era una meta por demás loable, pero al negar el alma del hombre, una parte trascendente de su ser, el marxismo destrozaba las bases de la dignidad humana y del valer individual. Desechaba también la administración objetiva de la justicia y la medida de la ética que, pensaba él, era el legado principal de la religión a la vida civilizada. Al alcanzar la edad adulta, y desde entonces ya para siempre, Marko tuvo su propia idea sobre el bien y el mal, idea que no compartía con el Estado. Le proporcionaba un medio para medir sus actos y los de los otros. Era algo que cuidaba bien en ocultar. Le sirvió como un ancla para su alma y, como un ancla, estaba escondida muy por debajo de la superficie visible.

Cuando siendo niño todavía luchaba con sus primeras dudas acerca de su país, nadie pudo haberlo sospechado. Como todos los chicos soviéticos, Ramius se unió a los Pequeños Octubristas, más tarde a los Jóvenes Pioneros. Desfiló en los lugares sagrados conmemorativos de batallas, con brillantes botas y bufanda color rojo sangre, y cumplió con gravedad las guardias ante los restos de algún soldado desconocido, estrechando contra su pecho una pistola ametralladora PPSH descargada con la espalda rígida frente a la llama eterna. La solemnidad de esa obligación no era accidental. Cuando niño, Marko estaba seguro de que esos valientes hombres cuyas tumbas guardaba él con tanta intensidad, habían encontrado su destino con la misma clase de desinteresado heroísmo que había visto representado en interminables películas de guerra en el cine local. Habían peleado contra los odiados alemanes para proteger a las mujeres, niños y ancianos que se encontraban detrás de las líneas. Y a la manera de los hijos de nobles de la antigua Rusia se sintió particularmente orgulloso de ser el hijo de un caudillo del partido. El partido -lo oyó cientos de veces antes de cumplir cinco años- era el Alma del Pueblo; la unidad de Partido, Pueblo y Nación era la santa trinidad de la Unión Soviética, aunque con uno de los segmentos más importante que los otros. Su padre encajaba fácilmente en la dinámica imagen de un entusiasta

miembro del partido. Severo pero justo, con frecuencia estaba ausente para Marko; era un hombre ásperamente bondadoso, que llevaba a su hijo cuantos presentes podía y se preocupaba por que gozara de todas las ventajas a que tenía derecho el hijo de un secretario del partido.

Aunque en su exterior era el modelo del muchachito soviético interiormente Marko se preguntaba por qué aquello que aprendía de su padre y en la escuela estaba en conflicto con las enseñanzas anteriores de su niñez. ¿Por qué algunos padres se negaban a permitir que sus hijos jugaran con él? ¿Por qué cuando pasaba junto a ellos, sus compañeros del colegio susurraban *stukach*, el epíteto amargo y cruel del informante? Su padre y el partido enseñaban que informar era un acto de patriotismo, pero por haberlo hecho él una sola vez, en ese momento le volvían la espalda. Le dolían las burlas de sus compañeros, pero jamás se quejó a su padre, consciente de que eso sería una mala acción.

Algo estaba muy mal... pero, ¿qué? Decidió que tendría que encontrar las respuestas por sí mismo. Por propia elección, Marko se hizo un individualista en su forma de pensar y así, sin saberlo, cometió el más grave de los pecados en el culto al comunismo. Manteniéndose exteriormente como el modelo del hijo de un miembro del partido, practicaba el juego cuidadosamente y de acuerdo con todas las reglas. Cumplía con sus obligaciones para con todas las organizaciones del partido, y era siempre el primer voluntario para las tareas serviciales asignadas a los muchachitos aspirantes a ingresar en el partido, actitud que él sabía era la única que conducía al éxito, o al menos al bienestar, en la Unión Soviética. Se convirtió en un buen deportista. No en deportes de equipo; se destacaba en atletismo, en el que podía competir individualmente y medir el empeño de los otros. A lo largo de los años aprendió a hacer lo mismo en todos sus esfuerzos, a observar y juzgar los actos de sus conciudadanos y autoridades con fría objetividad, detrás de un inexpresivo rostro que ocultaba sus conclusiones.

En el verano de su octavo año el curso de su vida sufrió un cambio definitivo. Cuando nadie quería jugar con el "pequeño *stukach*", él se alejaba caminando hasta los muelles de pesca de la pequeña localidad donde su abuela tenía su hogar. Una destartalada colección de viejas barcas de madera partía todas las mañanas siempre detrás de una columna de lanchas patrulleras conducidas por la MGB -como se conocía entonces a la KGB- con sus guardias de frontera, para recoger una modesta cosecha en el Golfo de Finlandia. Esa captura era suplemento de la dieta local con las necesarias proteínas y proporcionaba un minúsculo ingreso a los pescadores. Uno de los patronos de las barcas era el viejo Sasha. Ex oficial de la Marina del zar,

había intervenido en el amotinamiento de la dotación del crucero *Avrora* contribuyendo a encender la chispa en la cadena de sucesos que cambiaron la faz del mundo. Marko no se enteró hasta muchos años después de que los tripulantes del *Avrora* se habían manifestado contra Lenin, siendo luego salvajemente dominados por los Guardias Rojos. Sasha pasó veinte años en los campos de trabajo por su participación en esa imprudencia colectiva, y sólo fue liberado al comenzar la Gran Guerra Patriótica. La Rodina había necesitado marinos experimentados para pilotear los barcos que entraban en los puertos de Múrmansk y Archangel, donde los aliados llevaban armas, alimentos y demás pertrechos que permiten funcionar a un ejército moderno. Sasha había aprendido la lección en el gulag: cumplió sus obligaciones con eficiencia, sin pedir compensación alguna. Después de la guerra le concedieron una especie de libertad por sus servicios: el derecho a ejecutar durísimos trabajos bajo sospecha perpetua.

En la época en que Marko lo conoció, Sasha tenía más de sesenta años; era un hombre casi calvo, de viejos músculos flojos, vista de marino y un especial talento para relatar cuentos que dejaban al muchacho con la boca abierta. Había sido guardiamarina a las órdenes del famoso almirante Marakov, en Port Arthur, en 1906. La reputación de Marakov como patriota y hombre de mar combativo y de iniciativa -fue probablemente el marino más grande en la historia de Rusia- era tan intachable que un gobierno comunista consideró aceptable bautizar con su nombre un crucero lanzamisiles en su memoria. Cauteloso al principio por la fama que habían hecho al muchacho, Sasha pronto vio en él algo que faltaba a los otros. El chico sin amigos y el marinero sin familia se hicieron camaradas. Sasha pasaba horas contando y volviendo a contar cómo había actuado él en el buque insignia del almirante, el *Petropavlovsk*, y participado en la única victoria rusa contra los odiados japoneses... aunque luego su acorazado se hundió y el almirante resultó muerto por la explosión de una mina cuando regresaban a puerto. Después de eso, Sasha condujo a sus hombres como infantes de marina, ganando tres condecoraciones por valor bajo el fuego. Esa experiencia -agitó seriamente al muchacho- le enseñó lo que era la estúpida corrupción del régimen zarista y lo convenció para unirse a uno de los primeros soviets navales, cuando semejante actitud significaba una muerte cierta en manos de la policía secreta del zar, la *okhrana*. El viejo le relató su propia versión de la Revolución de Octubre, desde el emocionado punto de vista de un testigo viviente. Pero Sasha fue muy cuidadoso en omitir las últimas partes.

Llevaba a Marko a navegar con él, y le enseñó los fundamentos de marinería que decidieron a un chico de menos de nueve años que su destino

estaba en el mar. En el mar existía una libertad que nunca podría tener en tierra. Había en ello un encanto que emocionó al hombre que crecía dentro del niño. Había también peligros, pero en una serie de lecciones simples y efectivas que duraron todo el verano, Sasha enseñó al muchacho que la preparación, los conocimientos y la disciplina pueden vencer cualquier forma de peligro; que, enfrentado apropiadamente, el peligro no es nada que el hombre deba temer. Años más tarde, Marko solía reflexionar a menudo sobre lo valioso que había sido para él aquel verano, y se preguntaba hasta dónde podía Sasha haber continuado su carrera si no hubiera sido interrumpida por otros sucesos.

Marko habló a su padre sobre Sasha a finales de ese largo verano báltico, y lo llevó para que conociera al viejo lobo de mar. Ramius padre quedó tan impresionado con él y con lo que había hecho por su hijo que tomó medidas para que Sasha asumiera el mando de un barco mayor y más nuevo, y lo hizo adelantar en la lista de espera para un nuevo apartamento. Marko llegó casi a creer que el partido podía hacer una buena obra, y que él personalmente había consumado su primera y varonil buena obra. Pero el viejo Sasha murió el invierno siguiente, y la buena obra quedó en la nada. Muchos años después Marko se dio cuenta de que no había llegado nunca a conocer el apellido de su amigo. Aún después de tantos años de fieles servicios a la Rodina, Sasha había sido una no-persona.

A los trece años, Marko viajó a Leningrado para asistir a la Escuela Nakhimov. Allí decidió que él también llegaría a ser un oficial naval profesional. Marko iba a sentirse atraído por la misma necesidad de búsqueda de aventuras que durante siglos había llevado al mar a tantos jóvenes. La Escuela Nakhimov era un instituto preparatorio especial para adolescentes aspirantes a la carrera del mar y que tenía una duración de tres años. En esa época, la Marina soviética era poco más que una fuerza de defensa de costas; pero Marko tenía enormes deseos de pertenecer a ella. Su padre lo incitaba para que dedicara su vida al trabajo en el partido, prometiéndole rápidas promociones, una vida cómoda y llena de privilegios. Pero Marko quería ganar por sus propios méritos cualquier cosa que obtuviera y no ser recordado como un apéndice del "libertador", de Lituania. Y una vida en el mar le ofrecía encantos y emociones que hasta le harían tolerable servir al Estado. La Marina tenía aún una limitada tradición sobre la que se podía construir.

Marko tuvo la impresión de que allí había sitio para progresar, y vio que muchos aspirantes a cadetes navales eran como él, si no inconformistas, al menos tan próximos al inconformismo como puede ser posible en una

sociedad cerradamente controlada como era la suya. El joven adolescente tuvo éxito en su primera experiencia en camaradería.

Próxima la graduación, expusieron a su clase los diversos componentes de la flota rusa. Al instante Ramius se enamoró de los submarinos. En esa época eran pequeños, sucios y apestaban desde las abiertas sentinas que las dotaciones usaban a manera de letrinas. Al mismo tiempo, los submarinos eran la única arma ofensiva que tenía la Marina y, desde el principio, Marko quiso estar en el afilado borde. Había oído bastantes conferencias sobre historia naval como para saber que los submarinos habían estado dos veces a punto de estrangular el imperio marítimo inglés, y mutilado con éxito la economía del Japón. Eso le había causado gran placer; se alegraba de que los norteamericanos hubieran aplastado a la marina japonesa que tan cerca había estado de matar a su maestro.

Salió de la Escuela Nakhimov primero de su promoción y ganador del sextante dorado por sus calificaciones en teoría de la navegación. Por ser el primero de su clase, permitieron a Marko que eligiera su futura escuela. Eligió la Escuela Naval Superior para Navegación Submarina, llamada por el Komsomol de Lenin VVMUPP, que es todavía la principal escuela de submarinos de la Unión Soviética.

Sus cinco años en la VVMUPP fueron los más exigentes de su vida, más aún porque estaba resuelto no sólo a cursar con éxito sino a sobresalir. Durante todos los años fue primero en su clase, en todas las materias. Dedicó su ensayo sobre la significación política del poder naval soviético a Sergey Georgiyevich Gorshkov, comandante en jefe en ese momento de la Flota del Báltico y sin duda el futuro jefe de la Marina soviética. Gorshkov dispuso que el ensayo se publicara en el Morskoj Sbontik (Colecciones Navales), el principal diario naval soviético. Era un modelo de pensamiento progresista del partido, citaba seis veces a Lenin.

En esa época el padre de Marko fue candidato a miembro del Presidium, como se llamaba entonces al Politburó y estaba muy orgulloso de su hijo. El viejo Ramius no era ningún tonto. Finalmente reconoció que la Flota Roja era una flor en crecimiento y que algún día su hijo tendría en ella una posición de importancia. Su influencia hizo mover rápidamente la carrera del muchacho.

A los treinta años Marko tuvo su primer comando y una esposa nueva. Natalia Bogdanova era hija de otro miembro del Presidium cuyas obligaciones diplomáticas lo habían llevado con su familia por todo el mundo. Natalia nunca había sido una niña muy saludable. No pudieron tener hijos; cada uno de sus tres intentos había terminado en aborto y el último de ellos le había costado casi la vida. Era una mujer bonita y delicada, sofisticada según las

pautas rusas, que pulió el pasable inglés de su marido con libros norteamericanos y británicos (políticamente aprobados, para estar seguros) que representaban por lo general el pensamiento de izquierdistas occidentales, pero también ciertas nociones de genuina literatura que incluían a Hemingway, Twain y Upton Sinclair. Junto con su carrera naval Natalia había sido el centro de su existencia. Su vida matrimonial estaba jalonada por prolongadas ausencias y gozosos regresos, que hacían su amor aún más precioso de lo que podía haber sido.

Cuando comenzó la construcción de la primera clase de submarinos soviéticos de propulsión nuclear, Marko asistió a los astilleros para aprender cómo eran diseñados y construidos esos tiburones de acero. Pronto cobró fama de hombre muy difícil de complacer en su condición de joven inspector de control de calidad. Su propia vida -tenía conciencia de ello- dependería de la habilidad de esos soldados y armadores, a menudo borrachos. Se transformó en un experto en ingeniería nuclear, pasó dos años como *starpom*, y luego obtuvo su primer comando nuclear. Era un submarino nuclear de ataque clase *November*, el primer intento importante de los soviéticos para hacer un buque de ataque de largo alcance y de buenas condiciones de combate, para amenazar a las marinas y líneas de comunicaciones occidentales. Menos de un mes más tarde, una nave gemela sufrió un grave accidente en su reactor nuclear frente a las costas de Noruega, y Marko fue el primero en llegar al lugar. De acuerdo con lo ordenado, rescató con éxito a la tripulación y luego hundió el submarino inutilizado para evitar que las marinas occidentales conocieran sus secretos. Cumplió ambas misiones con absoluta eficacia, un esfuerzo notable para un joven comandante. El buen desempeño era algo que siempre debía recompensarse a sus subordinados, pensaba Marko, considerándolo importante. Y el comandante de la flota en ese momento pensaba igual que él. Pronto trasladaron a Marko a un nuevo submarino de la clase *Charlie I*.

Eran los hombres como *Ramius* los que salían a desafiar a los norteamericanos y a los británicos. Pero Marko no se hacía muchas ilusiones. Sabía que los norteamericanos tenían gran experiencia en la guerra naval -el más grande de sus propios guerreros, *Jones*, había servido cierta vez en la marina rusa para la zarina *Catalina*-. Sus submarinistas eran legendarios por su capacidad y destreza, y *Ramius* se encontraba enfrentado contra los últimos norteamericanos que tenían experiencia de guerra, hombres que habían soportado el sudor del miedo en el combate bajo las aguas, derrotando totalmente a una marina moderna. El grave juego mortal de esconderse y buscar que él practicaba con ellos no era fácil, porque -además-

tenían submarinos que se hallaban años adelante de los diseños soviéticos. Pero no pasaba tiempo sin algunas victorias.

Ramius aprendió gradualmente a practicar las reglas norteamericanas, entrenando cuidadosamente a sus oficiales y tripulantes. Sus dotaciones alcanzaban raramente el grado de preparación que él deseaba -sigue siendo el mayor problema de la Marina Soviética-, pero mientras otros comandantes insultaban a sus hombres por sus fallos, Marko corregía los fallos de los suyos. A su primer submarino clase Charlie lo llamaron la Academia de Vilna. Eso era en parte una infamia, una calumnia contra su origen medio lituano, aunque como había nacido en Leningrado, hijo de un ruso puro, su pasaporte interno lo calificaba también a él como tal. Pero fundamentalmente era un reconocimiento de que los oficiales que llevaban a él a medio entrenar lo abandonaban con aptitud avanzada y listos para un eventual comando. Lo mismo era cierto con respecto a sus tripulantes que conscriptos. Ramius no permitía el desconcertante y bajo sistema del terror, normal entre los militares soviéticos. Consideraba que su tarea consistía en formar marinos, y originó una cantidad mayor de reingresos que ningún otro comandante de submarinos. Más de una novena parte de los *michmany* en la fuerza de submarinos de la Flota del Norte eran profesionales entrenados por Ramius. A sus camaradas comandantes de submarinos les encantaba recibir a bordo a sus *starshini*, y más de uno de éstos pasaba a la escuela de oficiales.

Después de dieciocho meses de trabajo duro y entrenamiento intenso, Marko y su Academia de Vilna estaban listos para practicar su juego de zorro y sabuesos. Se encontró accidentalmente con el USS Triton, en el Mar de Noruega, y lo acosó despiadadamente durante doce horas. Más tarde se enteró, con gran satisfacción, que poco después de eso el Triton había sido retirado del servicio porque, se decía, la nave -excesivamente grande- no podía competir con los últimos diseños soviéticos. A los submarinos británicos y noruegos equipados con motores diesel que descubría ocasionalmente tomando aire con sus *shnorkels* los hostigaba cruelmente, sometiéndolos a veces a maliciosas excitaciones de sus sonares. En cierta oportunidad llegó a dominar un submarino lanzamisiles norteamericano, logrando mantener contacto con él durante casi dos horas, hasta que finalmente desapareció como un fantasma en las negras aguas.

El rápido crecimiento de la Marina Soviética y la necesidad de oficiales calificados cuando aún se hallaba en los comienzos de su carrera impidieron a Ramius asistir a la Academia Frunze. Éste era normalmente un *sine qua non* para continuar adelantando profesionalmente en cualquiera de las fuerzas armadas soviéticas. Frunze, en Moscú, cerca del antiguo Monasterio

Novodevichiy, se llamaba así en memoria de un héroe de la Revolución. Era la escuela fundamental para todos aquellos que aspiraban al alto mando, y aunque Ramius no la había cursado como alumno, su habilidad y coraje como comandante operacional le valieron un nombramiento de instructor. Fue algo ganado exclusivamente por sus méritos, en lo que la alta posición de su padre nada influyó. Tuvo gran importancia para Ramius.

El jefe de la sección naval en Frunze se complacía en presentar a Marko como "nuestro piloto de pruebas en submarinos". Sus clases constituían una verdadera atracción, no sólo para los oficiales navales de la academia sino también para muchos otros que iban a escuchar las conferencias sobre historia naval y estrategia en el mar. Durante los fines de semana que pasaba en la *dacha* oficial de su padre en la localidad de Zhukova-1, escribía manuales para el manejo de submarinos y el entrenamiento de las dotaciones, y especificaciones para el submarino ideal de ataque. Algunas de sus ideas habían sido lo suficientemente controvertidas como para inquietar a su antiguo patrocinador, Gorshkov, quien era en esa época comandante en jefe de toda la Marina soviética; pero el viejo almirante no estaba del todo disgustado.

Ramius proponía que los oficiales submarinistas trabajaran en una sola clase de buques -mejor aún, en el mismo buque- durante años, pues era lo más conveniente para que aprendieran su profesión y conocieran las aptitudes de sus naves. Los comandantes avezados, sugería, no debían ser obligados a abandonar sus mandos para promoverlos a cargos que los ataban a un escritorio. En eso alababa las prácticas del Ejército Rojo, que dejaba en su puesto a un comandante de unidad tanto tiempo como él quería y deliberadamente contrastaba su punto de vista sobre el asunto con las modalidades de las marinas imperialistas. Hacía hincapié en la necesidad de alargar los entrenamientos con la flota, de incorporar a los hombres durante tiempos más prolongados, y por mejorar las condiciones de vida de los submarinos. Algunas de sus ideas encontraron oídos bien predispuestos en el alto comando. Otras no, y así fue cómo Ramius no llegó nunca a tener insignia de almirante. Pero ya en esa época no le importaba. Amaba demasiado a sus submarinos como para dejarlos alguna vez por un escuadrón, y ni siquiera por el mando de una flota.

Después de terminar en Frunze, se convirtió realmente en piloto de pruebas para submarinos. Marko Ramius, en ese momento con el grado de capitán de navío, debía sacar la primera de las naves de todas las clases de submarinos, para "escribir el libro" sobre sus fortalezas y debilidades, para desarrollar todas las técnicas operacionales y las guías de entrenamiento. El

primero de los Alfa fue suyo, y los primeros de los Delta y de los Typhoon. A excepción de un contratiempo extraordinario con un Alfa, su carrera había sido una serie ininterrumpida de éxitos.

A lo largo de ella, Ramius fue el maestro de muchos oficiales jóvenes. Se preguntaba a menudo qué habría pensado Sasha, cuando enseñaba el exigente arte de operar con submarinos a decenas y decenas de ansiosos muchachos. Muchos de ellos habían llegado ya a ser comandantes. Otros habían fracasado. Ramius era un comandante que se ocupaba muy bien de aquellos que le gustaban... y se ocupaba muy bien de los que no le gustaban. Otra de las razones por las cuales no llegó a ser almirante fue su constante posición negativa a promover oficiales cuyos padres fueran tan poderosos como el suyo pero cuyas aptitudes no satisfacían. Nunca aceptó favoritos cuando estaba en juego el servicio, y los hijos de media docena de altos dirigentes del partido fueron objeto de informes de calificación no satisfactorios a pesar de su activo compromiso en las conferencias semanales del partido. La mayoría de ellos se habían convertido en zampoliti. Fue esa clase de integridad la que le valió ganarse la confianza del mando de la flota.

Cuando se presentaba una tarea realmente difícil, el nombre de Ramius era por lo general el primero que se consideraba para ponerlo al cargo.

También a lo largo de los años había reunido con él cierto número de jóvenes oficiales a quienes habían adoptado virtualmente Natalia y él. Eran sustitutos de la familia que Marko y su mujer no llegaron a tener. Ramius se encontró en el papel de guía de hombres que se parecían mucho a él, con dudas largamente reprimidas sobre la conducción de su país. Era un hombre a quien resultaba fácil hablar, cuando el interlocutor le había dado pruebas adecuadas de sí mismo. A quienes tenían dudas políticas y a los que se quejaban únicamente, les daba el mismo consejo: "Únase al partido". Casi todos eran ya miembros del Komsomol, naturalmente, y Marko los incitaba para que dieran un paso más. Ése era el precio para hacer carrera en el mar, y, guiados por su propia vocación de aventuras, la mayor parte de los oficiales pagaba ese precio. Al mismo Ramius le habían permitido ingresar en el partido a los dieciocho años, la menor edad posible, gracias a la influencia de su padre. Sus charlas ocasionales en las reuniones semanales de partido eran recitados perfectos de la línea del partido. No era difícil, decía a sus oficiales con paciencia. Todo lo que tienen que hacer es repetir lo que dice el partido... cambiando sólo ligeramente las palabras. Eso era mucho más fácil que la navegación... isólo era necesario observar al oficial político para comprobarlo! Ramius adquirió fama de ser un comandante cuyos oficiales

eran tanto eficientes como modelos de política. Era uno de los mejores reclutadores del partido en la Marina.

Luego murió su esposa. Ramius estaba en puerto en ese momento, lo que no era extraño en un comandante de submarino lanzamisiles. Tenía su propia dacha en los bosques del oeste de Polyarnyy, su propio automóvil Zighuli, el vehículo oficial, y el conductor que se asignaba a todos aquellos que tenían un puesto de mando como el suyo, y otras numerosas comodidades que correspondían a su jerarquía y a su linaje. Era miembro de la élite del partido, de modo que cuando Natalia se quejó de dolores abdominales, la ida a la clínica del Cuarto Departamento -que atendía solamente a los privilegiados- había sido un error natural. Había un dicho en la Unión Soviética: Pisos de parqué, doctores okay. Había visto con vida por última vez a su mujer acostada en una camilla, sonriendo mientras la llevaban a la sala de operaciones.

El cirujano citado al hospital había llegado tarde y borracho, y se tomó demasiado tiempo aspirando oxígeno puro para recuperar la sobriedad, antes de comenzar el sencillo procedimiento de quitar un apéndice inflamado. El órgano hinchado se reventó cuando el médico estaba retirando tejido para alcanzarlo. Se produjo de inmediato un caso de peritonitis, complicado por la perforación del intestino causada por el cirujano en su torpe urgencia por reparar el daño.

Trataron a Natalia con una terapia de antibióticos, pero había escasez de medicamentos. Los productos extranjeros -generalmente franceses- utilizados en las clínicas del Cuarto Departamento se habían terminado. Los sustituyeron con antibióticos soviéticos, medicamentos de "plan". Era práctica común en la industria soviética que los trabajadores ganaran bonos por fabricar bienes por encima de las cuotas establecidas, bienes que burlaban cualquier control de calidad existente en el sistema. Esa particular partida de antibióticos jamás había sido inspeccionada ni probada. Y *probablemente las ampollas estaban llenas de agua destilada en lugar de antibiótico*. Marko lo supo al día siguiente. Natalia había entrado en un profundo shock y en coma, y murió antes de que la serie de errores pudiera enmendarse.

El funeral fue apropiadamente solemne, recordaba Ramius con amargura. Estaban allí todos los camaradas de su comando y más de cien hombres de la Marina a quienes había brindado su amistad, junto a los miembros de la familia de Natalia y representantes del Comité Central local del Partido. Marko había estado en navegación cuando murió su padre, y como conocía perfectamente el alcance de los crímenes cometidos por Aleksandr, la pérdida había producido poco efecto. La muerte de su esposa, en cambio, no fue

menos que una catástrofe personal. Poco después del casamiento, Natalia bromeaba diciendo que todo marino necesita alguien a quien regresar, y que toda mujer necesita alguien a quien esperar. Había sido así de simple... e infinitamente más complejo, el matrimonio de dos personas inteligentes que durante quince años habían conocido las debilidades y fortalezas de cada uno y habían crecido cada vez más unidos.

Marko Ramius contempló el féretro cuando rodaba entrando en la cámara de cremación con los sombríos acordes de un réquiem clásico, deseando poder rezar por el alma de Natalia, con la esperanza de que la abuela Hilda hubiera estado en lo cierto, que existiera algo más allá de esa puerta de acero y esa masa de fuego. Sólo entonces lo golpeó todo el peso de lo ocurrido: *el Estado le había robado más que a su esposa, le había robado la posibilidad de mitigar su dolor con la oración, le había robado la esperanza -aunque sólo fuera una ilusión- de volver a verla alguna vez.* Natalia, suave y bondadosa, había sido su única felicidad desde aquel verano en el Báltico hacía tanto tiempo. En ese momento, esa felicidad estaba perdida para siempre. A medida que pasaban las semanas y los meses, se sentía atormentado por su recuerdo; un cierto peinado; cierta forma de caminar; cierta risa desatada en alguna calle o en una tienda de Murmansk era todo lo que necesitaba para que Natalia volviera al primer plano de su conciencia, y cuando pensaba en su pérdida dejaba de ser un oficial naval profesional.

La vida de Natalia Bogdanova Ramius se había perdido en manos de un cirujano que estaba bebiendo mientras se hallaba de turno -delito que merecía una corte marcial en la Marina Soviética-, pero Marko no pudo hacer castigar al médico. Era hijo de un caudillo del Partido y su situación se encontraba asegurada por sus padrinos. La vida de Natalia pudo haberse salvado con una adecuada medicación pero no había cantidad suficiente de drogas extranjeras, y los productos farmacéuticos soviéticos no eran fiables. No se pudo hacer pagar al médico; tampoco se pudo hacer pagar a los operarios farmacéuticos... esa idea iba y venía por su mente alimentando su furia, hasta que decidió que el Estado pagaría por ello.

Le había llevado varias semanas conformar el plan, producto del entrenamiento obtenido durante su carrera y de su capacidad de planificación. Cuando reiniciaron la construcción del Octubre Rojo después de un intervalo de dos años, Ramius supo que él sería el comandante. Había contribuido en el diseño de su revolucionario sistema de propulsión e inspeccionado el modelo que operó durante varios años en el Mar Caspio en absoluto secreto. Solicitó ser liberado de su mando para poder concentrarse en la construcción y puesta a punto del Octubre Rojo y seleccionar y entrenar

con anticipación a sus oficiales, lo antes posible para poder poner al submarino lanzamisiles en total capacidad operativa. La solicitud fue autorizada por el comandante de la Flota del Norte de la Enseña Roja, un hombre sentimental que también había llorado en el funeral de Natalia.

Ramius sabía desde un comienzo quiénes habrían de ser sus oficiales. Todos graduados de la Academia de Vilna, muchos de ellos "hijos", de Marko y Natalia, eran hombres que debían su posición y su grado a Ramius; hombres que protestaban contra la ineptitud de su país para construir submarinos dignos de su propia preparación y habilidad; hombres que habían ingresado en el partido como les dijeron y que luego se sintieron cada vez más insatisfechos con la Madre Patria, al comprender que el precio del progreso era prostituir las mentes y las almas, para convertirse en un loro bien pagado con chaqueta azul, en quienes cada recitado del partido era un áspero ejercicio de autocontrol. En su mayoría, eran hombres para quienes ese paso degradante no había dado frutos. En la Marina soviética había tres caminos hacia el progreso. Un hombre podía hacerse zampolit y convertirse en un paria entre sus pares. O ser oficial de navegación y avanzar hacia su propio mando. O ser desviado a una especialidad en la cual podía progresar en grado y paga... pero nunca llegar al mando propio. Así era que un jefe de máquinas en un buque de guerra soviético podía tener un grado más alto que su comandante y, a pesar de ello, ser su subordinado.

Ramius observó a los oficiales que rodeaban la mesa. A muchos de ellos no se les había permitido aplicarse a la búsqueda de las metas deseadas en su carrera, a pesar de su eficiencia y de su pertenencia al partido. La menor infracción de su juventud -en cierto caso, un acto cometido a los ocho años- había sido determinante para que nunca más se tuviera confianza en dos de ellos. El oficial de misiles era judío, y aunque sus padres habían sido siempre comunistas declarados y comprometidos, ni ellos ni su hijo gozaron jamás de una confianza total. Otro oficial tenía un hermano mayor que se había manifestado contra la invasión de Checoslovaquia en 1968 con lo cual había llevado la desgracia a toda su familia. Melekhin, el jefe de máquinas, del mismo grado que Ramius, no había sido nunca autorizado a hacer carrera hacia la meta de comandante porque sus superiores querían que fuera ingeniero. Borodin, que estaba ya en condiciones de tener mando propio, había acusado una vez a un zampolit de homosexual; pero el acusado era hijo del zampolit jefe, en la Flota del Norte. Existen muchos caminos hacia la traición.

—¿Y qué ocurrirá si nos localizan? —especuló Kamarov.

—Dudo que ni siquiera los norteamericanos puedan encontrarnos mientras opera la oruga. Y estoy seguro de que nuestros propios submarinos no pueden hacerlo. Camaradas, yo ayudé a diseñar este buque —dijo Ramius.

—¿Qué pasará con nosotros? —murmuró el oficial de misiles.

—Primero debemos cumplir la tarea que tenemos entre manos. Un oficial que mira demasiado lejos tropieza con sus propias botas.

—Estarán buscándonos —dijo Borodin.

—Por supuesto —sonrió Ramius—, pero no sabrán dónde buscar hasta que ya sea demasiado tarde. Camaradas, nuestra misión es evitar la detección. Y eso es lo que haremos.

EL CUARTO DÍA

Lunes, 6 de diciembre

Dirección General de la CIA

Ryan caminaba por el corredor en el último piso de la Dirección General de la CIA (Agencia Central de Inteligencia), en Langley, Virginia. Ya había pasado a través de tres diferentes controles de seguridad, ninguno de los cuales le requirió que abriera el portafolios cerrado con llave que llevaba ese momento colgado bajo los pliegues de su abrigo color piel de ciervo, regalo de un oficial de la Marina Real Británica.

La ropa que llevaba puesta era en gran parte culpa de su esposa: un costoso traje comprado en Savile Row. Era de corte inglés, ni muy conservador ni tampoco demasiado ajustado a las avanzadas líneas de la moda contemporánea. Tenía en su armario cierta cantidad de trajes como ése, prolijamente ordenados según sus colores, y que usaba con camisas blancas y corbatas rayadas. Sus únicas alhajas eran el anillo de bodas y otro de la universidad, además de un reloj digital barato, pero exacto, que usaba con una mucho más costosa pulsera de oro. En realidad, su trabajo consistía en ver a través de ellas, en busca de la dura verdad.

Su aspecto físico no llamaba la atención: poco más de un metro setenta y cinco con un cuerpo ligeramente afectado en la cintura debido a la falta de ejercicio sumada al horrible tiempo que había siempre en Inglaterra. Sus ojos azules tenían una engañosa mirada distraída; se encontraba a menudo perdido en sus propios pensamientos, con el rostro en piloto automático mientras su mente se esforzaba, sumida en material de investigación para el libro que estaba escribiendo. La única gente a quien Ryan necesitaba impresionar era aquella que lo conocía: poco le importaban todos los demás. No tenía ambición por ser famoso. Su vida, según su propio juicio, era ya lo suficientemente complicada que necesitaba ser... bastante más complicada que lo que suponía la mayoría. Tenía una esposa a la que amaba y dos hijos a los que adoraba, un trabajo que ponía a prueba su inteligencia, y suficiente independencia económica como para elegir su propio camino. Y el camino que Jack Ryan había elegido era la CIA. El lema oficial de la agencia era: La verdad los hará libres. El problema, se decía él a sí mismo por lo menos una

vez al día, era encontrar esa verdad, y si bien dudaba que alguna vez alcanzara ese sublime estado de gracia, se enorgullecía por su capacidad de descubrir un pequeño fragmento cada vez.

La oficina del subdirector de inteligencia ocupaba una esquina completa del último piso, con vista al boscoso Valle del Potomac. Ryan tenía que pasar todavía un control más de seguridad.

—Buenos días, doctor Ryan.

—Hola, Nancy —Ryan sonrió a la mujer. Nancy Cummings trabajaba como secretaria desde hacía veinte años; trabajó para ocho subdirectores y, a decir verdad, ella probablemente tenía tan buen tacto para las actividades de inteligencia como los políticos titulares del cargo que ocupaban el despacho contiguo. Era lo mismo que en cualquier gran empresa: los jefes iban y venían pero las buenas secretarías ejecutivas duraban para siempre.

—¿Cómo está su familia, doctor? ¿Esperando la Navidad?

—Ya lo creo... excepto que mi pequeña Sally está un poco preocupada. No está segura de que Papá Noel sepa que nos hemos mudado de domicilio, y tiene miedo de que no llegue a Inglaterra para ella. Pero lo hará —le confió Ryan.

—Es tan lindo cuando son tan pequeñas. —la secretaria apretó un botón oculto. Puede entrar, doctor Ryan.

—Gracias, Nancy —Ryan hizo girar la manija de la puerta, protegida electrónicamente y entró en el despacho del subdirector.

El vicealmirante James Greer estaba reclinado en el alto respaldo de su sillón de juez leyendo un expediente. Su enorme escritorio de caoba se hallaba cubierto de expedientes apilados prolijamente, cuyos lomos estaban marcados con cinta adhesiva roja y cuyas tapas tenían diversas palabras en clave.

—¡Hola, Jack! —gritó a través del salón—. ¿Café?

—Sí, gracias, señor.

James Greer tenía sesenta y seis años; era un oficial naval que había pasado la edad de retiro pero que seguía trabajando a fuerza de practicar una extraordinaria competencia, en gran parte como lo había hecho Hyman Rickover, aunque Greer era un hombre mucho más fácil para trabajar con él. Era un "potro mestecño", un hombre que había ingresado en el servicio naval como voluntario, ganando su derecho a entrar en la Academia Naval y pasando luego cuarenta años en la institución mientras hacía carrera hasta llegar al almirantazgo de tres estrellas. Fue primero comandante de submarinos y luego se entregó a una total dedicación como especialista en

inteligencia. Greer era un jefe exigente, pero que protegía bien a quienes lo satisfacían. Ryan era uno de éstos.

Para desazón de Nancy, a Greer le gustaba preparar personalmente su café, con una máquina ubicada sobre un aparador que tenía detrás del escritorio y al que alcanzaba con sólo volverse. Ryan se sirvió una taza... en realidad era un jarro sin asa, al estilo naval. Era el café tradicional en la Marina, fuerte y con una pizca de sal.

—¿Tiene hambre, Jack? —Greer extrajo una caja de pastelitos de un cajón del escritorio—. Aquí tengo algunos bollitos pegajosos.

—Bueno, gracias, señor. No comí mucho en el avión. —Ryan tomó uno con una servilleta de papel.

—¿Todavía le disgusta volar? —Greer pareció divertido. Ryan se sentó en el sillón opuesto al de su jefe.

—Supongo que tendría que ir acostumbrándome. Me gusta más el Concorde que los de fuselaje ancho. El terror dura la mitad del tiempo.

—¿Cómo está la familia?

—Muy bien, gracias señor. Sally está en primer grado... y le encanta. Y el pequeño Jack gatea por toda la casa. Estos bollos están muy buenos.

—Son de una panadería nueva que abrió cerca de mi casa. Paso por allí todas las mañanas. —El almirante se sentó derecho en su sillón—. Y bien ¿qué le trae hoy por aquí?

—Fotografías del nuevo submarino lanzamisiles soviético, el Octubre Rojo —dijo Ryan con naturalidad y entre sorbos

—¡Ah! ¿Y qué quieren en retribución nuestros primos británicos? —preguntó Greer en tono de sospecha.

—Quieren espiar los nuevos equipos de ampliación de Barry Somers. No las máquinas propiamente dichas -al principio- sino al producto terminado. Creo que el trato es justo y nos conviene, señor —Ryan sabía que la CIA no tenía ninguna fotografía del nuevo submarino. El directorio de operaciones no disponía de ningún agente en los astilleros de Severodvinsk ni hombre responsable alguno en la base de submarinos de Polyarnyy. Y lo que era peor, las filas de galpones para submarinos construidos para ocultar a las naves lanzamisiles, diseñados como los recintos cerrados para protección de los submarinos alemanes de la Segunda Guerra Mundial, imposibilitaban las fotografías de satélites—. Tenemos diez tomas, oblicuas a baja altura, cinco de proa y cinco de popa, y una de cada perspectiva está sin revelar, de manera que Somers pueda trabajar con ellas intactas. No estamos obligados, señor, pero dije a Sir Basil que usted lo pensaría.

El almirante dejó escapar un gruñido. Sir Basil Charleston, jefe del Servicio Secreto de Inteligencia Británico, era un maestro del quid pro quo; ocasionalmente ofrecía compartir recursos con sus primos ricos, y un mes más tarde pedía algo a cambio. El juego de la inteligencia se parecía a veces a los primitivos mercados del trueque.

—Para usar el nuevo sistema, Jack, necesitamos la cámara con que se tomaron las fotografías.

—Lo sé. —Ryan sacó la cámara del bolsillo de su abrigo—. Es una cámara de disco Kodak modificada. Sir Basil dice que es lo que se usará en el futuro en materia de cámaras para espías, chata y muy buena. Ésta, dice, estaba oculta en una bolsa de tabaco.

—¿Cómo sabía usted que... que nosotros necesitábamos la cámara?

—Quiere decirme cómo sabía que Somers usa láser para...

—¡Ryan! —saltó Greer—. ¿Cuánto es lo que sabe?

—Cálmese, señor. ¿Se acuerda que en febrero yo estuve aquí para hablar sobre las nuevas posiciones de los SS-20 sobre la frontera china? Somers también estaba aquí, y usted me pidió que lo llevara hasta el aeropuerto. Mientras íbamos, él empezó a parlotear sobre su nueva gran idea en la que trabajaría cuando llegara al oeste, que para eso viajaba. Habló del tema casi todo el trayecto hasta Dulles. Por lo poco que yo entendía, deduje que dispara rayos láser a través de las lentes de la cámara para hacer un modelo matemático de las lentes. De eso, supongo, puede tomar el negativo expuesto, descomponer la imagen... los rayos de luz originales que entraron, creo, y luego usar una computadora para pasar eso a través de una lente teórica generada por la computadora, para hacer una fotografía perfecta. Es probable que yo esté cometiendo algún error. —Por la expresión de la cara de Greer, Ryan se dio cuenta de que no era así.

—Este Somers tiene una maldita lengua larga.

—Yo le dije eso mismo, señor. Pero una vez que el tipo empieza, ¿cómo diablos hace uno para que se calle?

—¿Y cuánto saben los británicos? —preguntó Greer.

—Usted supone lo mismo que yo, señor. Sir Basil me preguntó sobre el tema, y le respondí que no era a mí a quien debía preguntar... le expliqué, mis títulos son en economía y en historia, no en física. Le dije que necesitábamos la cámara... pero él ya lo sabía. La sacó de su escritorio y me la entregó. No le revelé absolutamente nada de esto, señor.

—Me gustaría saber con cuántas personas más se le fue la lengua. ¡Genios! Todos trabajan en sus pequeños mundos de locos. A veces, Somers parece un niño. Y usted conoce muy bien la Primera Regla de Seguridad: la

probabilidad de que un secreto trascienda es proporcional al cuadrado del número de personas que lo conocen. —Era el aforismo favorito de Greer. Se oyó el timbre de su teléfono.

—Greer... Está bien —colgó—. Charlie Davenport viene subiendo, por sugerencia suya, Jack. Hace media hora que debía estar aquí. Debe de ser por la nieve. —El almirante tendió una mano hacia la ventana. Había seis centímetros de nieve sobre el suelo, y se esperaban otros tres con la caída de la noche—. En esta ciudad cae un copo y todo se va al demonio.

Ryan rió. Eso era algo que Greer —un hombre del este, de los llanos de Maine— parecía no poder comprender.

—Muy bien, Jack así que usted piensa que esto vale el precio.

—Señor, hace tiempo que queríamos esas fotografías, y más con toda la información contradictoria que hemos estado recibiendo sobre el submarino. Es su decisión y la del juez, pero... sí, yo creo que valen el precio. Estas fotos son muy interesantes.

—Nosotros tendríamos que tener a nuestra propia gente en ese maldito astillero —refunfuñó Greer. Ryan no sabía cómo Operaciones había fallado en eso. Él tenía poco interés en operaciones en el terreno. Ryan era un analista. Cómo llegaba la información a su escritorio era algo que no le importaba, y ponía buen cuidado en no averiguarlo—. No creo que Basil le haya dicho algo sobre el nombre de ellos, ¿no? —Ryan sonrió sacudiendo la cabeza.

—No, señor, y yo no pregunté. —Greer asintió aprobando con un movimiento de cabeza.

—¡Buenos días, James!

Ryan se volvió y pudo ver al contralmirante Charles Davenport, director de inteligencia naval, que llegaba arrastrando a un capitán en su estela.

—Hola, Charlie. Conoces a Jack Ryan, ¿no?

—Hola, Ryan.

—Ya nos conocemos —dijo Ryan.

—Él es el capitán Casimir.

Ryan estrechó las manos de ambos hombres. Había conocido a Davenport varios años antes, cuando entregaba ciertos papeles en el Colegio de Guerra Naval, en Newport, Rhode Island. Davenport le había hecho pasar un mal rato en la sesión de preguntas y respuestas. Decían que era una desgracia trabajar con él. Había sido aviador y fue separado del cuerpo de vuelo después de un accidente en una barrera de contención; también decían que aún guardaba rencor. ¿Contra quién? Nadie lo sabía realmente.

—El tiempo en Inglaterra debe de estar tan mal como aquí Ryan. — Davenport dejó caer su abrigo naval encima del de Ryan—. Veo que robó un capote de la Marina Británica.

A Ryan le gustaba mucho su abrigo de cierre con presillas.

—Un regalo, señor, y abriga mucho.

—¡Cristo!, hasta parece un inglés hablando. James, tenemos que traer de vuelta a casa a este muchacho.

—Pórtate bien con él, Charlie. Tiene un regalo para ti. Sírrete un poco de café.

Casimir se deslizó por un costado para llenar un jarro para su jefe, después se sentó a su derecha. Ryan los hizo esperar unos segundos y luego abrió su portafolios. Sacó cuatro pliegos, se quedó con uno de ellos y les pasó los otros.

—Dicen que ha estado haciendo ciertos trabajos muy buenos, Ryan —dijo Davenport. Jack sabía que era un hombre de actitudes cambiantes, afable por momentos, brusco instantes después. Probablemente para mantener en vilo a sus subordinados—. Y... ¡Jesucristo! —Davenport había abierto su pliego.

—Caballeros, les presento al Octubre Rojo, cortesía del Servicio Secreto de Inteligencia Británico —dijo con formalidad.

Los pliegos contenían las fotografías dispuestas por parejas, cada uno tenía cuatro de ellas, de doce centímetros. En la parte de atrás había ampliaciones de treinta por treinta de cada una. Las fotografías habían sido tomadas desde un ángulo oblicuo y bajo, probablemente, desde el borde del dique de carena donde se hallaba la nave para su reparación después de su primera prueba. Las tomas estaban en pares, de adelante y de atrás, de adelante y de atrás.

—Caballeros, como ustedes pueden ver, la luminosidad no era buena. No hay nada extraordinario aquí. Era una cámara de bolsillo cargada con película de color, de una velocidad de 400. El primer par fue procesado normalmente para establecer los niveles de luz. Al segundo se lo trató para obtener mayor brillo usando procedimientos también normales. El tercer par fue ampliado digitalmente para resolución color, y el cuarto fue ampliado digitalmente para resolución lineal. He dejado sin revelar negativos de cada toma para que Barry Somers pueda jugar con ellos.

—¿Cómo? —Davenport levantó fugazmente la mirada.

—Esto es realmente un buen gesto de los británicos. ¿Cuál es el precio?

Greer se lo dijo.

—Páguelo. Vale la pena.

—Eso es lo que dice Jack.

—Es de esperar. —Davenport rió entre dientes—. Ustedes saben que en realidad él está trabajando para ellos.

Ryan se puso tenso al oírlo. Le gustaban los ingleses, le gustaba trabajar con su comunidad de inteligencia, pero no olvidaba a qué país pertenecía. Jack respiró profundamente. Davenport se complacía en aguijonear a la gente y si él reaccionaba, Davenport sería el ganador.

—¿Entiendo que Sir John Ryan está todavía muy bien relacionado en el otro lado del océano? —dijo Davenport prolongando el pinchazo.

El título nobiliario de Ryan era honorario. Había sido su recompensa por desbaratar un incidente terrorista que se produjo en el Parque de Saint James, en Londres. Era sólo un turista en ese momento, el norteamericano inocente en el extranjero, mucho antes de que lo invitaran a ingresar en la CIA. El hecho fue que, sin saberlo, impidió que asesinaran a dos prominentes figuras, y eso le había dado más publicidad que la que en realidad deseaba, pero lo había puesto además en contacto con un montón de gente en Inglaterra, en su mayoría importante. Esas conexiones lo convirtieron en un elemento lo suficientemente valioso como para que la CIA lo invitara a formar parte de un grupo de enlace británico-norteamericano. Así fue como llegó a establecer una buena relación de trabajo con Sir Basil Charleston.

—Tenemos muchos amigos allá, señor, y algunos de ellos tuvieron la suficiente amabilidad como para enviarle a usted esto —dijo Ryan con frialdad.

Davenport se ablandó.

—De acuerdo, Jack, entonces hágame un favor. Encárguese de que quien sea que nos ha dado esto se encuentre con algo a su medida. Valen la pena, y mucho. Y bien, ¿qué tenemos exactamente aquí?

Para un observador no entrenado, las fotografías mostraban un submarino nuclear lanzamisiles estándar. El casco de acero era de forma roma en un extremo y en punta en el otro. Los trabajadores que estaban de pie sobre el suelo del muelle proporcionaban la escala: la nave era enorme. Tenía dos hélices de bronce en la popa, a cada lado de un apéndice plano al que los rusos llamaban cola de castor o al menos así lo decían los informes de inteligencia. Con esas dos hélices la popa nada tenía de notable, excepto un detalle.

—¿Para qué son esas dos puertas? —preguntó Casimir.

—Hummm. Es un gran hijo de puta. —Evidentemente, Davenport no había oído—. Doce metros más largo que lo que esperábamos, según el aspecto.

—Trece metros con veinte, aproximadamente. —A Ryan no le gustaba mucho Davenport pero el hombre conocía su oficio. —Somers puede calibrarnos eso. Y una manga mayor dos metros más que los otros Typhoons. Es un desarrollo obvio de la clase Typhoon, pero...

—Tiene razón, capitán —interrumpió Davenport—. ¿Qué son esas puertas?

—Es por eso que he venido. —Ryan se había preguntado cuánto tiempo llevaría todo eso. Él las había notado en los primeros cinco segundos—. Yo no lo sé, y tampoco los británicos.

El Octubre Rojo tenía dos puertas en la proa y en la popa, cada una de unos dos metros de diámetro, aunque no eran perfectamente circulares. Estaban cerradas en el momento en que las fotos fueron tomadas y sólo se las veía bien en el par número cuatro.

—¿Tubos de torpedos? No... hay cuatro de ellos más adentro —Greer buscó en el interior del cajón de su escritorio y sacó una lupa. En la época de las ampliaciones por computadora, el recurso pareció a Ryan encantadoramente anacrónico.

—Usted es el submarinista, James —observó Davenport.

—Hace veinte años, Charlie. —Había cambiado su situación de oficial de línea por la de espía profesional en los primeros años de la década del sesenta. El capitán Casimir, notó Ryan, era aviador naval y, con buen sentido, había permanecido en silencio. No era tampoco especialista nuclear.

—Bueno, no pueden ser tubos de torpedos. Tienen los cuatro normales en la proa, hacia el interior de estas aberturas... deben de tener un metro y medio, o dos, de ancho. ¿Qué les parece la posibilidad de que sean tubos de lanzamientos para el nuevo misil crucero que están desarrollando?

—Eso es lo que piensa la Marina Real. Yo tuve oportunidad de hablar sobre el asunto con sus muchachos de inteligencia. Pero no lo creo. ¿Por qué poner un arma anti-buque-de-superficie en una plataforma estratégica? Nosotros no lo hacemos, y desplegamos nuestros submarinos lanzamisiles mucho más allá. Las puertas son simétricas con respecto al eje de la nave. No sería posible lanzar un misil desde la popa, señor. Las aberturas están demasiado cerca de las hélices.

—Un dispositivo para remolque de sonar —dijo Davenport.

—Es cierto que podrían hacer eso, si detienen una hélice. Pero... ¿por qué dos? —preguntó Ryan.

Davenport le lanzó una mirada de odio.

—Les gustan las redundancias.

—Dos puertas adelante y dos atrás. Puedo aceptar que sean tubos de misiles crucero. Puedo aceptar que sean dispositivos de remolque ¿Pero ambos juegos de puertas exactamente del mismo tamaño? —Ryan sacudió la cabeza—. Demasiada coincidencia. Yo creo que es algo nuevo. Y eso es lo que interrumpió la construcción durante tanto tiempo. Idearon algo nuevo para este buque y se pasaron los últimos dos años modificando la configuración del Typhoon para acomodarlo. Fíjense además que agregaron otros seis misiles.

—Es una opinión —observó Davenport.

—Para eso me pagan.

—Muy bien, Jack, ¿qué cree usted que es? —preguntó Greer.

—No estoy en condiciones, señor. No soy ingeniero.

El almirante Greer observó a los presentes durante unos segundos. Sonrió y se echó hacia atrás en el sillón.

—Caballeros, aquí tenemos... ¿cuánto? Noventa años de experiencia naval en este cuarto más este joven aficionado —señaló a Ryan—. Muy bien, Jack, usted ha logrado inquietarnos por algo. ¿Por qué trajo esto personalmente?

—Quiero enseñar estas cosas a alguien.

—¿A quién? —La cabeza de Greer se inclinó a un lado en un gesto de sospecha.

—Skip Tyler. ¿Alguno de ustedes lo conoce, señores?

—Yo lo conozco —asintió Casimir—. Estaba un año detrás de mí en Annapolis. ¿No está lisiado o algo parecido?

—Sí —dijo Ryan—. Perdió una pierna en un accidente automovilístico hace cuatro años. Estaba designado para el mando del Los Angeles cuando un conductor borracho lo atropelló. Ahora enseña ingeniería en la Academia y trabaja mucho en consultoría con el Comando de Sistemas Navales -análisis técnicos en la observación de los diseños de sus buques. Tiene un doctorado en ingeniería del MIT, y sabe pensar sin convencionalismo.

—¿Y qué hay de su autorización para tratar temas secretos? —preguntó Greer.

—Está autorizado para intervenir en asuntos ultra-secretos, señor, debido a su trabajo Crystal City.

—¿Alguna objeción, Charlie?

Davenport frunció el entrecejo. Tyler no formaba parte de la comunidad de inteligencia.

—¿Es el mismo tipo que hizo la evaluación del nuevo Kirov?

—Sí, señor, ahora que recuerdo —dijo Casimir—. Él y Saunders, en Sistemas Navales.

—Ése fue un trabajo muy bueno. Estoy de acuerdo.

—¿Cuándo quiere verlo? —preguntó Greer a Ryan.

—Hoy mismo, si usted no tiene objeción señor. De todos modos tengo que ir a Annapolis para sacar algo de la casa y... bueno, hacer algunas compras de Navidad.

—¿Qué? ¿Algunas muñecas? —preguntó Davenport.

Ryan se volvió para mirar fijamente al almirante.

—Sí, señor, así es en realidad. Mi hija quiere una muñeca Barbie con eskuies y algunos adornos para la muñeca Jordache. ¿Usted nunca hizo de Papá Noel, almirante?

Davenport comprendió que Ryan ya no iba a aceptar más bromas. No era un subordinado que se achicara. Siempre encontraba la forma de evadirse. Intentó un nuevo camino:

—¿Le dijeron allá que el Octubre zarpó el viernes pasado?

—¿Cómo? —No le habían dicho nada. Ryan se encontró fuera de juego—. Creí que la partida estaba prevista para el próximo viernes.

—También nosotros. Su comandante es Marko Ramius. ¿Oyó hablar de él?

—Sólo algunas cosas a través de terceros. Los británicos dicen que es muy bueno.

—Más que eso —afirmó Greer—. Es casi el mejor submarinista que tienen, un verdadero peleador. Cuando yo estaba en la Administración de Inteligencia de Defensa teníamos un legajo considerable sobre él. ¿Quién le está siguiendo los pasos para ti, Charlie?

—Se designó al Bremerton para ese trabajo. Estaba en otra posición cumpliendo una misión de espionaje sobre nuevos dispositivos electrónicos de guerra cuando Ramius zarpó, pero se le dio la orden de dirigirse hacia allí. Su comandante es Bud Wilson. ¿Recuerda a su padre?

Greer lanzó una carcajada.

—¿Red Wilson? ¡Ése sí que era un submarinista fogoso! ¿Su chico sirve para algo?

—Así dicen. Ramius es casi lo mejor que tienen los soviéticos pero Wilson tiene un submarino 688. Hacia el fin de semana estaremos en condiciones de empezar un libro nuevo sobre el Octubre Rojo. —Davenport se puso de pie. Casimir se abalanzó para buscar los abrigos—. ¿Puedo quedarme con estas fotos?

—Supongo que sí, Charlie. Pero no las cuelgue en la pared... ni siquiera para arrojarles dardos. Y creo que usted también querrá irse, Jack, ¿no?

—Sí, señor.

—Nancy —llamó Greer por el teléfono—, el doctor Ryan necesitará un automóvil y un conductor dentro de quince minutos. Bien. —Colgó el auricular y esperó que Davenport saliera—. No tiene sentido que se mate fuera, en la nieve. Además, después de un año en Inglaterra es muy probable que conduzca conservando la izquierda. ¿Una Barbie con esquís, Jack?

—Usted sólo tuvo varones, ¿no, señor? Las chicas son diferentes. —Ryan sonrió—. Usted todavía no conoce a mi pequeña Sally.

—¿Es la mimada de papá?

—Así es. Y que Dios ayude al ser que se case con ella. ¿Puedo dejar a Tyler estas fotografías?

—Espero que esté en lo cierto acerca de él, hijo. Sí que él las tenga... pero sólo si dispone de un lugar seguro para guardarlas.

—Comprendido, señor.

—Cuando usted vuelva... será probablemente tarde, por el estado en que se hallan los caminos. ¿Va a alojarse en el Marriott?

—Sí, señor.

Greer pensó un momento.

—Probablemente me quede trabajando hasta tarde. Pase por aquí antes de irse a la cama. Tal vez quiera tratar algunas cosas con usted.

—Lo haré, señor. Gracias por el automóvil. —Ryan se puso de pie.

—Vaya y compre sus muñecas, hijo.

Greer lo observó mientras se iba. Le gustaba Ryan. El muchacho no tenía miedo de decir lo que pensaba. Eso se debía en parte a que tenía dinero y estaba casado con más dinero. Era una especie de independencia que tenía ventajas. A Ryan no se le podía comprar ni sobornar ni intimidarlo. Podía siempre volver a escribir libros de historia con plena dedicación. Ryan había hecho su propia fortuna en cuatro años como agente de Bolsa, arriesgando su dinero personal en inversiones de alto riesgo. Obtuvo grandes ganancias y luego abandonó todo porque, decía, no había querido presionar su suerte. Greer no lo creía, pensaba que Ryan se había aburrido... aburrido de hacer dinero. Sacudió la cabeza. Ese talento que había permitido a Ryan elegir acciones ganadoras era el que ahora dedicaba a la CIA. Estaba convirtiéndose rápidamente en una de las estrellas de los analistas de Greer, y sus conexiones británicas lo hacían doblemente valioso. Ryan tenía habilidad de elegir en un cúmulo de informaciones y extraer los tres o cuatro hechos que significaban algo. Ésa era una condición sumamente rara en la CIA. La agencia todavía gastaba demasiado dinero en conseguir información, pensaba Greer, y demasiado poco en cotejarla. Los analistas carecían por completo del supuesto glamour (una ilusión creada por Hollywood) de un agente secreto en

un país extranjero. Pero Jack sabía muy bien cómo analizar los informes de esos hombres y los datos de fuentes técnicas. Sabía tomar una decisión y no temía decir lo que pensaba, gustara o no a sus superiores. Eso molestaba a veces al viejo almirante, pero, en general, le gustaba tener subordinados a quienes pudiera respetar. La CIA tenía demasiada gente cuya única habilidad consistía en hacer la pelota.

La Academia Naval de Estados Unidos

La pérdida de la pierna izquierda por encima de la rodilla no había privado a Oliver Wendell Tyler de su amor a la vida ni le había quitado su pícaro manera de ser. Su esposa podía dar fe de ello. Después de dejar el servicio activo -hacía ya cuatro años- habían sumado tres hijos a los dos que ya tenían, y estaban trabajando en el sexto. Ryan lo encontró sentado detrás de un escritorio en un aula vacía del Rickover Hall, el edificio de ciencia e ingeniería de la Academia Naval de Estados Unidos. Estaba calificando trabajos.

—¿Cómo estás, Skip? —Ryan se apoyó sobre un costado de la puerta. El conductor de la CIA estaba en el hall.

—¡Hola, Jack! Creí que estabas en Inglaterra. —Tyler saltó sobre su pie (era su propia frase) y cojeó acercándose a Ryan para estrecharle la mano. La prótesis de su pierna terminaba en una forma rectangular forrada de goma, en lugar de un pie postizo. Se apoyaba en la rodilla, aunque no demasiado. Tyler había sido jugador de fútbol en la línea ofensiva del All American hacía dieciséis años, y el resto de su cuerpo era tan duro como el aluminio y la fibra de vidrio de su pierna izquierda. Su apretón de manos podía hacer quejarse a un gorila—. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Tuve que venir en avión para que me hicieran cierto trabajo y para comprar algunas cosas. ¿Cómo están Jean y tus... cinco?

—Cinco y dos tercios.

—¿Otra vez? Jean tendría que hacerte arreglar.

—Eso es lo que dice ella, pero ya me han desconectado suficientes cosas.

—Tyler rió—. Supongo que estoy poniéndome al día por todos aquellos años monásticos de trabajo nuclear. Ven, acércate y toma una silla.

Ryan se sentó sobre el ángulo del escritorio y abrió su portafolio.

Entregó a Tyler una carpeta.

—Tengo algunas fotografías que quiero que veas.

—De acuerdo. —Tyler la abrió—. De quién... ¡un ruso! Y grande, el hijo de puta. Es la configuración básica del Typhoon. Aunque tiene un montón de

modificaciones. Veintiséis misiles en vez de veinte. Parece más largo. El casco un poco más achatado. ¿Tiene mayor manga?

—Unos dos o tres metros más.

—Oí decir que estabas trabajando con la CIA. No puedes hablar de eso, ¿verdad?

—Algo así. Y tú jamás viste estas fotografías, Skip. ¿Comprendido?

—De acuerdo. —Los ojos de Tyler brillaron—. ¿Por qué quieres que no las mire?

Ryan retiró las ampliaciones de la parte posterior de la carpeta.

—Estas puertas, a proa y popa.

—Ahaa... —Tyler las acomodó una al lado de otra—. Bastante grandes. Tienen unos dos metros más o menos, en pares atrás y adelante. Parecen simétricas al eje longitudinal. No son tubos de misiles crucero, ¿no?

—¿En un submarino lanzamisiles? ¿Tú pondrías algo así en un submarino lanzamisiles estratégico?

—Los rusos son tipos raros, Jack, y diseñan las cosas a su manera. Éste es el mismo grupo que construyó la clase Kirov con un reactor nuclear y una planta de vapor accionada a petróleo. Humm... hélices dobles. Las puertas posteriores no pueden ser para un dispositivo de sonar. Chocaría con las hélices.

—¿Y si inmovilizan una de ellas?

—Eso lo hacen con los buques de superficie para ahorrar combustible, y a veces con los submarinos de ataque. Operar un submarino lanzamisiles de doble hélice con una sola debe de ser bastante difícil con este bebé. Todos los de la clase Typhoon parecen tener problemas de gobierno, y los submarinos que son difíciles de gobernar tienen tendencia a ser muy sensibles a las disminuciones de potencia. Terminan oscilando de tal forma que no se puede mantener el rumbo. ¿Notaste cómo convergen las puertas hacia popa?

—No, no lo había notado...

Tyler levantó la mirada.

—¡Maldición! Debí haberme dado cuenta desde el primer momento. Es un sistema de propulsión. No debías haberme sorprendido calificando trabajos, Jack. Te convierte el cerebro en jalea.

—¿Sistema de propulsión?

—Eso lo vimos... bueno, deben de haber pasado unos veinte años... cuando yo asistía a la escuela aquí. Pero no hicimos nada con él, sin embargo. Es muy ineficiente.

—Bueno, háblame del tema.

—Lo llaman impulsión por túnel. ¿Tú sabes que allá en el Oeste tienen una cantidad enorme de plantas de energía hidroeléctrica? La mayoría en pantanos. El agua se vierte sobre ruedas que hacen girar los generadores. Ahora hay algunos pocos, nuevos, que en cierta forma invierten el proceso. Utilizando ríos subterráneos el agua hace girar impulsores, y éstos hacen girar los generadores en vez de ruedas de molino modificadas. Un impulsor es como una hélice, excepto que es el agua la que lo hace mover en vez de ser al revés. Además, hay algunas diferencias técnicas menores, pero no demasiadas. ¿Entendido hasta aquí?

»Con este diseño eso se invierte. Aspiras agua en la proa y tus impulsores la expulsan por la popa, y eso mueve el buque. —Tyler hizo una pausa frunciendo el entrecejo—. Según recuerdo, tienen que tener más de uno por túnel. Observaron esto en los primeros años de la década del sesenta y llegaron hasta la etapa del modelo, pero luego lo abandonaron. Una de las cosas que descubrieron fue que un impulsor no trabaja tan bien como varios. Cierta cuestión de presión posterior. Era un nuevo principio, algo inesperado que apareció de pronto. Terminaron usando cuatro, creo, y se suponía que iba a parecerse a los compresores de un motor a reacción.

—¿Por qué lo abandonamos? —Ryan tomaba rápidas notas.

—En gran parte por la eficacia. Sólo puede meter cierta cantidad de agua por las tuberías por más poderosos que sean tus motores. Y el sistema de impulsión ocupaba mucho espacio. Consiguieron solucionar eso parcialmente con un nuevo tipo de motor de inducción eléctrica, creo, pero aun así, terminas con una cantidad de maquinaria extraña en el interior del casco. En los submarinos no sobra mucho espacio, ni siquiera en este monstruo. La velocidad límite máxima se pensaba que sería de unos diez nudos, y eso no era suficientemente bueno ni siquiera teniendo en cuenta que eliminaba virtualmente los ruidos de cavitación.

—¿Cavitación?

—Cuando haces girar una hélice en el agua a gran velocidad, desarrollas una zona de baja presión detrás del borde de fuga de la pala. Esto puede provocar que el agua se evapore, y eso crea una enfermedad de pequeñas burbujas. Estas burbujas no pueden durar mucho bajo la presión del agua y, cuando se deshacen, el agua se precipita hacia delante y golpea contra las palas de la hélice. Esto produce tres efectos. Primero: hace ruido, y nosotros los submarinistas odiamos el ruido. Segundo: puede causar vibración, otra cosa que no nos gusta. Los antiguos buques de pasajeros oscilaban varias pulgadas en la popa, todo debido a la cavitación y el desplazamiento. Hace falta una fuerza de tremenda magnitud para hacer vibrar un buque de

cincuenta mil toneladas; esa clase de fuerza rompe las cosas. Tercero: destruye las hélices. Las grandes ruedas sólo duraban unos pocos años. Es por eso que, antiguamente, las palas de las hélices se unían con bulones al cubo, en vez de estar fundidas en una sola pieza. La vibración es fundamentalmente un problema de los buques de superficie, y la degradación de las hélices fue superada finalmente gracias a la tecnología metalúrgica mejorada.

»Y bien, este sistema de impulsión por túnel evita el problema de la cavitación. No la elimina totalmente, sino que el ruido que produce se absorbe en su mayor parte en los túneles. Eso tiene sentido. El problema es que resulta imposible generar gran velocidad sin hacer túneles tan amplios que dejan de ser prácticos. Mientras un equipo estaba trabajando en esto, otro se dedicaba a mejorar los diseños de las hélices. La hélice típica del submarino actual es bastante grande, de manera que puede girar más lentamente para una determinada velocidad. Cuanto más lentamente giren las palas menor será la cavitación. El problema también resulta mitigado por la profundidad. La mayor presión del agua unos metros abajo retarda la formación de las burbujas.

—Entonces, ¿por qué los soviéticos no copian los diseños de nuestras hélices?

—Por varias razones, probablemente. Tú diseñas una hélice para una determinada combinación de casco y máquinas; de modo que el hecho de copiar las nuestras no significaría que automáticamente les dieran buenos resultados. Además, mucho de este trabajo es todavía empírico. Hay siempre una suma de pruebas y errores. Es mucho más difícil, digamos, que diseñar un perfil alar porque el corte de la sección de la pala cambia radicalmente de un punto a otro. Supongo que otra de las razones es que la tecnología metalúrgica de los rusos no es tan buena como la nuestra... la misma razón por la cual sus motores cohete y a reacción son menos eficientes. Estos nuevos diseños requieren necesariamente aleaciones de alta resistencia. Es una especialidad muy limitada, y yo sólo conozco generalidades.

—Muy bien, ¿tú dices que éste es un sistema silencioso de propulsión y que tiene un límite de velocidad máxima de diez nudos? —Ryan quería tener esto perfectamente claro.

—Eso es aproximado. Tendría que hacer algunos modelos para computadora si queremos ajustar esas cifras. Es probable que todavía tengamos la información guardada en alguna parte en el Laboratorio Taylor.
—Tyler se refería a las instalaciones para diseño del Comando de Sistemas

Navales, al norte del Río Severn—. Probablemente sea todavía material secreto y tendré que sacarlo con prudencia.

—¿Cómo es eso?

—Todo ese trabajo se hizo hace veinte años. Llegaron solamente hasta los modelos de cuatro metros y medio; bastante pequeños para esta clase de cosas. Recuerdo que ya había tropezado con un nuevo principio, aquello de la presión posterior. Puede que hayan tenido otras cosas allí. Espero que hayan trabajado con algunos modelos de computadora, pero aunque lo hayan hecho, las técnicas de modelos matemáticos en aquella época eran horriblemente simples. Para duplicar hoy todo aquello, tendría que tener la antigua información y los programas de Taylor, controlarlo todo, y luego trazar un nuevo programa avanzado en esta configuración —dio un golpecito a la fotografía—. Una vez hecho eso, necesitaré acceso a una computadora grande para trabajarlo.

—Pero ¿puedes hacerlo?

—Seguramente. Necesitaría las dimensiones exactas de este bebé, pero ya he hecho esto antes para el grupo de Crystal City. Lo más difícil es conseguir el tiempo en la computadora. Voy a necesitar una máquina muy grande.

—Yo podría arreglar probablemente que puedas tener acceso a la nuestra.

Tyler rió.

—No es suficiente, Jack. Éste es material especializado. Estoy hablando de una Cray-2, una de las más grandes. Para hacer esto, tienes que simular matemáticamente el comportamiento de millones de pequeñas partículas de agua, el agua que fluye sobre -y en este caso a través- el casco completo. Algo muy parecido a lo que ha hecho la NASA con el Space Shuttle (Trasbordador Espacial). En realidad, el trabajo en sí es bastante fácil... lo difícil es la escala. Son simples cálculos, pero debes hacer millones de ellos por segundo. Eso significa una Cray grande, y no hay muchas de ellas por aquí. La NASA tiene una en Houston, creo. La Marina tiene algunas en Norfolk para tareas de guerra antisubmarina... de éstas puedes olvidarte. La Fuerza Aérea tiene una en el Pentágono, me parece, y todas las demás están en California.

—Pero ¿tú podrías hacerlo?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Debes ponerte a trabajar en ello, Skip, y yo veré si puedo conseguírte el tiempo de la computadora. ¿Cuánto tiempo necesitarás?

—Depende de cómo esté el trabajo de Taylor. Tal vez una semana. Tal vez menos.

—¿Cuánto quieres por este trabajo?

—Oh. ¡Vamos, Jack! —Tyler hizo un gesto como para apartarlo.

—Skip, hoy es lunes. Si consigues darnos esa información para el viernes, hay veinte mil dólares para ti. Tú los vales, y nosotros queremos esa información. ¿De acuerdo?

—Hecho. —Se estrecharon las manos—. ¿Puedo quedarme con las fotografías?

—Puedo dejártelas si tienes un lugar seguro para guardarlas. Nadie tiene que verlas, Skip. Nadie.

—Hay una buena caja de seguridad en el despacho del superintendente.

—Está bien, pero él no debe verlas. —El superintendente era un antiguo submarinista.

—No le gustará —dijo Tyler—. Pero está bien.

—Si protesta, haz que llame por teléfono al almirante Greer. Éste es el número. —Ryan le entregó una tarjeta—. Tú puedes encontrarme aquí si me necesitas. Si no estoy, pregunta por el almirante.

—¿Es tan importante todo eso?

—Es muy importante. Eres el primer individuo que ha dado una explicación lógica de esas portezuelas. Por eso vine aquí. Si tú puedes obtener un modelo de esto para nosotros, será tremendamente útil. Skip, una vez más: esto es muy, muy delicado. Si permites que alguien las vea, me cuesta la cabeza.

—Comprendido, Jack. Bueno, me has puesto un plazo; será mejor que me ponga a trabajar. Hasta luego. —Después de darse un apretón de manos, Tyler tomó un cuaderno rayado y empezó a escribir las cosas que tenía que hacer. Ryan dejó el edificio con su conductor. Recordó que había una juguetería subiendo por la Ruta 2 desde Annapolis. Quería comprar la muñeca para Sally.

Dirección General de la CIA

Eran aproximadamente las ocho de la noche cuando Ryan volvió a la Agencia Central de Inteligencia. No tardó mucho en pasar los controles de seguridad hasta el despacho de Greer.

—Y bien, ¿consiguió la Barbie que hace surf? —preguntó Greer levantando la mirada.

—La Barbie esquiadora —corrigió Ryan—. Sí, señor. Vamos, no me diga que usted no hizo nunca de Papá Noel...

—Crecieron demasiado rápido, Jack. Hasta mis nietos han pasado ya esa etapa. —Se volvió para servir un poco de café. Ryan se preguntó si dormiría alguna vez—. Tenemos algo más sobre el Octubre Rojo. Parece que los rusos están desarrollando un ejercicio muy importante de guerra antisubmarina en el noroeste del Mar de Barents. Media docena de aviones de búsqueda para guerra antisubmarina, un puñado de fragatas y un submarino de ataque clase Alfa, todos ellos dando vueltas en círculo.

—Probablemente sea un ejercicio de detección. Skip Tyler dice que esas puertas son para un nuevo sistema de propulsión.

—¿De veras? —Greer se apoyó en el respaldo del sillón—. Hábleme del asunto.

Ryan sacó sus notas y resumió sus conocimientos sobre tecnología de submarinos.

—Dice Skip que puede crear en la computadora una simulación de su efectividad — concluyó.

Las cejas de Greer se alzaron.

—¿En cuánto tiempo?

—Tal vez para este fin de semana. Le dije que si lo terminaba para el viernes le pagaríamos. ¿Son razonables veinte mil?

—¿Servirá de algo?

—Si consigue la información de antecedentes que necesita, tendrá que ser de mucha utilidad. Skip es un tipo muy brillante. En el MIT no regalan los doctorados, y él estaba entre los cinco mejores de su promoción en la Academia.

—¿Vale los veinte mil dólares de nuestro dinero? —Greer era famoso por su celo para cuidar el centavo.

Ryan conocía la respuesta adecuada a eso.

—Señor, siuviésemos que seguir en esto los procedimientos normales, contrataríamos alguno de los Bandidos Beltway... —Ryan se refería a las firmas consultoras que se habían establecido en cantidad a lo largo del camino de cintura de Washington, D.C.—. Nos cobrarían cinco o diez veces más, y, con suerte, nos entregarían la información para Pascua. De esta otra forma, podremos llegar a obtenerla mientras el submarino todavía está en el mar. Si el asunto no sale bien, señor, yo me hago responsable de los honorarios. Imaginé que usted querría la información con urgencia, y este tema es justamente de su especialidad.

—Tiene razón. —No era la primera vez que Ryan se apartaba del procedimiento normal. En oportunidades anteriores todo había salido bastante bien. Greer era un hombre a quien le interesaban los resultados. De acuerdo, los soviéticos tienen un submarino lanzamisiles nuevo con un sistema de propulsión silencioso. ¿Qué consecuencias puede tener eso?

—Nada buenas. Dependemos de nuestra capacidad para detectar sus submarinos lanzamisiles con nuestros submarinos de ataque. Diablos, fue por eso que acertaron hace algunos años nuestra propuesta de mantenerlos alejados quinientas millas de las respectivas costas, y es también por eso que mantienen en los puertos la mayor parte del tiempo a submarinos lanzamisiles. Esto puede cambiar un poco las reglas del juego. A propósito del casco del Octubre, no he visto de qué está construido.

—Acero. Es demasiado grande como para tener un casco de titanio, al menos por el costo que significaría. Usted sabe lo que tienen para gastar en sus Alfa.

—Demasiado para lo que han logrado. Gastar dinero en un casco superfuerte y luego ponerle una planta de potencia que mete un ruido tremendo. Es estúpido.

—Puede ser. Sin embargo, a mí no me molestaría tener esa velocidad. De cualquier manera, si ese sistema de propulsión silencioso realmente anda bien, podrían ser capaces de arrastrarse hasta la plataforma continental.

—Disparo de trayectoria deprimida —dijo Ryan. Era uno de los peores teatros de la guerra nuclear, en el cual, un misil basado en él podía ser disparado a pocos cientos de millas de su objetivo. Washington se encuentra apenas a unas cien millas aéreas del Océano Atlántico. Aunque un misil pierde mucha precisión en una trayectoria baja, podían lanzarse varios para que explotaran en Washington en rápida sucesión (menos de cinco minutos), muy poco tiempo como para que un presidente pudiera reaccionar. Si los soviéticos podían matar al presidente con tanta rapidez, la desintegración resultante de la cadena de mando les daría tiempo de sobra para sacar los misiles basados en tierra... no habría nadie con autoridad para disparar. Ese escenario sería una gigantesca versión estratégica de un simple asalto, pensó Ryan. Un asaltante no ataca los brazos de su víctima... va en busca de la cabeza—. ¿Usted cree que construyeron el Octubre con esa idea?

—Estoy seguro de que se les ocurrió —observó Greer— Se nos habría ocurrido a nosotros. Bueno, tenemos allí el Bremerton para vigilarlo, y si esta información resulta ser de utilidad veremos si podemos hallar una respuesta. ¿Cómo se siente, Jack?

—Estoy en movimiento desde las cinco y media, hora de Londres. Un largo día, señor.

—Me lo imaginaba. Muy bien, trataremos el tema de Afganistán mañana por la mañana. Vaya a dormir un poco, hijo.

El viaje en automóvil hasta el Marriott no duraba más de quince minutos. Ryan cometió el error de encender el televisor para ver el comienzo del partido de fútbol de los lunes. Cincinnati jugaba con San Francisco, los dos mejores quarterbacks de la liga enfrentados. El fútbol era algo que echaba de menos viviendo en Inglaterra, y se las arregló para mantenerse despierto casi tres horas, antes de que el sueño lo venciera con el televisor todavía encendido.

Control del SOSUS (Sistema de Vigilancia de Sonar)

De no ser por el hecho de que todos estaban de uniforme, cualquier visitante podría haber confundido fácilmente el salón con un centro de control de la NASA. Había seis anchas filas de consolas, cada una de ellas con su propia pantalla de televisión y teclado de máquina de escribir, complementado con botones plásticos iluminados, diales, enchufes para auriculares y controles digitales y analógicos. El técnico oceanográfico jefe Deke Franklin estaba sentado frente a la consola número quince.

El salón era el Control del Atlántico del SOSUS. Se encontraba en un edificio bastante indeterminado, producto de la falta de inspiración gubernamental, que parecía una tarta de varios pisos, con paredes de cemento sin ventanas, un enorme equipo de aire acondicionado sobre el techo plano, y un cartel azul con una sigla, en medio de un parque bien cuidado aunque empezaba a ponerse amarillento. Había unos infantes de marina discretamente situados que hacían guardia en el interior de las tres entradas. En el subsuelo había un par de supercomputadoras Cray-2, atendidas por veinte acólitos, y detrás del edificio se veía un trío de estaciones terrestres para satélites. Los hombres de las consolas y las computadoras estaban enlazados electrónicamente por satélite y líneas terrestres al sistema SOSUS.

En todos los océanos del mundo, y especialmente a caballo de los pasajes que tenían que cruzar los submarinos soviéticos para salir a mar abierto, Estados Unidos y otras naciones de la OTAN habían desplegado grupos de receptores de sonar de muy alta sensibilidad. Los centenares de sensores del SOSUS recibían y transmitían una cantidad de información de magnitud inimaginable, y para permitir que los operadores del sistema

podieran analizarla y clasificarla fue necesario diseñar toda una nueva familia de computadoras, las supercomputadoras.

El SOSUS cumplía su misión admirablemente bien. Era muy poco lo que podía cruzar una barrera sin ser detectado. Hasta los ultra-silenciosos submarinos de ataque norteamericanos y británicos eran por lo general descubiertos. Los sensores estaban colocados en el fondo del mar y periódicamente eran actualizados; en ese momento había ya muchos que contaban con un procesador de señales propio, que preclasificaba la información a transmitir, con lo que aliviaban la carga de las computadoras centrales y permitía una clasificación de objetivos más rápida y precisa.

La consola de Franklin, el técnico jefe, recibía informaciones de una cadena de sensores instalados frente a la costa de Islandia. Era responsable de una superficie de cuarenta millas náuticas de ancho y su sector se sobreponía con los del este y del oeste de manera que, teóricamente, había tres operadores que controlaban constantemente cualquier segmento de la barrera. Si alguno de ellos obtenía un contacto, lo comunicaba ante todo a sus operadores vecinos, luego escribía el informe de contacto en la terminal de su computadora, y éste aparecía en el tablero maestro de control en la sala de control de la parte posterior del piso. El oficial de servicio tenía suficiente experiencia en el ejercicio de su autoridad como para continuar un contacto con una amplia gama de recursos, desde buques de superficie hasta aviones antisubmarinos. Dos guerras mundiales habían enseñado a los oficiales norteamericanos y británicos la necesidad de mantener abiertas sus líneas de comunicaciones marítimas.

Aunque ese edificio y sus instalaciones -que parecían una tumba- nunca habían sido mostrados al público, y aunque nada había en ellos de lo espectacular que caracteriza a veces la vida militar, los hombres que estaban prestando servicios allí podían considerarse entre los más importantes para la defensa de su país. En una guerra, sin ellos, naciones enteras podrían perecer.

Franklin estaba echado hacia atrás en su sillón giratorio, fumando contemplativo una vieja pipa. A su alrededor el salón estaba en un silencio absoluto. Pero aunque no hubiera sido así, los auriculares de quinientos dólares que tenía colocados lo habrían aislado por completo del resto del mundo. Franklin era un técnico que había pasado los veintiséis años de su carrera en destructores y fragatas. Para él, los submarinos y los submarinistas eran el enemigo, cualquiera que fuese la bandera que enarbolaban o el uniforme que pudieran lucir.

Levantó una ceja, y su cabeza casi calva se inclinó hacia un lado. Las chupadas en la pipa se hicieron irregulares. Adelantó la mano derecha hacia el tablero de control y desconectó los procesadores de señales, de manera que pudiese oír el sonido sin interferencias de computación. Pero no resultó. Había demasiado ruido de fondo. Conectó los filtros. Después intentó algunos cambios en los controles de azimut. Los sensores del SOSUS estaban diseñados de manera que proporcionaran controles de dirección a través del uso selectivo de receptores individuales, que él podía manipular electrónicamente; pero obteniendo una indicación de dirección y luego usando un receptor vecino del grupo para triangular logrando la indicación definitiva. El contacto era muy débil, pero, juzgó, no estaba demasiado lejos de la línea. Franklin interrogó a su terminal de computadora. El USS Dallas estaba allá arriba. ¡Te tengo!, se dijo con una ligera sonrisa. Otro ruido llegó a sus oídos, un rumor sordo, de baja frecuencia, que sólo duró pocos segundos y luego se desvaneció totalmente. No tan silencioso, sin embargo. ¿Por qué no lo había oído antes de conectar la recepción de azimut? Dejó a un lado la pipa y empezó a hacer ajustes en su tablero de control.

—¿Franklin? —Llegó una voz por sus auriculares. Era el oficial de servicio.

—¿Sí, comandante?

—¿Puede venir a control? Quiero que escuche algo que tengo.

—Voy para allá, señor. —Franklin se levantó silenciosamente. El comandante Quentin era un ex comandante de destructores, que se encontraba en ese momento en situación de servicio limitado después de haber ganado una batalla contra el cáncer. Casi ganado, se corrigió Franklin. La quimioterapia había destruido el cáncer... con el costo de casi todo su pelo y convirtiendo su piel en una especie de pergamino transparente. Qué pena, pensó, Quentin era realmente un buen hombre.

La sala de control estaba levantada unos cuantos centímetros con respecto al nivel del suelo, de modo que sus ocupantes pudieran ver por encima del grupo de operadores de turno el tablero táctico principal desplegado en la pared opuesta al salón. La sala estaba aislada del resto por un tabique de cristal, lo que permitía a sus ocupantes hablar sin molestar a los operadores. Franklin encontró a Quentin en su puesto de mando, desde donde podía intervenir en el manejo o lectura de cualquiera de las consolas del salón.

—Hola, comandante —Franklin notó que el oficial estaba recuperando cierto peso. Ya era hora. —¿Qué tiene para mí, señor?

—En la red del Mar de Barents. —Quentin le entregó un par de auriculares. Franklin escuchó durante varios minutos, pero no se sentó. Como

mucha otra gente, tenía en su recóndito interior la sospecha que el cáncer era contagioso.

—¡Diablos! ¡Parece que están muy ocupados allá arriba! Reconozco un par de Alfas, un Charlie, un Tango, y algunos buques de superficie. ¿Qué pasa, señor?

—También hay un Delta allí, pero acaba de emerger y detuvo sus máquinas.

—¿Emergió, jefe?

—Sí. Lo estuvieron castigando mucho con sonar activo, luego una fragata lo interrogó con un teléfono subacuático.

—Ah. El juego de adquisición, y el submarino perdió.

—Puede ser. —Quentin se restregó los ojos. El hombre parecía cansado. Estaba exigiéndose a sí mismo demasiado, y su resistencia no alcanzaba ni a la mitad de lo que debía haber sido—. Pero los Alfa todavía están haciendo ruidos, y ahora se dirigen hacia el oeste, como usted oyó.

—¡Oh! —Franklin calculó un instante—. Entonces están buscando otro submarino. El Typhoon que suponíamos iba a zarpar hace unos días, ¿puede ser?

—Eso es lo que pensé... pero tomó rumbo oeste, y la zona del ejercicio es al noroeste del fiordo. Los otros días lo perdimos en el SOSUS. Ahora el Bremerton anda husmeando por allí para ver si lo encuentra.

—Un comandante cuidadoso —decidió Franklin—. Cortó por completo su planta propulsora y derivó.

—Sí —coincidió Quentin—. Quiero que vaya al tablero supervisor de la barrera del Cabo Norte y vea si puede encontrarlo, Franklin. Todavía debe tener en funcionamiento su reactor y debe de estar haciendo algo de ruido. Los operadores que tenemos en ese sector son algo jóvenes. Llamaré uno de ellos y lo mandaré a su sector durante un rato.

—Está bien, jefe —asintió Franklin. Esa parte del equipo estaba todavía algo verde, acostumbrada a trabajar a bordo de buques. El SOSUS requería una mayor fineza. Quentin no necesitaba decirlo: él esperaba que Franklin controlara todos los tableros del equipo del Cabo Norte y que tal vez les diera de paso unas pocas lecciones mientras escuchaba en sus canales.

—¿Detectó al Dallas?

—Sí, señor. Realmente muy débil, pero creo que lo tengo cruzando mi sector, con rumbo noroeste, hacia Toll Booth. Si conseguimos que vaya allí un Orion podríamos encerrarlo. ¿Podemos moverlo un poco?

Quentin lanzó una risita. Tampoco a él le importaban mucho los submarinos.

—No, el NIFTY DOLPHIN ya terminó, Franklin. Solamente vamos a registrarlo y se lo haremos saber al comandante cuando vuelva a casa. Pero, un buen trabajo. Usted conoce la reputación que tiene ese submarino. Se suponía que no lo podríamos oír.

—¡Eso se lo cree usted! —dijo Franklin con desdén.

—Infórmeme de lo que encuentre, Deke.

—Comprendido, jefe. Y usted cuídese, ¿eh?

EL QUINTO DÍA

Martes, 7 de diciembre

Moscú

No era la oficina más grandiosa del Kremlin, pero llenaba sus necesidades. El almirante Yuri Ilych Padorin llegó a su trabajo, como de costumbre, a las siete de la mañana, después del viaje desde su apartamento de seis habitaciones en Kutuzovskiy Prospekt. Las amplias ventanas del despacho miraban hacia los muros del Kremlin; de no haber sido por ellos podría haber tenido una vista del río Moscova en ese momento totalmente congelado. Padorin no echaba de menos la vista, aunque había conquistado su elevada posición mandando cañoneras fluviales cuarenta años atrás, llevando abastecimientos por el Volga hasta Stalingrado. Padorin era en ese momento el oficial político jefe de la Marina soviética. Su trabajo tenía que ver con hombres, no con naves.

Al entrar saludó secamente con un movimiento de cabeza a su secretario, un hombre de cuarenta años. El suboficial se puso de pie de un salto y siguió a su almirante hasta el acceso al despacho para ayudarlo a quitarse el abrigo. La chaqueta azul naval de Padorin estaba cubierta de brillantes cintas y la medalla de la estrella dorada, la condecoración más codiciada en la carrera militar soviética: Héroe de la Unión Soviética. La había ganado en combate cuando era un pecoso muchacho de veinte años que iba y venía por el Volga. Aquellos días sí que eran buenos, se decía a sí mismo, esquivando bombas de los Stuka alemanes y el fuego disperso de la artillería con que los fascistas habían tratado de interceptar a su escuadrón... Como la mayoría de los hombres, era incapaz de recordar el espantoso terror del combate.

Era un martes por la mañana y Padorin tenía sobre su escritorio una pila de correspondencia que le aguardaba. Su asistente le llevó una tetera y una taza, la acostumbrada taza rusa: de vidrio y calzada en un soporte de metal, en ese caso de plata. Padorin había trabajado mucho y durante largo tiempo para tener esos pequeños privilegios que correspondían a su despacho. Se acomodó en el sillón y comenzó a leer; primero los informes de inteligencia, copias de documentos enviados todas las mañanas y tardes a los comandos operacionales de la Armada Soviética. Un oficial político debía mantenerse al

día, saber qué tramaban los imperialistas para poder ilustrar a sus hombres sobre amenazas.

Luego venía la correspondencia oficial del Comisariato del Pueblo de la Marina y del Ministerio de Defensa. Tenía acceso a toda la originada en el primero, mientras que la procedente del último había sido cuidadosamente censurada, ya que las armadas soviéticas compartían la menor cantidad de información posible. Ese día no había demasiada correspondencia de ninguno de esos lugares. La acostumbrada reunión de los lunes por la tarde había cubierto la mayor parte de lo que debía hacerse esa semana, y casi todo lo que correspondía a Padorin estaba ya en manos de su plana mayor para su trámite. Se sirvió una segunda taza de té y abrió un nuevo paquete de cigarrillos sin filtro, hábito que había sido incapaz de dominar a pesar de un leve ataque al corazón que sufrió un año atrás. Consultó el calendario de su escritorio... qué bueno, ninguna entrevista hasta las diez.

Cerca del fondo de la pila había un sobre de aspecto oficial, de la Flota del Norte. El número de código impreso en el ángulo superior izquierdo determinaba que procedía del Octubre Rojo. ¿No terminaba de leer algo sobre eso?

Padorin volvió a revisar sus despachos de operaciones. ¿Así que Ramius no se había presentado en su zona de ejercicios? Se encogió de hombros. Se suponía que los submarinos misilísticos debían ser elusivos, y el viejo almirante no se habría sorprendido de ninguna manera de que Ramius estuviera enloqueciendo a unos cuantos. El hijo de Aleksandr Ramius era prima donna, con el molesto hábito de parecer siempre estar creando el culto de su propia personalidad: conservaba algunos de los hombres que él había entrenado y descartaba a los otros. Padorin reflexionaba que los rechazados por el servicio del cuerpo de comando se habían convertido en excelentes zampoliti, y parecían tener mayores conocimientos sobre temas de comando de lo que era normal. Aun así, Ramius era un comandante que necesitaba ser vigilado. Padorin sospechaba a veces que era demasiado marino y no suficientemente comunista. Por otra parte, su padre había sido un miembro modelo del partido y héroe de la Gran Guerra Patriótica. Por cierto, había sido formado, lituano o no. ¿Y el hijo? Años de desempeño perfecto y muchos años de adhesión incondicional al partido. Era famoso por sus encendidas participaciones en las reuniones y sus ensayos ocasionalmente brillantes. La gente de la rama naval de la GRU, la agencia militar de inteligencia soviética, informaba que los imperialistas lo consideraban un hábil y peligroso enemigo. Muy bien, pensaba Padorin, esos hijos de puta tienen que tener miedo de nuestros hombres. Volvió su atención al sobre.

El Octubre Rojo... ¡ése sí que era un nombre adecuado para un buque de guerra soviético! Lo habían llamado así no sólo por la revolución que había cambiado para siempre la historia del mundo, sino también por la Planta de Tractores Octubre Rojo. Durante muchas alboradas Padorin había mirado hacia el oeste, en dirección a Stalingrado, para ver si la fábrica estaba todavía allí, como símbolo de los combatientes soviéticos que luchaban contra los bandidos hitlerianos. El sobre tenía un sello que decía Confidencial, y su asistente no lo había abierto como hacía con la correspondencia de rutina. El almirante tomó del cajón del escritorio su abridor de cartas. Era un objeto por el cual sentía cariño: había sido un cuchillo de servicio hacía muchos años. Cuando su primera cañonera se hundió bajo sus pies, en una calurosa noche de agosto de 1942, nadó hasta la costa y allí fue atacado por un soldado alemán de infantería que no esperaba resistencia de un marinero medio ahogado. Padorin lo sorprendió, y le hundió el cuchillo en el pecho rompiendo la hoja por la mitad mientras arrebatava la vida a su enemigo. Más tarde, un mecánico había vuelto a tornear la hoja. No era un cuchillo apropiado, pero Padorin no estaba dispuesto a desprenderse de un recuerdo semejante.

Comandante almirante, comenzaba la carta; pero las palabras escritas a máquina estaban tachadas y reemplazadas por otras escritas a mano: Tío Yuri. Ramius lo llamaba así bromeando, años atrás, cuando Padorin era oficial político jefe en la Flota del Norte. ¡Gracias por su confianza y por la oportunidad que me han dado de comandar este magnífico buque!, Ramius debía estar agradecido, pensó Padorin. Por óptimo que fuera su desempeño, nadie otorga esa clase de comando a...

¿Qué? Padorin dejó de leer y comenzó de nuevo. Olvidó el cigarrillo que ardía en el cenicero y así llegó al final de la primera página. Una broma. Ramius era famoso por sus bromas... pero iba a pagar por ésta ¡Maldito sea! ¡Eso era ya ir demasiado lejos! Dio vuelta a la página.

Esto no es ninguna broma, tío Yuri. Marko.

Padorin se detuvo y miró hacia afuera por la ventana. El muro del Kremlin en aquel lugar era una colmena de nichos que contenían las cenizas de los fieles del partido. No era posible que hubiera leído la carta correctamente. Empezó a leerla de nuevo. En ese momento las manos le temblaban.

Tenía una línea directa para hablar con el almirante Gorshkov, sin asistentes ni secretarios que se interpusieran.

—Camarada almirante, habla Padorin.

—Buenos días, Yuri —dijo Gorshkov amablemente.

—Debo verlo de inmediato. Tengo aquí un problema.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Gorshkov con cautela.

—Debemos tratarlo personalmente. Voy ahora para allá. —No había forma de que pudiera hablar del asunto por teléfono: él sabía que estaba intervenido.

El USS Dallas

El operador de sonar de segunda clase Ronald Jones estaba en su trance habitual, según pudo notarlo su oficial de división. El joven -que había abandonado la universidad en sus primeros años- se hallaba encorvado sobre su mesa de instrumentos, con el cuerpo flácido, los ojos cerrados y el rostro sumido en la misma expresión neutra que tenía cuando escuchaba alguna de sus muchas cintas grabadas de Bach en su costoso casete personal. Jones pertenecía a esa clase de personas que clasifican sus grabaciones según sus defectos, un tempo de piano poco suave, un solo de flauta desafinado, un corno vacilante.

Escuchaba los sonidos del mar con la misma intensidad y capacidad discriminatoria. En todas las marinas del mundo se mira a los submarinistas como una raza curiosa, y los propios submarinistas consideran a los operadores de sonar como seres extraños. Sin embargo, sus excentricidades estaban entre las que mejor se toleraban en el servicio militar. Al segundo comandante le gustaba relatar una historia sobre un sonarista jefe que había prestado servicios con él durante dos años; un hombre que había patrullado las mismas zonas en submarinos lanzamisiles a lo largo de toda su carrera. Llegó a familiarizarse tanto con las ballenas de joroba que pasaban el verano en la zona, que se acostumbró a llamarlas con distintos nombres. Cuando se retiró fue a trabajar al Instituto Oceanográfico Woods Hole, donde su talento provocaba entretenimiento, pero también respeto.

Tres años antes, mientras estaba en la mitad de su primer año en el Instituto de Tecnología de California, habían obligado a Jones a abandonar sus estudios. Todo se debió a una broma estudiantil de aquellas que habían hecho famosos a los estudiantes del Tecnológico de California, pero que esa vez no resultó feliz. En ese momento estaba en la Marina por un tiempo, para financiar el regreso a los estudios. Su anunciado objetivo era obtener un doctorado en cibernética y procesamiento de señales. En compensación por un licenciamiento prematuro, después de recibir su título iría a trabajar al Laboratorio de Investigaciones Navales. El teniente Thompson confiaba en ello. Con ocasión de su llegada al Dallas hacía seis meses, había leído los legajos de todos sus hombres. Jones tenía un cociente intelectual de ciento

cincuenta y ocho, el más alto en todo el submarino, y por amplio margen. Su cara era apacible y sus ojos marrones y tristes, irresistibles para las mujeres. En la playa, Jones mostraba tanta energía como para agotar a un grupo entero de infantes de marina. El teniente no podía comprenderlo; Jones era un chico flacucho que escuchaba a Bach. Y había sido un héroe del fútbol de Annapolis. No tenía sentido.

El USS Dallas, un submarino de ataque, de la clase 688, estaba a cuarenta millas de la costa de Islandia, acercándose a su posición de patrullaje, cuyo nombre en código era Toll Booth. Estaba llegando con dos días de retraso. Una semana antes, había participado en el juego de guerra de la OTAN denominado NIFTY y DOLPHIN, pospuesto en varias oportunidades a causa de que el peor tiempo sufrido en el Atlántico Norte en los últimos veinte años había demorado a otros buques que debían participar. En ese ejercicio, el Dallas, en equipo con el HMS Swiftsure, había aprovechado el mal tiempo para penetrar y destruir la formación enemiga simulada. Fue una nueva operación perfecta para el Dallas y su comandante, el capitán de fragata Bart Mancuso, uno de los comandantes de submarinos más jóvenes de la Marina de Estados Unidos. Después de la misión hubo una visita de cortesía a la base del Swiftsure, una base de la Marina Real, en Escocia, y los marinos norteamericanos aún estaban tratando de superar los efectos de la celebración... En ese momento tenían una misión diferente, un nuevo desarrollo en el juego submarino del Atlántico. Durante tres semanas el Dallas debería informar sobre el tráfico entrante y saliente de la Ruta Roja Uno.

A lo largo de los catorce últimos meses, los submarinos soviéticos más nuevos habían estado usando cierta táctica, extraña pero efectiva, para quitarse de encima a sus seguidores norteamericanos y británicos y desprenderse de ellos. En el sudoeste de Islandia los submarinos rusos descendían velozmente a lo largo de la cordillera de Reykjanes, una especie de dedo de tierras submarinas altas que apuntaba hacia la profunda cuenca atlántica. Esas montañas, de bordes afilados como cuchillos, estaban separadas entre sí por distancias que variaban entre ocho mil y ochocientos metros, y rivalizaban en tamaño con los Alpes. Los picos se encontraban a unos trescientos metros debajo de la tormentosa superficie del Atlántico Norte. Hasta la primera mitad de la década del sesenta, los submarinos difícilmente podían acercarse a los picos, y mucho menos explorar sus miles de valles. Durante los años setenta, se habían observado buques soviéticos de investigación naval que patrullaban la cordillera en todas las estaciones, con toda clase de tiempo, cuarteando y volviendo a cuartear la zona en miles

de recorridos. Luego, catorce meses antes del patrullaje que cumplía en ese momento el Dallas, el USS Los Angeles se hallaba en cierta ocasión rastreando un submarino soviético de ataque, clase Victor II. El Victor había bordeado la costa de Islandia y aumentado su profundidad a medida que se aproximaba a la cordillera. El Los Angeles lo había seguido. El Victor avanzaba a ocho nudos hasta que pasó en medio de los dos primeros picos submarinos, informalmente llamados los Mellizos de Thor. Casi simultáneamente adoptó su máxima velocidad y viró hacia el sudoeste. El comandante del Los Angeles efectuó un extraordinario esfuerzo para seguir al Victor pero finalmente debió desprenderse y terminó profundamente sacudido. Aunque los submarinos clase 688 eran más rápidos que los Victor -a su vez más antiguos-, el submarino ruso se había limitado sencillamente a no reducir la velocidad... durante quince horas, como pudo saberse luego.

Al principio no había sido tan peligroso. Los submarinos contaban con sistemas de navegación inercial de gran exactitud, capaces de establecer la posición de un segundo a otro en unos pocos cientos de metros. Pero el Victor estaba bordeando cerros como si su comandante hubiese podido verlos, como un avión de combate que vuela ocultándose dentro de una cañada para evitar los misiles superficie-aire. El Los Angeles no pudo mantener la detección de los cerros. A cualquier velocidad por encima de los veinte nudos tanto el sonar pasivo como el activo, incluyendo la ecosonda, se tornaban prácticamente inútiles. El Los Angeles se encontró entonces navegando completamente a ciegas. El comandante informó después: era como guiar un automóvil con todos los cristales pintados, dirigiéndolo con un mapa y un cronómetro. Eso era teóricamente posible, pero el comandante pronto comprendió que el sistema de navegación inercial tenía un factor propio de error de varios cientos de metros; eso agravado por perturbaciones gravitacionales que afectaban la "vertical local", lo que, a su vez, afectaba la marcación inercial. Y lo peor todavía, sus cartas habían sido confeccionadas para buques de superficie. Se sabía que algunos objetos situados debajo de unas pocas decenas de metros estaban señalados en las cartas con errores de miles de metros; algo que a nadie importaba hasta hacía muy poco tiempo. Las separaciones entre las puntas de los cerros habían sido cada vez menores entre sí y menores que los errores acumulados de navegación... Tarde o temprano su submarino iba a estrellarse contra la ladera de alguna montaña a más de treinta nudos. El comandante se volvió. El Victor pudo escapar.

Inicialmente se especulaba con que los soviéticos, de alguna manera, habían señalado una ruta especial que sus submarinos podían seguir a alta velocidad. Se sabía que los comandantes rusos eran capaces de efectuar

verdaderas acrobacias de locos y quizás estaban en ese momento confiando en una combinación de sistema inercial y compases giroscópicos y magnéticos ajustados a una determinada ruta. Esa teoría no había progresado mayormente y en pocas semanas pudo saberse con seguridad que los submarinos soviéticos que navegaban velozmente entre las montañas seguían una multiplicidad de rutas. Lo único que podían hacer los submarinos norteamericanos y británicos era detenerse periódicamente para tomar una marcación de sonar sobre las posiciones y luego acelerar velozmente para alcanzarlos. Pero los submarinos soviéticos nunca disminuían su velocidad, y los 688 y los Trafalgar siempre se quedaban atrás.

El Dallas estaba ya en la posición Toll Booth para detectar a los submarinos soviéticos que pasaran; para vigilar la entrada del pasaje que la Marina de Estados Unidos llamaba en ese momento Ruta Roja Uno; y para escuchar cualquier evidencia externa de algún nuevo equipo que permitía a los soviéticos correr entre los picos de la cordillera con tanta audacia. Hasta que los norteamericanos pudieron copiarlo solo quedaban tres desagradables alternativas: podían seguir perdiendo contacto con los rusos; podían estacionar valiosos submarinos de ataque en las salidas conocidas de las rutas, o podían instalar una línea completamente nueva del SOSUS.

El trance de Jones duró diez minutos... más que de costumbre. Generalmente era capaz de resolver un contacto en mucho menos tiempo. El marino se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo.

—Tengo algo, señor Thompson.

—¿Qué es? —Thompson se inclinó contra el mamparo.

—No lo sé. —Jones tomó unos auriculares de repuesto los entregó a su superior—. Escuche, señor.

Thompson era a su vez candidato a lograr una licenciatura en ingeniería eléctrica y experto en diseño de sistemas de sonar. Entrecerró los párpados mientras se concentraba en el sonido. Era un ruido sordo, muy débil y de baja frecuencia: una especie de rumor... ¿o de silbido? No podía decidirlo. Escuchó durante varios minutos y luego se quitó los auriculares y sacudió la cabeza.

—Lo capté hace media hora en el equipo lateral —dijo Jones. Se refería a un subsistema del sonar submarino multi-funcional BQQ-5. Su componente principal era un domo de más de cinco metros de diámetro situado en la proa. El domo se usaba tanto para operaciones activas como pasivas. Una parte nueva del sistema era un grupo de sensores pasivos que se extendía hasta sesenta metros hacia abajo, cayendo desde ambos costados del casco. Era una analogía mecánica de los órganos sensoriales del cuerpo de un tiburón.

—Lo perdí, lo capté de nuevo lo perdí, volví a captarlo —siguió diciendo Jones—. No es ruido de hélices, ni ballenas, ni peces. Parece más bien agua que corre por un tubo, excepto ese raro rumor que va y viene. De cualquier manera, la marcación es aproximadamente dos-cinco-cero. Eso lo sitúa entre nosotros e Islandia, de modo que no puede estar demasiado lejos.

—Vamos a ver cómo es. Tal vez eso nos diga algo.

Jones tomó de un gancho un cable con dos clavijas. Metió una de las clavijas en un enchufe en el tablero del sonar; la otra, en el enchufe de un osciloscopio cercano. Los dos hombres pasaron varios minutos trabajando con los controles del sonar para aislar la señal. Terminaron con una sonda sinusoide irregular que sólo podían mantener unos pocos segundos cada vez.

—Irregular —dijo Thompson.

—Sí, es extraño. Suena regular, pero no se lo ve regular. ¿Me comprende, señor Thompson?

—No, tú tienes mejores oídos.

—Eso es porque escucho mejor música, señor. Esas cosas de rock le van a destrozarse los oídos.

Thompson sabía que el muchacho tenía razón, pero un graduado de Annapolis necesita oír eso de un recluta. Sus excelentes cintas grabadas de Janis Joplin sólo le importaban a él.

—Próximo paso.

—Sí, señor. —Jones sacó la clavija del osciloscopio y la introdujo en un tablero situado a la izquierda del sonar, junto a la terminal de una computadora.

Durante su última inspección mayor de mantenimiento, el Dallas había recibido un juguete muy especial para acompañar su sistema BQQ-5 de sonar. Llamada la BC-10, era la computadora más poderosa instalada hasta ese momento en un submarino. Aunque sólo tenía el tamaño de un escritorio comercial costaba más de cinco millones de dólares y podía realizar ochenta millones de operaciones por segundo. Utilizaba chips de sesenta y cuatro bits de moderno desarrollo y lo último en arquitectura de procesamiento. Su memoria podía almacenar fácilmente las necesidades de computación de todo un escuadrón de submarinos. En cinco años más, todos los submarinos de ataque de la flota tendrían una igual. Su propósito, muy parecido al del sistema mucho mayor del SOSUS, era procesar y analizar señales de sonar; la BC-10 separaba los ruidos ambientales y otros sonidos naturales producidos en el mar y podía clasificar e identificar el ruido causado por el hombre. Podía identificar las impresiones digitales o vocales de un ser humano.

Tan importante como la computadora era la calidad de su programación disponible. Hacía cuatro años, un candidato al doctorado en geofísica que trabajaba en el laboratorio geofísico del Instituto Tecnológico de California había completado un programa de seiscientos mil pasos destinado a pronosticar terremotos. El problema que enfocaba el programa estaba planteado por señal versus ruido. Y pudo superar la dificultad que tenían los sismólogos para discriminar entre ruidos eventuales -que los sismógrafos registran constantemente- y las señales extraordinarias genuinas que predicen un fenómeno sísmico.

El primer empleo que dio al programa el Departamento de Defensa fue en el Mando de Aplicaciones Técnicas de la Fuerza Aérea, para el que resultó enteramente satisfactorio en el cumplimiento de su misión de registrar actividades nucleares en el mundo de acuerdo con los tratados de control de armamento. El Laboratorio de Ensayos de la Marina también lo adaptó para sus propias necesidades. Aunque adecuado para las predicciones sísmicas, el programa dio muy buenos resultados en el análisis de señales de sonar. La Marina conocía en ese momento el programa con la designación de sistema algorítmico de procesamiento de señales (SAPS).

"ENTRADA SEÑAL SAPS" —escribió Jones en la terminal de la presentación de vídeo.

"LISTOS" —respondió de inmediato la BC-10.

"ADELANTE"

"TRABAJANDO"

Con fantástica velocidad la BC-10 recorrió los seiscientos mil pasos del programa, pasó por numerosos ciclos, eliminó sonidos naturales y se concentró en la señal anómala. Demoró veinte segundos, una eternidad en tiempos de computadoras. La respuesta apareció en la pantalla de vídeo. Jones apretó una tecla para obtener una copia en la impresora situada a un costado.

—Hummm. —Jones arrancó la página—. "SEÑAL ANÓMALA EVALUADA COMO DESPLAZAMIENTO DE MAGMA". Ésa es la forma que tiene el SAPS de decir tómese dos aspirinas y vuelva a llamarme al final de la guardia.

Thompson rió. Teniendo en cuenta todo el revuelo que había acompañado al nuevo sistema, no era en realidad tan popular en la flota.

—¿Recuerdas lo que decían los periódicos cuando estábamos en Inglaterra? Algo sobre actividades sísmicas cerca de Islandia, como cuando hubo allí erupciones en la década del sesenta.

Jones encendió otro cigarrillo. Él conocía al estudiante que había programado originalmente ese aborto que llamaban SAPS. Un problema era

que el programa tenía el horrible hábito de analizar la señal equivocada... y era imposible saberlo a base del resultado. Además, como originalmente había sido diseñado para investigar actividades sísmicas, Jones sospechaba que tenía tendencia a interpretar anomalías como actividades sísmicas. No le gustaba esa propensión que, según su opinión, el laboratorio de ensayos no había eliminado del todo. Una cosa era usar las computadoras como herramientas de trabajo y otra completamente distinta permitirles que pensarán por uno. Por otra parte, estaban siempre descubriendo nuevos ruidos en el mar que nadie había oído jamás, y mucho menos clasificado.

—Señor, la frecuencia está mal, por una cosa... no se acerca a lo suficientemente baja. ¿Qué le parece si intento rastrear la señal con el R-15?
—Jones se refería al dispositivo de sensores pasivos que el Dallas llevaba a remolque a baja velocidad.

En ese preciso instante entró el capitán de fragata Mancuso, con su habitual jarro de café en la mano. Si había algo que asustaba con respecto al comandante, pensó Thompson, era su talento para hacer su aparición cuando estaba ocurriendo algo. ¿Tendría interferido con micrófonos todo el submarino?

—Pasaba por aquí —dijo con naturalidad—. ¿Qué hay de nuevo en este hermoso día? —El comandante se reclinó contra el mamparo. Era un hombre de baja estatura, un metro sesenta y cinco, que durante toda su vida había luchado para mantener su cintura, pero estaba perdiendo la batalla debido a la buena comida y la falta de ejercicio en el submarino. Alrededor de sus ojos oscuros tenía arrugas que se profundizaban siempre que estaba luchando con otro buque.

¿Era de día?, se preguntó Thompson. El ciclo de guardia de horas alternadas y rotativas era un buen recurso para un horario conveniente de trabajo, pero después de unos pocos cambios había que apretar el botón del reloj para saber qué día era; de lo contrario no era posible hacer anotaciones correctas en el libro de navegación.

—Jefe, Jones pescó una señal extraña en el lateral. La computadora dice que es desplazamiento de magma.

—Y Jones no está de acuerdo con eso. —Mancuso no necesitaba preguntarlo.

—No, señor, no lo estoy. No sé qué es, pero con seguridad no es eso.

—¿Otra vez está en contra de la máquina?

—Jefe, el SAPS trabaja bastante bien la mayoría de las veces, pero otras es un desastre. Empezando por la frecuencia, que está equivocada.

—Muy bien, ¿cuál es su opinión?

—No lo sé, comandante. No es ruido de hélices, y tampoco es ningún ruido natural que yo haya oído antes. Además de eso... —Jones se sintió incómodo por la informalidad con la que estaba hablando a su comandante, aun después de haber pasado tres años en submarinos nucleares. La dotación del Dallas era como una gran familia, si bien parecía una de esas antiguas familias de las primitivas fronteras, porque todo el mundo trabajaba terriblemente duro. El comandante era el padre, el segundo comandante - todos estaban dispuestos a aceptarlo- era la madre. Los oficiales eran los muchachos mayores, y el resto de la tripulación, los hijos menores. Lo más importante era que, si alguno tenía algo que decir, el comandante lo escuchaba. Para Jones eso significaba mucho.

Mancuso asintió pensativo, con un movimiento de cabeza.

—Bueno, siga adelante. No tiene sentido malgastar todo este costoso equipo.

Jones sonrió. Una vez había dicho al comandante, con lujo de detalles, cómo podía él convertir todo ese equipo en el mejor aparato estéreo del mundo. Mancuso le había señalado que eso no habría sido ninguna hazaña, ya que el equipo de sonar que había en esa sala únicamente costaba más de veinte millones de dólares.

—¡Cristo! —El técnico auxiliar dio un salto en su sillón—. ¡Alguien acaba de pisar muy fuerte el acelerador!

Jones era el supervisor de sonar de guardia. Los otros dos hombres de guardia notaron la nueva señal, y Jones cambió la conexión de sus auriculares hacia el equipo de remolque, mientras los dos oficiales se apartaban de su camino. Tomó un anotador y escribió la hora antes de empezar a trabajar en sus controles individuales. El BQR-15 era el equipo de sonar de mayor sensibilidad del submarino, pero esa sensibilidad no hacía falta para ese contacto.

—¡Santo Dios! —murmuró en voz baja Jones.

—Charlie —dijo el técnico más joven.

Jones sacudió la cabeza.

—Victor. Clase Victor, con seguridad. Girando a treinta nudos, ruido muy fuerte de cavitación, está haciendo agujeros inmensos en el agua, y no le importa que lo sepan. Rumbo cero-cinco-cero. Jefe, tenemos buen agua alrededor de nosotros, y la señal es muy débil. No está cerca.

Era lo más próximo a una estimación de distancia que Jones podía calcular. No está cerca, significaba cualquier cosa más allá de las diez millas. Volvió a trabajar con sus controles.

—Creo que conocemos a este tipo. Es el que tiene una pala de la hélice doblada; suena como si tuviera una cadena enganchada.

—Póngalo en el altavoz —dijo Mancuso a Thompson. No quería distraer a los operadores. El teniente ya estaba tecleando la señal en la BC-10.

El altavoz montado sobre el mamparo habría tenido un precio de cuatro cifras en dólares en cualquier comercio de audio, por su claridad y perfección dinámica; como todo lo demás en los submarinos clase 688, era lo mejor que podía comprar el dinero. Mientras Jones trabajaba en los controles de sonido oyeron el ruido característico de la cavitación de las hélices, el agudo chirrido producido por la pala de hélice deformada, y el ruido sordo y profundo de la planta del reactor de un Victor, a potencia máxima. El siguiente ruido que oyó Mancuso fue el de una impresora.

—Clase Victor I, número seis —anunció Thompson.

—Correcto —asintió Jones—. Vic-seis, con rumbo cero-cinco-cero todavía. —Enchufó el micrófono a sus auriculares—. Sala de control, sonar, tenemos un contacto. Un clase Victor, con rumbo cero-cinco-cero; velocidad estirada del blanco, treinta nudos.

Mancuso se asomó al pasillo para dirigirse al teniente Pat Mannion, oficial de cubierta.

—Pat, hágase cargo del grupo de control y seguimiento de fuego.

—Comprendido, comandante.

—¡Un momento! —Jones levantó la mano—. ¡Tengo otro! —Hizo girar varias perillas—. Éste es un clase Charlie. Y el maldito va tan rápido como el otro. Más hacia el este, con rumbo cero-siete-tres, girando alrededor de veintiocho nudos. También conocemos a este tipo. Sí, Charlie 11, número once. —Jones se apartó uno de los auriculares de la oreja y miró a Mancuso—. Jefe, ¿los rusos tienen carreras de submarinos hoy?

—No, que yo sepa. Claro que aquí no recibimos la página de los deportes —bromeó Mancuso, balanceando el jarro de café mientras ocultaba sus verdaderos pensamientos. ¿Qué diablos estaba pasando?—. Me parece que voy a ir allá a mirar esto un poco. Buen trabajo, muchachos.

Caminó unos cuantos pasos hacia proa y entró en el centro de ataque. La guardia normal estaba instalada. Mannion se encontraba al cargo, con un joven oficial de cubierta y siete hombres de tripulación. Un controlador de fuego de primera clase introducía en la computadora de control de fuego Mark 117 los datos que le proporcionaba el analizador de movimiento de blanco. Otro oficial estaba tomando el control para hacerse cargo del ejercicio de rastreo. Eso no tenía nada de extraordinario. Toda la guardia estaba alerta en

sus tareas pero con la tranquilidad resultante de años de entrenamiento y experiencia.

Mientras que las otras fuerzas armadas hacían participar por rutina a sus componentes en ejercicios contra aliados o entre ellos mismos simulando las tácticas del Bloque Oriental, la Marina tenía a sus submarinos de ataque practicando sus juegos contra la cosa verdadera... y constantemente. Los submarinistas operaban típicamente en lo que era en realidad pie de guerra.

—De manera que tenemos compañía —observó Mannion.

—No tan cerca —dijo el teniente Charles Goodman—. Estas marcaciones no han cambiado ni un pelo.

—Sala de control, sonar. —Era la voz de Jones. Mancuso respondió.

—Aquí control. ¿Qué pasa, Jones?

—Tenemos otro, señor. Alfa 3, con rumbo cero-cinco-cinco. Corriendo a toda velocidad. Suena como un terremoto, pero débil, señor.

—¿Alfa 3? Nuestro viejo amigo, el Politovskiy. Hacía tiempo que no nos encontrábamos con él. ¿Hay algo más que quiera decirme?

—Un presentimiento, señor. El ruido de éste trepida un poco, después se estabiliza, como si estuviera virando. Creo que está poniendo rumbo hacia aquí... eso no es muy seguro. Y tenemos algún otro ruido hacia el noroeste. Es todo demasiado confuso por ahora como para que tenga algún sentido. Seguimos trabajando en eso.

—De acuerdo; buen trabajo, Jones. Adelante.

—Comprendido, señor.

Mancuso sonrió mientras dejaba el teléfono, y miró a Mannion.

—¿Sabe una cosa, Pat? A veces me pregunto si Jones no tiene algo de brujo.

Mannion observó los trazos que Goodman estaba haciendo según la información de la computadora.

—Es muy bueno. El problema es que él se cree que todos trabajamos para él.

—En este momento, estamos trabajando para él. —Jones era sus ojos y oídos, y Mancuso no se cansaba de agradecer el tenerlo con él.

—¿Chuck? —Mancuso se dirigió al teniente Goodman.

—Los rumbos siguen constantes en los tres contactos, señor. —Lo que significa que probablemente están navegando en dirección al Dallas. —Significaba también que no podían obtener el dato necesario sobre distancia para una solución de control de fuego. No porque nadie estuviera deseando disparar, pero ése era el objeto del ejercicio.

—Pat, tomemos un poco de espacio en el mar. Vamos a movernos unas diez millas hacia el este —ordenó tranquilamente Mancuso. Eso obedecía a dos razones. Primero, establecería una línea de base desde la cual pudieran computar la probable distancia al blanco. Segundo, las aguas más profundas mejorarían las condiciones acústicas, abriendo para ellos las zonas distantes de convergencia de sonar. El comandante estudió la carta mientras su navegador daba las órdenes necesarias, evaluando la situación táctica.

Bartolomeo Mancuso era hijo de un peluquero que cerraba su tienda en Cicero, Illinois, cada otoño para cazar venados en la Península Superior de Michigan. Bart había acompañado a su padre a esas cacerías, mató su primer venado a los doce años y siguió acompañando a su padre todos los años hasta ingresar en la Academia Naval. Después de eso nunca más había vuelto a molestarse. Convertido ya en oficial de submarinos nucleares aprendió un juego mucho más divertido. En ese momento cazaba personas.

Dos horas más tarde sonó una campana de alarma extremadamente baja en la radio de frecuencia, de la sala de comunicaciones del submarino. Como todos los submarinos nucleares, el Dallas llevaba una antena de largo cable para la sintonía de frecuencias extremadamente bajas transmitidas desde Estados Unidos central. El canal tenía un ancho de banda angustiosamente estrecho. A diferencia de un canal de televisión que transmitía miles de impulsos por cuadro, y treinta cuadros por segundo, la radio de frecuencia extremadamente baja transmitía los impulsos muy despacio, aproximadamente una señal cada treinta segundos. El operador de turno esperó con toda paciencia mientras la información se registraba en la cinta. Cuando el mensaje quedó terminado, hizo pasar la cinta a alta velocidad y transcribió el mensaje; luego lo pasó al oficial de comunicaciones que lo estaba esperando con su libro de codificación.

—El mensaje recibido no estaba realmente en clave sino expresado en un cifrado de “una sola vez”. Cada seis meses se publicaba y distribuía a cada submarino nuclear un libro que contenía transposiciones aleatorias para cada letra del mensaje. Cada grupo de tres letras de ese libro correspondía a una palabra o frase preseleccionada en otro libro. Descifrar el mensaje a mano llevó menos de tres minutos, y cuando el trabajo estuvo terminado lo llevaron al comandante, que se encontraba en el centro del ataque.

NHG JPR YTR

DE COMSUBLANT A LANTSUBS EN EL MAR MANTENERSE ATENTOS

OPY TBD QEP GER

POSIBLE IMPORTANTE ORDEN REDESPLIEGUE GRAN ESCALA

MAL ASF NME

INESPERADA OPERACIÓN FLOTA ROJA EN EJECUCIÓN
TYQ ORV
NATURALEZA DESCONOCIDA PRÓXIMO MENSAJE ELF
HWZ
COMUNÍQUESE SATÉLITE

COMSUBLANT (Comandante de la Fuerza de Submarinos en el Atlántico) era el superior de Mancuso, el vicealmirante Vincent Gallery. Era evidente que el viejo estaba contemplando la posibilidad de un cambio de posiciones de toda su fuerza: nada de cosas pequeñas. El próximo mensaje de alerta, AAA - cifrado, naturalmente- los pondría en aviso para tomar una profundidad de antena de periscopio, para recibir información más detallada desde el SSIX, sistema de Intercambio de información satélite submarino, que operaba mediante un satélite geosincrónico de comunicaciones utilizado exclusivamente por submarinos.

La situación táctica se hacía cada vez más clara, aunque sus implicaciones estratégicas estaban todavía más allá de su capacidad de juicio. El desplazamiento de diez millas hacia el este les había dado una adecuada información de distancia con respecto a los tres primeros contactos y a otro Alfa que había aparecido pocos minutos después. El primero de los contactos, el Vic 6, estaba ya dentro del alcance de torpedos. Apuntaron sobre él un Mark 48, y no había forma de que su comandante pudiera saber que el Dallas estaba allí. El Vic 6 era un ciervo en sus aparatos de puntería... pero no era temporada de caza.

Aunque no era mucho más veloz que los Victor y los Charlie, y diez nudos más lento que los Alfa más pequeños, el Dallas y sus gemelos podían moverse casi silenciosamente a unos veinte nudos. Eso era un triunfo de la ingeniería y el diseño, el producto de décadas de trabajo. Pero moverse sin ser detectado sólo era útil si el cazador podía al mismo tiempo detectar su presa. Los equipos de sonar pierden efectividad a medida que las plataformas que los llevan aumentan su velocidad. El BQQ-5 del Dallas retenía el veinte por ciento de efectividad de veinte nudos, lo que no era como para felicitarse. Los submarinos que corrían de un punto a otro a muy alta velocidad lo hacían a ciegas e incapacitados para hacer daño a nadie. Como resultado de eso, la maniobra operativa de un submarino de ataque era muy parecida a la de un soldado de infantería. Con el infante combatiente se llamaba "Salte y cúbrase", con el submarino: "corra y deslice". Después de detectar un blanco, el submarino debía desplazarse velozmente hasta la posición más ventajosa, detenerse para reafirmar el contacto con su presa y finalmente correr otra

vez hasta la mejor posición de fuego. La presa del submarino también estaría moviéndose a su vez, y si el submarino podía ganar una posición frente a aquélla, sólo tendría que permanecer quieto y esperar como una pantera para lanzarse sobre su víctima.

El oficio de submarinista requería más que habilidad. Exigía instinto y el toque de un artista; una confianza de monomaniático y la agresividad de un boxeador profesional. Mancuso tenía todas esas características. Había pasado quince años aprendiendo su profesión, observando desde su posición de joven oficial a toda una generación de comandantes, escuchando cuidadosamente las frecuentes discusiones de mesa redonda que hacían del submarinismo una especialidad muy humana, sus lecciones se transmitían de unos a otros por tradición oral. Había pasado gran parte de su tiempo en tierra entrenándose en una variedad de simuladores computarizados, asistiendo a seminarios, comparando notas e ideas con sus pares. A bordo de buques de superficie y de aviones antisubmarinos aprendió cómo actuaba el "enemigo", -los marinos de superficie en su propio juego de caza.

Los submarinistas tenían un lema muy sencillo: hay dos clases de buques: los submarinos y... los blancos. ¿Qué iría a cazar el Dallas?, se preguntaba Mancuso. ¿Submarinos rusos? Y bien, si así era el juego y los rusos seguían corriendo por allí en esa forma, iba a ser sumamente fácil. Él y el Swiftsure acababan de vencer a un equipo de especialistas en guerra antisubmarina de la OTAN, hombres cuyos países dependían de su capacidad para mantener abiertas las líneas marítimas de comunicaciones. Tanto su buque como su tripulación estaban desempeñándose tan bien como se podía esperar. En Jones tenía uno de los diez mejores operadores de sonar de la flota. Mancuso estaba listo, para cualquier tipo de juego. Al igual que en el día de apertura de la temporada de caza, toda otra consideración iba desapareciendo. Él, en persona, estaba convirtiéndose en un arma.

Dirección General de la CIA

Eran las cinco menos cuarto de la mañana, y Ryan dormitaba en el asiento trasero de un Chevy de la CIA que lo conducía desde el Marriott hasta Langley. Llevaba ya... ¿cuánto?, ¿veinte horas? Más o menos; tiempo suficiente para ver a su jefe, ver a Skip, comprar los regalos para Sally y controlar la casa. La casa parecía estar en buenas condiciones. La había alquilado a un instructor de la Academia Naval. Podía haber obtenido cinco veces esa renta de cualquier otra persona, pero no quería que hubiera ninguna clase de parrandas en su casa.

El oficial era un pseudo-predicador de Kansas, pero constituía un aceptable custodio.

Cinco horas y media de sueño en las pasadas... ¿treinta? Algo así; estaba demasiado cansado para consultar su reloj. No era justo. La falta de sueño mata el buen juicio. Pero no tenía mayor sentido decírselo a sí mismo, y decírselo al almirante lo tenía aún menos.

Cinco minutos después se hallaba en el despacho de Greer.

—Lamento haber tenido que despertarlo, Jack.

—Oh, no es nada, señor. —Ryan devolvió la mentira—. ¿Qué ocurre?

—Acérquese y sírvase un poco de café. Va a ser un día muy largo.

Ryan dejó caer su abrigo en el sofá y caminó unos pasos para llenar un jarro con el brebaje naval. Decidió no agregarle crema ni azúcar. Era mejor aguantarlo puro y recibir toda la fuerza de la cafeína.

—¿Hay por aquí algún lugar donde pueda afeitarme, señor?

—El cuarto de baño está detrás de la puerta, allá en el rincón. —Greer le entregó una hoja amarilla arrancada de una máquina de télex—. Mire esto.

SECRETO MÁXIMO

102200Z 38976

ASN BOLETIN INT

OPS MARINA ROJA

SIGUE MENSAJE

A 0821145Z ESTACIONES MONITOR ASN (Agencia Seguridad Nacional) (TACHADO) (TACHADO) Y (TACHADO) REGISTRARON UNA EMISIÓN ELF DE INSTALACIÓN ELF DE FLOTA ROJA A SEMIPOLIPINSK XX DURACIÓN MENSAJE III MINUTOS XX 6 ELEMENTOS XX MENSAJE ELF EVALUADO COMO EMISIÓN "PREP", PARA SUBMARINOS FLOTA ROJA EN EL MAR XX A 090000Z SE REALIZÓ UNA EMISIÓN PARA "TODOS LOS BUQUES", DESDE JEFATURA FLOTA ROJA MONITOR ESTACIÓN TULA Y SATÉLITE TRES Y CINCO XX BANDAS USADAS: HF VHF UHF XX DURACIÓN MENSAJE 39 SEGUNDOS CON DOS REPETICIONES IDÉNTICO CONTENIDO HECHAS A 09100Z Y 092000Z XX 475 GRUPOS CIFRADOS DE 5 ELEMENTOS XX DISTRIBUIDOR DEL MENSAJE COMO SIGUE: ÁREA FLOTA DEL NORTE ÁREA FLOTA DEL BÁLTICO Y ÁREA ESCUADRÓN MEDITERRÁNEO XX NÓTESE FLOTA LEJANO ORIENTE NO AFECTADA REPITO NO AFECTADA POR ESTA EMISIÓN XX NUMEROSOS MENSAJES ACUSE RECIBO EMITIDOS DESDE DESTINATARIOS EN ÁREAS CITADAS MÁS ARRIBA XX SEGUIRÁ ANÁLISIS DE TRÁFICO Y ORIGEN XX NO COMPLETADO EN ESTE MOMENTO XX COMENZANDO A 100000Z ESTACIONES DE MONITORES DE LA ASN (TACHADO) (TACHADO) Y (TACHADO) REGISTRARON AUMENTO TRÁFICO HF Y VHF EN BASES FLOTA ROJA

POLYARNYY SEVEROMORSK PECHENGA TALLINN KRONSTADT Y ÁREA OCCIDENTAL MEDITERRÁNEO XX TRÁFICO ADICIONAL HF Y VHF ORIGINADO EN EFECTIVOS FLOTA ROJA EN EL MAR ZZ SEGUIRÁ AMPLIACIÓN XX EVALUACIÓN: SE HA ORDENADO UNA OPERACIÓN MAYOR NO PREVISTA DE LA FLOTA ROJA EN LA QUE LOS EFECTIVOS DE LA FLOTA DEBEN INFORMAR DISPONIBILIDAD Y SITUACIÓN XX

FIN BOLETÍN

ENVIÓ ASN

102215Z

CORTOCORTO

Ryan consultó su reloj.

—Han trabajado rápido los muchachos de la ASN, y lo mismo nuestros oficiales de guardia, que han despertado a todo el mundo. —Terminó su jarro y se acercó para volver a llenarlo—. ¿Qué dice la gente de análisis de tráfico de mensajes?

—Vea —Greer le alcanzó una segunda hoja de télex.

Ryan lo examinó.

—Es un montón de buques. Debe de ser casi todo lo que tienen en el mar. Aunque no hay mucho sobre los que están en puerto.

—Líneas terrestres —observó Greer—. Los que están en puerto pueden telefonar a operaciones de la flota, en Moscú. A propósito, éstos son todos los buques que tienen en el mar en el Hemisferio Occidental. Hasta su maldito último buque. ¿Alguna idea?

—Veamos, tenemos ese aumento de actividad en el Mar de Barents. Parece ejercicio de guerra antisubmarina de mediana magnitud. Tal vez lo están expandiendo. Aunque eso no explica el aumento de actividad en el Mediterráneo y en el Báltico. ¿No están desarrollando un juego de guerra?

—No. Hace un mes terminaron el CRIMSON STORM.

Ryan asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, por lo general se toman un par de meses para evaluar toda esa información... ¿y a quién le gustaría hacer juegos allá arriba en esta época del año? Se supone que el tiempo es siniestro. ¿Alguna vez han hecho un juego de guerra importante en diciembre?

—Ninguno importante, pero la mayoría de estos acuse de recibo proceden de submarinos, hijo, y a los submarinos les importa un cuerno el mal tiempo que haga.

—Bueno, teniendo en cuenta algunas otras condiciones preliminares, esto parece verdaderamente amenazador. ¿No se tiene idea de lo que decía el mensaje?

—No. Están utilizando cifrados basados en computación, lo mismo que nosotros. Si los misteriosos de la ASN han podido descifrarlos, a mí no me han dicho nada. —En teoría, la Agencia de Seguridad Nacional estaba ubicada bajo el control del director de Inteligencia Central. En la realidad no era así—. De eso se trata en el análisis de tráfico, Jack. Se intenta adivinar intenciones según quién hable con quién.

—Sí, señor, pero sucede que cuando todo el mundo está hablando con todo el mundo...

—Así es.

—¿Algo más en alerta? ¿Su ejército? ¿Voyska PVO? —Ryan se refería a la red de defensa aérea soviética.

—No; solamente la flota. Submarinos, buques y aviación naval.

Ryan se desperezó.

—De acuerdo con eso, es como un ejercicio, señor. Pero necesitamos un poco más de información sobre lo que están haciendo. ¿Ha hablado usted con el almirante Davenport?

—Ése es el próximo paso. No he tenido tiempo. Hasta ahora sólo he podido afeitarme y encender la cafetera. —Greer se sentó y colocó el auricular del teléfono sobre el amplificador del escritorio antes de marcar su número.

—Vicealmirante Davenport. —La voz sonó cortante.

—Buenos días, Charlie, soy James. ¿Recibiste el ASN-976?

—Seguro que sí, pero no es eso lo que me hizo levantar de la cama. Nuestro Control de la red de Vigilancia de Sonar se volvió loco hace algunas horas.

—¿Cómo? —Greer miró el teléfono y luego a Ryan.

—Sí, casi todos los submarinos que tienen en el mar metieron el pedal del acelerador a fondo, y todos a la misma hora más o menos.

—¿Qué están haciendo exactamente, Charlie? —preguntó Greer.

—Todavía estamos tratando de descubrirlo. Parece que un montón de submarinos ha puesto rumbo al Atlántico Norte. Las unidades que tienen en el Mar de Noruega van a toda velocidad hacia el sudeste. Tres del Mediterráneo occidental se dirigen también a esa dirección, pero todavía no tenemos un cuadro claro. Necesitamos unas cuantas horas más.

—¿Qué tienen operando frente a nuestras costas, señor? —preguntó Ryan.

—¿Lo despertaron a usted también, Ryan? Bien. Dos viejos November. Uno es una mala conversión que está haciendo un trabajo de inteligencia electrónica frente al cabo. El otro está en posición frente a King's Bay aburriéndose como loco.

»Hay un submarino Yankee —continuó Davenport— a mil millas al sur de Islandia, y el informe inicial dice que ha puesto rumbo norte. Probablemente esté equivocado. Será el rumbo recíproco, o un error de transcripción o algo parecido. Estamos controlando. Debe de ser un bobo; hace un rato navegaba con rumbo sur.

Ryan levantó la mirada.

—¿Qué se sabe de los otros submarinos lanzamisiles rusos?

—Sus Delta y Typhoon están en el Mar de Barents y en el Mar de Okhotsk, como siempre. No hay noticias de ellos, claro. Tenemos submarinos de ataque allá arriba, naturalmente, pero Gallery no quiere que rompan el silencio de radio, y tiene razón. De modo que lo único que tenemos por el momento es el informe sobre ese Yankee aislado.

—¿Qué estamos haciendo, Charlie? —preguntó Greer.

—Gallery ha enviado un alerta general a todos sus submarinos. Están a la espera, para el caso que necesitemos modificar el despliegue. Me dicen que el NORAD ha pasado a una situación de alerta ligeramente aumentada. —Davenport se refería al Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial—. Los estados mayores de los Mandos en Jefe de las Flotas del Atlántico y del Pacífico están en sus puestos y caminando en redondo, como es de imaginar. Algunos P-3 están trabajando cerca de Islandia. Por el momento no hay mucho más. Primero tenemos que averiguar qué es lo que se proponen ellos.

—Okay, no dejes de informarme.

—Comprendido, si llegamos a saber algo te informaré, y espero...

—Lo haremos. —Greer cortó la comunicación. Agitó un dedo en dirección a Ryan—. Y usted no se me vaya a dormir, Jack.

—¿Por todo este asunto? —Ryan balanceó su jarro.

—A usted no le preocupa, ya lo veo.

—Señor, todavía no hay nada de qué preocuparse. ¿Qué hora es allá en este momento? ¿La una de la tarde? Es probable que algún almirante, tal vez el propio viejo Sergey en persona, decidió mandarles una ejercitación a sus muchachos. Parece que no quedó muy conforme con los resultados del CRIMSON STORM, y tal vez decidió sacudir algunos esqueletos... incluidos los nuestros, por supuesto. Diablos, ni su ejército ni la fuerza aérea están comprometidos en esto, y con toda seguridad que si estuvieran planeando algo feo las otras fuerzas lo sabrían. Tendremos que mantenernos atentos,

pero hasta ahora no veo nada como para... —Ryan iba a decir perder el sueño... —hacernos sudar.

—¿Qué edad tenía usted cuando sucedió lo de Pearl Harbor?

—Mi padre tenía diecinueve años, señor. No se casó hasta después de terminar la guerra, y yo fui el primer pequeño Ryan. —Jack sonrió. Greer sabía todo eso—. Y creo que usted no tenía siquiera esa edad.

—Yo era marinero de segunda en el viejo Texas. —Greer no había tenido oportunidad de intervenir en esa guerra. Poco después de su iniciación había ingresado en la Academia Naval. Y cuando se licenció allí y completó su entrenamiento en la escuela de submarinos, la guerra casi había terminado. Llegó a la costa japonesa en su primera operación un día después de finalizar la guerra—. Pero usted sabe lo que quiero decir.

—Ya lo creo que sí, señor, y es por eso que tenemos a la CIA y a otras agencias varias. Si los rusos pueden engañarnos a todos nosotros, tal vez deberíamos volver a leer a Marx.

—Todos esos submarinos apuntando hacia el Atlántico...

—Estoy más tranquilo al saber que el Yankee ha puesto rumbo norte. Han tenido tiempo suficiente como para dar importancia a esa información. Probablemente Davenport no lo quiere creer sin que se lo confirmen. Si Iván tuviese intenciones de jugar duro, ese Yankee estaría navegando con rumbo sur. Los misiles de esos viejos submarinos pueden llegar muy lejos. De manera que... nos quedamos levantados y en guardia. Por fortuna, señor, usted hace un café bastante decente.

—¿Y qué le parecería el desayuno?

—También podría ser. Si podemos terminar con el asunto de Afganistán, tal vez pueda volar de regreso mañana... esta noche.

—Todavía podría hacerlo. Quizá así aprenda a dormir en el avión.

Veinte minutos más tarde les subieron el desayuno. Ambos hombres estaban acostumbrados a que fueran abundantes, y la comida era sorprendentemente buena. Por lo general, la comida de la cafetería de la CIA era bastante mediocre, y Ryan se preguntó si el personal nocturno, con menos gente para servir, podía tomarse el tiempo para cumplir bien su trabajo. O tal vez habían enviado a comprarlo fuera. Los dos hombres esperaron hasta que Davenport llamó por teléfono a las siete menos cuarto.

—Hay novedades. Todos los submarinos lanzamisiles han puesto rumbo a puerto. Estamos rastreando bien a dos Yankee tres Delta y un Typhoon. El Memphis informó cuando su Delta partió de vuelta a casa a veinte nudos, después de haber estado en posición durante cinco días; luego Gallery interrogó al Queenfish. La misma historia... parece que todos se van a su

galpón. Además, acabamos de recibir unas fotos de un Big Bird que pasó sobre el fiordo -por una vez no estaba cubierto de nubes- y tenemos un montón de buques de superficie que aparecen muy brillantes en la película infrarroja, señal de alta temperatura por estar levantando vapor.

—¿Qué hay del Octubre Rojo? —preguntó Ryan.

—Nada. Quizá nuestra información fue mala y, en realidad, no había partido. No sería la primera vez.

—¿Usted no supone que puedan haberlo perdido? —Ryan expresó su duda en voz alta.

Davenport ya lo había pensado.

—Eso explicaría toda la actividad allá en el norte, pero ¿qué hay con respecto al Báltico y al Mediterráneo?

—Hace dos años tuvimos ese susto con el Tullibee —señaló Ryan—, y el jefe de operaciones navales se puso tan histérico que ordenó a todo el mundo un ejercicio de rescate en ambos océanos.

—Puede ser —concedió Davenport. Después de aquel fiasco, la sangre había llegado hasta los tobillos en Norfolk. El USS Tullibee, un pequeño submarino de ataque, único en su clase, tenía desde hacía tiempo fama de mala suerte. En este caso la había desparramado a muchos otros.

—De cualquier manera, todo parece ahora mucho menos alarmante que hace dos horas. No estarían llamando a puerto a sus lanzamisiles si estuvieran planeando algo contra nosotros, ¿no es así? —dijo Ryan.

—Veo que Ryan todavía tiene tu bola de cristal, James.

—Para eso le pago, Charlie.

—Aun así, es extraño —comentó Ryan—. ¿Por qué llamar de regreso a todos los submarinos lanzamisiles? ¿Alguna vez lo habían hecho antes? ¿Y qué hacen con los que están en el Pacífico?

—Todavía no sabemos nada de ellos —replicó Davenport—. He pedido información al Comandante en Jefe del Pacífico, pero aún no me la han traído. Y con respecto a la otra pregunta, no, ellos nunca habían llamado al mismo tiempo a todos sus submarinos lanzamisiles, aunque de vez en cuando hacen cambios simultáneos de posición con todos ellos. Probablemente esto sea eso mismo. Yo dije que habían puesto rumbo a sus puertos, pero no que hubieran entrado a puerto. No lo sabremos hasta dentro de un par de días.

—¿No será que están temiendo haber perdido uno? —aventuró Ryan.

—No creo en semejante suerte —se burló Davenport—. No han perdido ningún submarino de misiles después de aquel Golf que levantamos frente a Hawai, cuando usted estaba en la escuela secundaria, Ryan. Ramius es un comandante demasiado bueno como para permitir que pase eso.

“También lo era el capitán Smith, del Titanic”, pensó Ryan.

—Gracias por la información, Charlie —dijo Greer y colgó—. Parece que usted tenía razón, Jack. Todavía no hay nada de qué preocuparse. Vamos a pedir que nos traigan esa información sobre Afganistán... y por todos los demonios, echaremos una ojeada a la situación que pinta Charlie sobre la Flota del Norte una vez que terminemos.

Diez minutos después llegó un mensajero con un carrito desde los archivos centrales. Greer era de los que querían ver personalmente toda la información original en bruto. Eso convenía a Ryan. Había conocido a no pocos analistas que basaron sus informes en datos seleccionados y a quienes ese mismo hombre les había cortado la cabeza. La información del carrito provenía de una amplia variedad de fuentes, pero para Ryan la más significativa era la originada en interceptaciones radiales tácticas efectuadas por puestos de escucha en la frontera paquistaní, y, suponía él, desde el interior mismo de Afganistán. La naturaleza y el ritmo de las operaciones no indicaban retroceso alguno, como parecían sugerirlo dos artículos recientes del Red Star y ciertas fuentes de inteligencia dentro de la Unión Soviética. Pasaron tres horas revisando la información.

—Creo que Sir Basil está confiando demasiado en la inteligencia política y muy poco en lo que obtienen en el terreno nuestros puestos de escucha. No sería de extrañar que los soviéticos no permitan conocer a sus comandantes en operaciones lo que ocurre en Moscú, por supuesto, pero en general no veo claro el panorama —concluyó Ryan.

El almirante lo miró.

—Le pago para que me dé respuestas, Jack.

—Señor, la verdad es que Moscú entró allí por error. Sabemos eso por informes de inteligencia tanto militares como políticos. El tenor de la información es bastante claro. Desde mi punto de vista, no creo que ellos sepan qué quieren hacer. En un caso como éste, lo más fácil para las mentalidades burocráticas es no hacer nada. Por lo tanto, les dicen a los comandantes de campaña que continúen la misión, mientras los viejos amos del partido dan vueltas titubeando en busca de una solución y, ante todo, cuidándose los traseros por haberse metido en el lío.

—Muy bien, de modo que sabemos que no sabemos.

—Sí, señor. A mí tampoco me gusta, pero decir otra cosa sería mentir.

El almirante lanzó un bufido. Había mucho de eso en Langley, individuos del Servicio Secreto que daban respuestas cuando ni siquiera conocían las preguntas. Ryan era todavía lo suficientemente nuevo en el juego como para

confesarlo cuando no sabía algo. Greer se preguntó si esa cualidad cambiaría con el tiempo. Esperaba que no.

Después del almuerzo llegó un paquete llevado por un mensajero de la Oficina Nacional de Reconocimiento. Contenía fotografías tomadas más temprano ese mismo día en dos pasajes sucesivos de un satélite KH-11. Iban a ser las últimas fotografías de ese tipo debido a las restricciones impuestas por los mecanismos orbitales y el tiempo generalmente horrible sobre la Península Kola. El primer juego de tomas efectuadas una hora después de la emisión del mensaje FLASH desde Moscú, mostraba la flota anclada o amarrada en los muelles. En la película infrarroja se apreciaba que cierto número de buques brillaba intensamente a causa del calor interior, indicando que sus calderas o plantas motrices de turbinas a gas estaban operando. El segundo juego de fotografías había sido obtenido en el siguiente pasaje orbital, en un ángulo muy bajo.

Ryan examinó las ampliaciones.

—¡Wow! Kirov, Moskva, Kiev, tres Karas, cinco Kresta, cuatro Krivak, ocho Udaloy y cinco Sovremennys.

—Ejercicio de búsqueda y rescate, ¿eh? —Greer miró severamente a Ryan—. Mire aquí abajo. Todos los buques tanques rápidos que tienen los están siguiendo en la salida. Eso es la mayor parte de la Flota del Norte, y si necesitan buques tanques es porque estarán fuera por un tiempo.

—Davenport pudo haber sido más específico. Pero todavía tenemos a sus submarinos lanzamisiles regresando. En esta foto no hay buques anfibios, sólo de combate. Y solamente los más modernos, los de mayor alcance y velocidad.

—Y las mejores armas.

—Sí —asintió Ryan—. Y todo alistado en pocas horas. Señor, si hubieran tenido esto planeado con anticipación, nosotros nos habríamos enterado. Esto debe de haber sido dispuesto hoy mismo. Interesante.

—Usted ha adoptado la costumbre inglesa de los eufemismos, Jack. —Greer se incorporó para desperezarse. —Quiero que se quede un día más.

—Muy bien, señor —miró su reloj—. ¿Me permite que llame por teléfono a mi mujer? No quiero que vaya al aeropuerto a buscarme a un avión en el que no voy a llegar.

—Por supuesto, y después de que termine, quiero que vaya a ver a alguien de la Agencia de Inteligencia de Defensa que trabajaba antes para mí. Averigüe cuánta información operacional están recibiendo sobre esa partida. Si esto es un ejercicio lo sabremos muy pronto, y usted todavía podrá llevar su Barbie que hace surf mañana mismo a su casa.

Era una Barbie con esquíes, pero Ryan no dijo nada.

EL SEXTO DÍA

Miércoles, 8 de diciembre

Dirección General de la CIA

Ryan había estado antes varias veces en el despacho del director de inteligencia central para transmitir informaciones y mensajes personales ocasionales de Sir Basil Charleston a su alteza, el director general. Era más grande que el de Greer, con una vista mejor del Valle del Potomac y parecía que hubiera sido decorado por un profesional, en un estilo compatible con los orígenes del director. Arthur Moore era un ex juez de la Suprema Corte del Estado de Texas, y el salón reflejaba la influencia del sudoeste. Él y el almirante Greer estaban sentados en un sofá junto a los ventanales panorámicos. Greer hizo un gesto con el brazo a Ryan y le entregó una carpeta.

La carpeta era de plástico rojo. En los bordes tenía cinta adhesiva blanca y en la cubierta un simple rótulo de papel blanco con las palabras EYES ONLY y WILLOW. Nada de eso era desacostumbrado. Una computadora situada en el subsuelo de la dirección general, en Langley, elegía nombres al azar con sólo tocar una tecla; eso impedía que algún agente extranjero pudiera deducir nada basándose en el nombre de una operación. Ryan abrió la carpeta y miró primero la página del índice. Evidentemente sólo existían tres copias del documento WILLOW, cada una de ellas con la inicial de su dueño. Ésa llevaba la inicial del propio director general. Un documento de la CIA con tres copias solamente no era muy común, y Ryan, cuya autorización para tomar conocimiento de documentos secretos estaba fijada con la calificación NEBULA, nunca había encontrado ninguno. Por las miradas de Moore y Greer, supuso que ellos eran dos de los oficiales con la autorización; el otro, se imaginó, era el subdirector de operaciones, otro tejano llamado Robert Ritter.

Ryan dio vuelta a la página del índice. El informe era una fotocopia de algo escrito con una máquina manual, y tenía demasiadas correcciones como para haber sido hecho por una verdadera secretaria. Si no habían permitido a Nancy Cummings y a las otras secretarías ejecutivas de la élite que vieran eso... Ryan levantó la mirada.

—Está bien, Jack —dijo Greer—. Acaba de ser autorizado para conocer WILLOW.

Ryan se acomodó en su asiento y, a pesar de su emoción, empezó a leer lenta y cuidadosamente el documento.

El nombre en código del agente era en realidad CARDINAL. Se trataba del agente de mayor jerarquía, destacado en el exterior, que la CIA había tenido en su historia, esa clase de hombres sobre los cuales se construyen leyendas. CARDINAL había sido reclutado, hacía más de veinte años, por Oleg Penkovskiy. Ese hombre -ya muerto- había sido otra leyenda. En esa época era coronel en la GRU, la agencia de inteligencia militar soviética, contraparte más grande y activa de la Agencia de Inteligencia de Defensa norteamericana. Su posición le había dado acceso a una información diaria sobre todos los aspectos militares soviéticos, desde la estructura del mando del Ejército Rojo hasta la situación operacional de los misiles intercontinentales. La información que él enviaba a través de su contacto británico, Greville Wynne, era extremadamente valiosa, y los países de Occidente habían llegado a depender demasiado de ella. Penkovskiy fue descubierto durante la Crisis de los Misiles de Cuba, en 1962. Fue su información, ordenada y despachada bajo gran presión y apuro, la que dijo al presidente Kennedy que los sistemas estratégicos soviéticos aún no estaban listos para la guerra. Esta información permitió al Presidente arrinconar a Khrushchev cerrándole cualquier salida fácil. El famoso guiño atribuido a la serenidad de los nervios de Kennedy fue, como en muchos sucesos semejantes en la historia, facilitado por su habilidad para ver las cartas del otro hombre. Esa ventaja le había sido dada por un valeroso agente a quien nunca llegaría a conocer. La respuesta de Penkovskiy al pedido FLASH (urgente) de Washington fue demasiado precipitada e imprudente. Como ya estaba bajo sospecha, eso lo condenó. Pagó con su vida el cargo de traición. CARDINAL fue el primero que supo que lo estaban vigilando más celosamente de lo habitual en una sociedad donde se vigila a todo el mundo. Se lo advirtió a Penkovskiy... demasiado tarde. Cuando fue evidente que ya no se podía sacar al coronel de la Unión Soviética, él mismo, en persona, urgió a CARDINAL para que lo delatara. Fue la irónica burla final de un hombre valiente: que su propia muerte promocionara en su carrera a otro agente a quien él mismo había reclutado.

El trabajo de CARDINAL era necesariamente tan secreto como su nombre. Asesor de alto nivel y confidente de un miembro del Politburó, CARDINAL actuaba a menudo en su representación ante los establecimientos militares soviéticos. Por lo tanto tenía acceso a la inteligencia política y militar

de primer orden. Esa circunstancia hacía que sus informaciones fuesen sumamente valiosas y, paradójicamente, muy sospechosas. Los pocos oficiales experimentados de la CIA que sabían de él consideraban imposible no pensar que, en algún lugar de la línea, no hubiera sido "dado vuelta", por alguno de los miles de agentes de contrainteligencia de la KGB, cuya única misión consiste en vigilar todo y a todos. Por esa razón, el material codificado de CARDINAL se controlaba en forma cruzada con los informes de otros espías y diversas fuentes. Pero él había sobrevivido a muchos agentes de poca monta.

En Washington, solamente conocían el nombre de CARDINAL los tres más altos directivos de la CIA. El primer día de cada mes se elegía un nuevo nombre para sus informaciones, nombre que sólo se revelaba al escalón más alto de los oficiales de la CIA y sus analistas. Ese mes, el nombre era WILLOW. Antes de pasar -de mala gana- los informes de CARDINAL a gente que no era de la CIA, todo se "limpiaba", tan prolija y cuidadosamente como los ingresos de la mafia para ocultar su procedencia. Había también una cantidad de medidas de seguridad que protegían al agente y eran exclusivas para él. Por temor a los riesgos criptográficos que pudieran revelar su identidad, el material de CARDINAL se enviaba en mano, jamás transmitido por radio o líneas terrestres.

El propio CARDINAL era un hombre muy cuidadoso... el destino de Penkovskiy le había enseñado a serlo. Su información se encaminaba a través de una serie de intermediarios hasta el jefe de la estación de la CIA en Moscú. Había sobrevivido a doce jefes de estación; uno de ellos, un oficial retirado, tenía un hermano jesuita. Todas las mañanas el sacerdote, profesor de filosofía y teología en la Universidad de Fordham, en Nueva York, decía misa por la seguridad y el alma de un hombre cuyo nombre jamás habría de conocer. Era una explicación -tan buena como otras- de la continuada supervivencia de CARDINAL.

Cuatro veces le habían ofrecido sacarlo de la Unión Soviética, y en todos los casos se había negado. Para algunos, eso era una prueba de que lo habían "dado vuelta", pero para otros sólo demostraba que, como la mayoría de los agentes de éxito, CARDINAL era un hombre movido por algo que solamente él conocía... y, por lo tanto, como la mayor parte de los agentes con éxito, probablemente era un poco chiflado.

El documento que Ryan estaba leyendo llevaba veinte horas en el proceso de tránsito. El film había demorado cinco para llegar a la embajada de Estados Unidos en Moscú, desde donde fue enviado de inmediato al jefe de estación. Era un experimentado agente, ex periodista del New York Times y

trabajaba simulando ser agregado de prensa. Él reveló personalmente el rollo en su cuarto oscuro privado. Treinta minutos después de su llegada, inspeccionó la película, que tenía expuestos cinco cuadros, usando una lente de aumento y envió un mensaje prioridad FLASH a Washington diciendo que estaba en ruta un mensaje de CARDINAL. Luego transcribió el mensaje del film al papel especial en su propia máquina de escribir portátil, traduciéndolo simultáneamente del ruso. Esa medida de seguridad cumplía un doble propósito: borraba la escritura a mano del agente y, al parafrasear automáticamente la traducción, desaparecía cualquier particularidad personal de su lenguaje. Luego quemó la película hasta reducirla a cenizas, dobló el informe y lo introdujo en un estuche metálico muy parecido a una petaca. Ésta tenía una pequeña carga pirotécnica que debía encenderse en caso de que el estuche no se abriera como correspondía hacerlo o sufriera fuertes sacudidas; dos mensajes de CARDINAL se habían perdido al caer accidentalmente los estuches. Después, el jefe de estación llevó el mensaje a la residencia del correo diplomático de la embajada, para quien se había reservado un asiento en un vuelo de tres horas de Aeroflot, con destino a Londres. En el aeropuerto Heathrow el correo debió apresurarse para combinar con un 747 de Pan Am que lo llevó al aeropuerto Internacional Kennedy, de Nueva York. Allí tomó el puente aéreo de Eastern hacia el aeropuerto National de Washington. A las ocho de esa mañana, la bolsa del correo diplomático estaba en el Departamento de Estado. Un funcionario de la CIA retiró el estuche, viajó de inmediato en coche a Langley y lo entregó al director general. Lo abrió un instructor de la rama de servicios técnicos de la CIA. El director general hizo tres copias en su máquina Xerox personal y quemó el papel del mensaje en su cenicero. Esas medidas de seguridad habían sido consideradas como ridículas por algunos de los hombres que llegaron al despacho del director general. Pero sus risas nunca duraron más que el primer mensaje de CARDINAL.

Cuando Ryan terminó de leer el informe volvió atrás, a la segunda página y la releyó completa, sacudiendo lentamente la cabeza. El documento WILLOW era la confirmación más acabada de su deseo de no saber cómo llegaban a él los informes de inteligencia. Cerró la carpeta y la devolvió al almirante Greer.

—¡Cristo Santo!, señor.

—Jack, yo sé que no necesito decir esto... pero, lo que usted acaba de leer, nadie, ni el Presidente, ni Sir Basil, ni Dios en caso de que él lo pregunte, nadie debe conocer esto sin autorización del director. ¿Comprendido? —Greer no había perdido el tono de mando de su voz.

—Sí, señor. —Ryan inclinó repetidamente la cabeza como un chico de escuela.

El juez Moore sacó un cigarro del bolsillo de su chaqueta, lo encendió y miró más allá del fuego directamente a los ojos de Ryan. Todos decían de él que en su época había sido un extraordinario agente de campo. Había actuado junto a Hans Tofte durante la guerra de Corea, y fue un eslabón esencial en el cumplimiento de una de las misiones legendarias de la CIA: la desaparición de un barco noruego que había estado llevando personal de sanidad y una carga de abastecimientos para los chinos. La pérdida había demorado una ofensiva china por varios meses, salvando miles de vidas norteamericanas y aliadas. Pero había sido una operación sangrienta. Todo el personal chino y todos los tripulantes noruegos desaparecieron. Usando las matemáticas simples de la guerra era un "negocio conveniente", pero el aspecto moral de la misión era otra cosa. Por esa razón -o tal vez otras- Moore había dejado poco después el servicio del gobierno para transformarse en abogado en su nativa Texas. Su carrera había sido espectacularmente brillante, lo que le permitió progresar de rico abogado a distinguido juez de apelaciones. Tres años atrás habían vuelto a llamarlo para la CIA, por la singular combinación de una absoluta integridad personal y una vasta experiencia en operaciones encubiertas. Bajo la fachada de un vaquero del oeste tejano -algo que jamás había sido, pero que simulaba con facilidad- el juez Moore escondía un título de Harvard en leyes y una mente ordenada en grado sumo.

—Entonces, doctor Ryan, ¿qué piensa usted de esto? —dijo Moore en el preciso instante en que entraba el subdirector de operaciones—. Hola, Bob, venga, acérquese. Acabamos de mostrar a Ryan el expediente WILLOW.

—¿Ah, sí? —Ritter empujó un sillón hacia el grupo, atrapando con toda claridad a Ryan en el ángulo—. ¿Y qué piensa de todo esto el muchacho rubio del almirante?

—Caballeros, supongo que todos ustedes consideran genuina esta información —dijo Ryan con cautela, obteniendo el asentimiento de sus oyentes—. Señor, si esta información la hubiera traído en propias manos el arcángel San Miguel, me costaría creerla... pero si ustedes, señores, piensan que es de fiar... —Ellos querían su opinión. El problema era que sus conclusiones resultaban demasiado increíbles. "Bueno, decidió, he llegado hasta aquí dando siempre mis opiniones honestas..."

Ryan suspiró profundamente y les brindó su evaluación.

—Muy bien, doctor Ryan —el juez Moore asintió con sagacidad—. Primero quiero oír qué otra cosa puede ser, y luego quiero que usted defienda su análisis.

—Señor, la alternativa más obvia no resiste mucho examen. Además, han estado en condiciones de hacerlo desde el viernes, y no lo han hecho —dijo Ryan, manteniendo baja su voz y con inflexiones adecuadas al razonamiento. Ryan se había esforzado siempre para ser objetivo. Expuso las cuatro alternativas que había considerado, cuidando examinar cada una en detalle. No era el momento de permitir que sus puntos de vista personales influyeran en su elaboración. Habló durante diez minutos.

—Supongo que existe una posibilidad más, juez —concluyó—. Ésta podría ser una desinformación apuntada a poner al descubierto su fuente. Yo no estoy en condiciones de evaluar esa posibilidad.

—Todos hemos pensado en eso. Muy bien, ahora que ha alcanzado este punto, quisiera que nos ofreciese su recomendación operacional.

—Señor, el almirante puede informarle de lo que dirá la Marina.

—Eso ya lo he tenido en cuenta, muchacho —rió Moore—. Pero... ¿qué piensa usted?

—Juez, tomar decisiones en este asunto no será fácil... hay muchas variables, demasiadas contingencias posibles. Pero le diría que sí. Si es posible, si podemos ordenar los detalles, deberíamos intentarlo. El mayor interrogante es la disponibilidad de nuestros efectivos. ¿Tenemos cada pieza en su lugar?

Greer dio la respuesta.

—Nuestros efectivos son escasos. Un portaaviones, el Kennedy. Yo lo he controlado. El Saratoga está en Norfolk con un problema de ingeniería. Además, el HMS Invencible que estuvo aquí para el ejercicio de la OTAN, salió de Norfolk el lunes por la noche. El almirante White, creo, al mando de un pequeño grupo de batalla.

—¿Lord White, señor? —preguntó Ryan—. ¿El conde de Weston?

—¿Usted lo conoce? —preguntó Moore.

—Sí, señor. Nuestras esposas son amigas. Yo salí a cazar con él en septiembre pasado, unas aves de Escocia parecidas a las codornices. Parece un buen operador, y he oído decir que tiene buena reputación.

—¿Está pensando que podríamos pedir prestado sus buques, James? —preguntó Moore—. En ese caso tendremos que informarles de todo este asunto. Pero antes debemos informar a los de nuestro lado. Hay una reunión del Consejo Nacional de Seguridad esta tarde a la una. Ryan, usted prepare los papeles necesarios para la exposición... y usted mismo la desarrollará.

Ryan parpadeó.

—No es mucho tiempo, señor.

—Aquí James dice que usted trabaja muy bien bajo presión. Demuéstrelo. —Miró a Greer—. Saque una copia de los papeles de su exposición y prepárese para volar a Londres. Ésa es la decisión del Presidente. Si queremos sus buques, tendremos que decirles por qué. Eso significa una exposición ante la Primera Ministra, y eso es responsabilidad suya. Bob, quiero que confirme este informe. Haga lo que tenga que hacer, pero no comprometa a WILLOW.

—Está bien —respondió Ritter. Moore consultó su reloj.

—Volveremos a reunirnos aquí a las tres y media; según como vaya la reunión. Ryan, tiene noventa minutos. Manos a la obra.

“¿Para qué me estarán midiendo?, se preguntó Ryan. Había un rumor en la CIA según el cual el juez Moore pronto se alejaría de su cargo para ir a una cómoda embajada, quizás ante la Corte de Saint James, una adecuada recompensa para un hombre que había trabajado duro y a lo largo de muchos años para restablecer una estrecha relación con los británicos. Si el juez se iba, era probable que su despacho fuera ocupado por el almirante Greer. Tenía las virtudes de la edad -no estaría allí demasiado tiempo- y amigos en Capitol Hill. Ritter no tenía ni lo uno ni lo otro. Se había quejado durante mucho tiempo y demasiado abiertamente de los legisladores que dejaban trascender información sobre sus operaciones y agentes en el extranjero, causado la muerte de algunos hombres, nada más que para demostrar su importancia en los círculos de los cocktails locales. Tenía también una persistente enemistad con el presidente del Comité de Selección de Inteligencia.

Considerando todo ese reordenamiento en la cumbre y su repentino acceso a nuevas y fantásticas informaciones... “¿Qué significado tiene todo esto para mí?”, se preguntaba Ryan. No podía ser, que lo quisieran para que fuese el futuro subdirector de inteligencia. Él sabía que estaba muy lejos de poseer la experiencia necesaria para ese cargo... aunque quizás en los próximos cinco, o seis años...

Cordillera Reykjanes

Ramius inspeccionó su tablero de situación. El Octubre Rojo navegaba hacia el sudoeste sobre la ruta ocho, la más occidental de las exploradas, sobre lo que los submarinistas de la Flota del Norte llamaban el Ferrocarril de Gorshkov. Llevaba una velocidad de trece nudos. En ningún momento pensó

que ése era un número de mala suerte, una superstición anglosajona. Se proponía mantener el rumbo y la velocidad por otras veinte horas. Inmediatamente detrás de él, Kamarov estaba sentado frente al panel de gravitometría del submarino, con una larga carta enrollada detrás de él. El joven teniente fumaba un cigarrillo detrás de otro y parecía estar muy nervioso mientras marcaba la posición de la nave en la carta. Ramius no lo distraía. Kamarov conocía su trabajo, y Borodin iba a reemplazarlo dos horas después.

En la quilla del Octubre Rojo estaba instalado un dispositivo de gran sensibilidad llamado gradiómetro, constituido esencialmente por dos grandes pesas de plomo separadas entre sí por un espacio de cien yardas. Un sistema de computación con rayos láser medía el espacio entre las pesas con la exactitud de una fracción de ángstrom. Las distorsiones de esa distancia o los movimientos laterales de las pesas indicaban variaciones en el campo gravitacional del lugar. El navegador comparaba esos valores de extremada exactitud con los valores de su carta. Con la cuidadosa utilización de gravitómetros en el sistema de navegación inercial del buque, podía determinar la posición de la nave con una precisión de cien metros, la mitad de la longitud del bosque.

En todos los submarinos que lo admitían por sus características, se estaba instalando el sistema de sensores de masa. Ramius sabía que los comandantes más jóvenes de submarinos de ataque lo habían usado para recorrer el "ferrocarril", a alta velocidad. Era bueno para satisfacer el ego de los comandantes, pero algo exigente para los navegadores, a juicio de Ramius. Él no necesitaba llegar a la temeridad. Tal vez la carta que envió hubiera sido un error... No, impedía arrepentimientos. Y la serie de sensores de los submarinos de ataque sencillamente no tenía la necesaria capacidad como para detectar al Octubre Rojo mientras mantuviera su marcha silenciosa. Ramius estaba seguro de eso. Él los había usado todos. Llegaría a donde quería ir, haría lo que quería hacer, y nadie, ni sus compatriotas ni siquiera los norteamericanos podrían evitarlo. Por eso, cuando oyó el paso de un Alfa a treinta millas hacia el este, se limitó a sonreír.

La Casa Blanca

El automóvil de la CIA correspondiente al juez Moore era una limosina Cadillac equipada con un chofer y un hombre de seguridad armado con una pistola ametralladora Uzi disimulada debajo del tablero. El conductor dio vuelta abandonando Pennsylvania Avenue para entrar por Executive Drive.

Más que una calle, esa última era una especie de aparcamiento para uso de altos ejecutivos y periodistas que trabajaban en la Casa Blanca y en el Executive Office Building, "Old State", brillante ejemplo del Grotesco Institucional que se elevaba sobre la mansión ejecutiva. El conductor entró limpiamente en un aparcamiento VIP que se hallaba desocupado y saltó afuera para abrir las puertas, una vez que el hombre de seguridad barrió la zona con sus ojos. El juez descendió primero y se adelantó; pronto Ryan se encontró caminando a su izquierda y medio paso atrás. Le llevó un instante recordar que ese acto instintivo era exactamente lo que le había enseñado la infantería de marina en Quantico: la forma adecuada en que un oficial joven debía acompañar a sus superiores. Ryan no pudo menos que pensar que aún era muy joven.

—¿Alguna vez estuvo aquí, Jack?

—No, señor, nunca.

Moore pareció divertido.

—Es cierto, usted es de por aquí cerca. En cambio, si fuera de otro lugar más lejos, seguramente habría hecho el viaje varias veces. —Un guardia de la infantería de marina mantuvo abierta la puerta para que pasaran. Dentro, un agente del Servicio Secreto los anotó. Moore asintió con la cabeza y continuó la marcha.

—¿Esto se hará en el Salón del Gabinete, señor?

—No. En la Sala de Situación, abajo. Es más cómoda y está mejor equipada para esta clase de cosas. Las diapositivas que usted necesita ya están allí; está todo arreglado. ¿Nervioso?

—Sí, señor, por supuesto.

—Tranquilícese, muchacho —rió Moore—. Hace tiempo que el Presidente quería conocerlo. Le gustó ese informe sobre terrorismo que usted hizo hace unos años, y además, le he mostrado otros trabajos suyos, el de las operaciones de los submarinos lanzamisiles rusos y el que hizo hace poco sobre prácticas gerenciales en sus industrias de armamentos. En realidad, creo que va a parecerle un hombre muy sencillo. Esté muy atento cuando le haga alguna pregunta. Va a escuchar hasta la última palabra que usted le diga, y tiene una particular habilidad para hacer la pregunta justa cuando quiere. —Moore giró para descender por una escalera. Ryan lo siguió tres pisos hacia abajo; luego llegaron a una puerta que conducía a un corredor. El juez giró a la izquierda y caminó hasta otra puerta custodiada por otro agente del Servicio Secreto.

—Buenas tardes, juez. El Presidente bajará en un momento.

—Gracias. Él es el doctor Ryan. Yo respondo por él.

—Bien. —El agente les indicó que pasaran.

Era mucho menos espectacular que lo que Ryan esperaba. La Sala de Situación probablemente no tenía las dimensiones de la Oficina Oval situada arriba. Tenía una costosa boiserie que recubría las paredes, seguramente de cemento. Esa parte de la Casa Blanca formaba parte de la reconstrucción hecha en la época de Truman. Cuando Ryan entró pudo ver a su izquierda el atril. Se hallaba al frente y ligeramente a la derecha de una mesa de forma aproximada al diamante, y detrás de aquél se encontraba la pantalla de proyección. En una nota que estaba sobre el atril decía que el proyecto de diapositivas situado sobre la mesa ya estaba cargado y enfocado, y detallaba el orden de las diapositivas, informado por la Oficina Nacional de Reconocimiento.

La mayor parte de los asistentes se encontraban ya allí, todos los jefes del Estado Mayor Conjunto y el secretario de Defensa. El secretario de Estado, recordó Ryan, todavía estaba viajando de un lado a otro entre Atenas y Ankara, tratando de arreglar la situación en Chipre. Esa espina permanente en el flanco sur de la OTAN había explotado pocas semanas antes, cuando un estudiante griego fue asesinado por la turba minutos después de atropellar con su automóvil a un niño turco. Hacia el final del día había cincuenta personas heridas, y los supuestos países aliados habían echado, una vez más, las manos al cuello del otro. En ese momento dos portaaviones norteamericanos estaban cruzando el Egeo mientras el secretario de Estado se esforzaba por calmar a ambas partes. Era sumamente trágico que dos jóvenes hubieran muerto, pensó Ryan, pero no justificaba que se movilizara por eso el ejército de un país.

También estaba junto a la mesa el general Thomas Hilton, jefe del Estado Mayor Conjunto, y Jeffrey Pelt, el asesor de seguridad nacional del Presidente, un hombre pomposo a quien Ryan había conocido años atrás en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown. Pelt estaba revisando algunos papeles y mensajes. Los jefes se hallaban conversando amigablemente entre ellos cuando el comandante de la infantería de marina levantó la mirada y descubrió a Ryan. Se levantó y caminó hacia él.

—¿Usted es Jack Ryan? —preguntó el general David Maxwell.

—Sí, señor. —Maxwell era un hombre bajo, de aspecto recio, cuyo pelo corto parecía echar chispas con agresiva energía. Examinó de arriba abajo a Ryan antes de estrecharle la mano.

—Mucho gusto en conocerlo, hijo. Me agradó lo que hizo en Londres. Fue muy bueno para el cuerpo de infantería de marina. —Se refería al incidente

con el terrorista en el que Ryan había estado a punto de perder la vida—. Fue muy buena esa rápida reacción suya, teniente.

—Gracias, señor. Tuve suerte.

—Cuando un oficial es bueno se supone que tiene suerte. He oído decir que tiene algunas noticias interesantes para nosotros.

—Sí, señor. Creo que les parecerá que valía la pena emplear su tiempo.

—¿Nervioso? —El general vio la respuesta y sonrió ligeramente—. Tranquilícese, hijo. Todos los que están en esta maldita cueva se ponen los pantalones igual que usted. —Dio un golpe a Ryan en el estómago con el revés de la mano y volvió a su sillón. El general susurró algo al almirante Daniel Foster, jefe de operaciones navales. Éste miró por un momento a Ryan y luego volvió a lo que estaba haciendo.

Un minuto después llegó el Presidente. Todos los que estaban en la sala se pusieron de pie mientras él caminaba hacia su sillón, a la derecha de Ryan. Dijo rápidamente unas pocas cosas al doctor Pelt y luego miró a los ojos al director general de inteligencia.

—Caballeros, si podemos iniciar esta reunión, creo que el juez Moore tiene algunas noticias para nosotros.

—Gracias, señor Presidente. Caballeros, hemos tenido hoy un interesante desarrollo con respecto a las operaciones navales soviéticas iniciadas ayer. He pedido al doctor Ryan, que nos acompaña hoy aquí, que desarrolle la exposición.

El Presidente se volvió hacia Ryan. Éste tuvo la sensación de que lo estaba estudiando.

—Puede proceder.

Ryan bebió un trago de agua helada de la copa oculta en el atril. Tenía un mando sin cable para el proyector de diapositivas y varios punteros. Una lámpara independiente con luz de alta intensidad iluminaba sus notas. Las páginas estaban llenas de tachaduras y correcciones garabateadas. No había habido tiempo para hacer una copia en limpio.

—Gracias, señor Presidente. Caballeros, me llamo Jack Ryan, y el tema de esta exposición es la reciente actividad naval soviética en el Atlántico Norte. Antes de llegar a ese punto necesitaré informarles sobre algunos antecedentes. Confío en que sean indulgentes conmigo por unos minutos y, por favor, no duden en interrumpirme con preguntas, en cualquier momento. —Ryan puso en marcha el proyector. Las luces del techo, cerca de la pantalla, disminuyeron automáticamente de intensidad.

»Estas fotografías nos han llegado por cortesía de los británicos —dijo Ryan. Ya había logrado captar la atención de todos—. La nave que ven aquí

es el submarino de misiles balísticos de la flota soviética Octubre Rojo, fotografiado por un agente británico en su muelle, en la base de submarinos de Polyarnyy, cerca de Múrmansk, en el norte de Rusia. Como pueden ver, es una nave muy grande, tiene aproximadamente ciento noventa metros de largo, una manga de veinticinco metros más o menos, y un desplazamiento sumergido de treinta y dos mil toneladas. Estas cifras son en general comparables a las de un acorazado de la primera guerra mundial —Ryan levantó un puntero.

»Además de ser considerablemente mayor que nuestros submarinos Trident de la clase Ohio, el Octubre Rojo tiene una serie de diferencias técnicas. Lleva veintiséis misiles, en vez de los veinticuatro de los nuestros. Los primeros submarinos de la clase Typhoon, a partir de los cuales fue desarrollado, sólo llevaban veinte. El Octubre lleva el nuevo misil balístico de lanzamiento desde el mar SS-N-20, el Seahawk. Es un misil de combustible sólido con un alcance aproximado de diez mil ochocientos kilómetros, y lleva ocho vehículos de reingreso para objetivos autónomos múltiples, MIRV, cada uno con una carga de quinientos kilotones. Es el mismo vehículo de reingreso que llevan sus SS-18, pero con menos de ellos por lanzador.

»Como ustedes pueden ver, los tubos de los misiles están situados delante de la torreta, y no atrás como en nuestros submarinos. Los planos de inmersión delanteros se pliegan e introducen en ranuras en el casco, en este lugar; los nuestros entran en la torreta. Tiene dos hélices, los nuestros sólo una. Y, finalmente, el casco del Octubre es diferente del de nuestros submarinos. En vez de tener un corte de sección cilíndrica, está marcadamente achatado arriba y abajo.

Ryan apretó el mando del proyector para mostrar la siguiente diapositiva. Se veían dos imágenes sobrepuestas, la proa sobre la popa.

»Estas fotografías nos las entregaron sin revelar. Lo hizo la Oficina Nacional de Reconocimiento. Fíjense, por favor, en estas puertas, aquí en la proa y aquí en la popa. Los británicos estaban algo desorientados con esas puertas, y por eso me permitieron traerlas, a principios de esta semana. En la CIA tampoco pudimos descubrir su finalidad, entonces se decidió consultar la opinión de un asesor externo.

—¿Quién decidió? —preguntó enojado el secretario de Defensa—. ¡Diablos! ¡Yo ni siquiera las he visto todavía!

—Bert, las recibimos el lunes —replicó el juez Moore con tono tranquilizador—. Las dos que están en la pantalla no tienen más de cuatro horas. Ryan sugirió un experto externo. James Greer lo aprobó. Y yo estuve de acuerdo.

—Su nombre es Oliver W. Tyler. El doctor Tyler fue oficial de Marina y trabaja ahora como profesor asociado de ingeniería en la Academia Naval, además es consultor contratado del Mando de Sistemas Marítimos. Es un experto en el análisis de la tecnología naval soviética. Skip, el doctor Tyler, llegó a la conclusión de que estas puertas son las aberturas de entrada y salida de un nuevo sistema silencioso de propulsión. En este momento está desarrollando un modelo de computación del sistema, y esperamos tener su informe para el fin de semana. El sistema en sí es bastante interesante. — Ryan explicó brevemente el análisis de Tyler.

—Muy bien, doctor Ryan. —El Presidente se inclinó hacia adelante—. Usted acaba de informarnos que los soviéticos han construido un submarino lanzamisiles que se supone será muy difícil de localizar para nuestros hombres. Me imagino que ésa no es la noticia. Continúe.

—El comandante del Octubre Rojo es un hombre llamado Marko Ramius. Es un nombre lituano, aunque creemos que su pasaporte interno define su nacionalidad como ruso puro. Es hijo de un alto dirigente del partido, y uno de los mejores comandantes de submarinos que tienen. En los últimos diez años siempre ha sido él quien sacó el primero de todos los submarinos soviéticos de cada clase.

»El Octubre Rojo abandonó el puerto el viernes pasado. No sabemos exactamente qué órdenes tenía pero, por lo general, los submarinos lanzamisiles, es decir, los que tienen los nuevos misiles de largo alcance, limitan sus actividades al Mar de Barents y zonas adyacentes, donde pueden estar protegidos de nuestros submarinos de ataque por sus aviones para guerra antisubmarina con base en tierra, sus propios buques de superficie y submarinos de ataque. El domingo, aproximadamente al mediodía, hora local, notamos un incremento de la actividad de búsqueda en el Mar de Barents. En ese momento pensamos que se trataba de un ejercicio local de guerra antisubmarina, y cuando ya terminaba el lunes pareció ser una prueba del nuevo sistema de impulsión del Octubre.

»Como todos ustedes saben, ayer desde muy temprano observamos un gran aumento de la actividad naval soviética. Casi todos sus buques asignados a la Flota del Norte están ahora en el mar, acompañados por todos sus buques rápidos de abastecimiento de combustible. Otras naves auxiliares de la flota zarparon de las bases de la Flota del Báltico y del Mediterráneo occidental. Más inquietante aún es el hecho de que casi todos los submarinos nucleares asignados a la Flota del Norte, los más grandes, parecen haber puesto rumbo al Atlántico Norte. Esto incluye tres del Mediterráneo, ya que allí los submarinos pertenecen a la Flota del Norte y no a la del Mar Negro.

Ahora creemos saber por qué ocurrió todo esto. —Ryan pasó a la siguiente diapositiva. Ésta mostraba el Atlántico Norte, desde Florida hasta el polo, con los buques soviéticos marcados en rojo.

»El día en que partió el Octubre Rojo, es evidente que el capitán de navío Ramius puso en el correo una carta para el almirante Yuri Ilych Padorin. Padorin es el jefe de la Administración Política Superior de su Marina. No sabemos qué decía esa carta, pero podemos ver sus resultados. Todo esto comenzó a suceder cuatro horas antes de haberse abierto la carta. Cincuenta y ocho submarinos de propulsión nuclear y veintiocho naves de combate de superficie se dirigen hacia nosotros. Es una reacción notable en cuatro horas. Esta mañana supimos cuáles eran sus órdenes.

»Caballeros, todas estas naves tienen orden de localizar al Octubre Rojo y, si es necesario, hundirlo. —Ryan hizo una pausa apreciando el efecto de sus palabras—. Como ustedes pueden ver, la fuerza soviética de superficie está aquí, aproximadamente a mitad de camino entre el continente europeo e Islandia. Sus submarinos, éstos en particular, están todos navegando hacia el sudoeste, en dirección a la costa de Estados Unidos. Tomen nota, por favor, de que no hay ninguna actividad anormal en el lado del Pacífico de ambos países... excepto la información que tenemos de que los submarinos de misiles balísticos de la flota soviética de ambos océanos han sido llamados a sus bases.

»Por lo tanto, si bien no sabemos exactamente qué decía el capitán de navío Ramius, podemos sacar algunas conclusiones de las características de estas actividades. Parecería que ellos piensan que está navegando en nuestra dirección. Teniendo en cuenta su velocidad estimada, como algo así entre diez y treinta nudos, podría encontrarse en cualquier posición entre aquí, debajo de Islandia, y aquí, prácticamente frente a nuestras costas. Ustedes deben notar que, cualquiera que sea el caso, ha tenido éxito al evitar la detección de las cuatro barreras del Sistema de Control de Vigilancia de Sonar...

—Espere un momento. ¿Dice usted que han emitido órdenes a sus buques para que hundan uno de sus propios submarinos?

—Sí, señor Presidente.

El Presidente miró al director de la central de inteligencia.

—¿Esta información es de confianza, juez?

—Sí, señor Presidente, la hemos considerado sólida.

—Muy bien, doctor Ryan, todos estamos esperando. ¿Qué se propone este individuo, Ramius?

—Señor Presidente, según nuestra evaluación de este informe de inteligencia, el Octubre Rojo está intentando desertar a Estados Unidos.

La sala quedó en completo silencio durante unos momentos. Ryan pudo oír el chirrido del ventilador del proyector de diapositivas mientras el Consejo Nacional de Seguridad medía el peso de lo que acababa de escuchar. Apoyó las manos en el atril para evitar que temblaran bajo la fija mirada de los diez hombres que tenía frente a él.

—Es una conclusión muy interesante, doctor —sonrió el Presidente—. Defiéndala.

—Señor Presidente, ninguna otra conclusión corresponde a la información. El factor crucial, naturalmente, es la llamada a los otros submarinos lanzamisiles. Nunca lo habían hecho antes. Si agregamos a esto el hecho de que hayan emitido órdenes de hundir el más moderno y poderoso de sus submarinos lanzamisiles, y que están buscándolo en esta dirección, se llega a la conclusión de que ellos piensan que ha desertado y se dirige hacia aquí.

—Muy bien, ¿qué otra cosa podía ser?

—Señor, Ramius podría haberles dicho que se propone disparar sus misiles. A nosotros, a ellos, a los chinos o a cualquier otro.

—¿Y usted no cree eso?

—No, señor Presidente. El SS-N-20 tiene un alcance de más de diez mil kilómetros. Eso significa que él podría haber alcanzado cualquier objetivo del hemisferio norte desde el momento en que abandonó el muelle. Ha tenido seis días para hacerlo, pero no ha disparado. Más aún, si él hubiera amenazado con lanzar sus proyectiles, habría tenido que considerar la posibilidad de que los soviéticos pidieran nuestra ayuda para localizarlo y hundirlo. Después de todo, si nuestros sistemas de vigilancia detectan el lanzamiento de misiles con armas nucleares en cualquier dirección, las cosas pueden ponerse muy tensas, rápidamente.

—Usted comprende que él puede lanzar sus misiles en ambas direcciones y comenzar la tercera guerra mundial —observó el secretario de Defensa.

—Sí, señor secretario. En ese caso, se trataría de un hombre completamente loco... en realidad, más de uno. En nuestros submarinos lanzamisiles hay cinco oficiales, que deben estar todos de acuerdo y actuar simultáneamente para disparar los misiles. Los soviéticos tienen el mismo número. Por razones políticas, sus procedimientos de seguridad con cabezas nucleares son todavía más complejos que los nuestros. Cinco o más personas, ¿y todas ellas dispuestas a terminar con el mundo? —Ryan sacudió la cabeza—. Eso parece muy poco probable, señor, y, asimismo, los soviéticos no dudarían en solicitar nuestra ayuda.

—¿Usted cree sinceramente que ellos nos informarían? —preguntó el doctor Pelt. Su tono indicaba cuál era su pensamiento.

—Señor, esa pregunta es más psicológica que técnica, y yo me ocupo fundamentalmente de inteligencia técnica. Algunos de los hombres que se encuentran en esta sala han conocido a sus contrapartes soviéticas y están en mejores condiciones que yo para contestar a eso. Sin embargo, mi respuesta a su pregunta es que sí. Sería la única cosa racional que podrían hacer, y si bien yo no considero a los soviéticos como enteramente racionales según nuestras pautas, ellos son racionales según las propias. No se muestran inclinados a esta clase de juego de mucho riesgo.

—¿Y quién lo hace? —preguntó el Presidente—. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Varias cosas, señor. Podría ser simplemente un ejercicio naval mayor apuntado a establecer su capacidad para acercarse a nuestras líneas de comunicaciones y nuestra capacidad para responder, ambas cosas con avisos de pocas horas. Rechazamos esta posibilidad por varias razones. Es demasiado pronto después de su ejercicio naval de otoño, CRIMSON STORM, y están utilizando sólo submarinos nucleares; al parecer no emplean ningún submarino con motores diesel. Es muy claro que la velocidad constituye un requisito imprescindible en sus operaciones. Y, ya como aspecto práctico, no realizan ejercicios mayores en esta época del año.

—¿Y eso por qué? —preguntó el Presidente.

El almirante Foster respondió por Ryan.

—Señor Presidente, en esta época del año el tiempo es extremadamente malo allá arriba. Ni siquiera nosotros planeamos ejercicios en esas condiciones.

—Creo recordar —observó Pelt— que acabamos de cumplir un ejercicio de la OTAN, almirante.

—Sí, señor, al sur de las Bermudas, donde el tiempo es mucho mejor. A excepción de un ejercicio antisubmarino frente a las Islas Británicas, todo el NIFrv DOLPHIN, se realizó sobre nuestro lado del lago.

—Muy bien, volvamos a ver qué otra cosa puede estar haciendo su flota —ordenó el Presidente.

—Bien, señor, podría no ser ninguna clase de ejercicio, en realidad. Podría ser algo verdadero. Podría ser el comienzo de una guerra convencional contra la OTAN, en el que el primer paso fuera la ruptura de nuestras líneas de comunicaciones marítimas. De ser así, ellos han logrado una absoluta sorpresa estratégica y ahora la están desperdiciando porque operan en una forma tan abierta que sería imposible que nosotros no reaccionáramos. Más

aún, no hay una actividad correspondiente en las otras fuerzas armadas. Tanto su ejército como su fuerza aérea, a excepción de los aviones de exploración marítima, y su flota del Pacífico, están dedicados a sus operaciones de entrenamiento de rutina.

»Finalmente, esto podría ser un intento de provocarnos o distraernos, atrayendo nuestra atención sobre esto mientras ellos se preparan para saltar por sorpresa en alguna otra parte. Si es así, lo están haciendo en una forma muy extraña. Si alguien trata de provocar a otro, no lo hace en sus propias narices. El Atlántico, señor Presidente, todavía es nuestro océano. Como usted puede ver en esta carta, tenemos bases aquí en Islandia, en las Azores, y hacia arriba y abajo sobre nuestras costas. Tenemos aliados en ambos lados del océano y podemos establecer superioridad aérea sobre todo el Atlántico si lo deseamos. La Marina soviética es numéricamente grande, más grande que la nuestra en algunas áreas críticas, pero ellos no pueden proyectar la fuerza tan bien como nosotros, todavía no, por lo menos, y ciertamente no pueden hacerlo justo frente a nuestras costas. —Ryan bebió un trago de agua.

»Entonces, caballeros, tenemos un submarino soviético lanzamisiles en el mar cuando todos los otros, en ambos océanos, han sido llamados de vuelta a sus bases. Tenemos su flota en el mar, con órdenes de hundir ese submarino, y es evidente que lo están persiguiendo en nuestra dirección. Como dije antes, ésta es la única conclusión que concuerda con la información recibida.

—¿Cuántos hombres hay en el submarino, doctor? —preguntó el Presidente.

—Creemos que son unos ciento diez, más o menos, señor.

—Así que ciento diez hombres han decidido desertar a Estados Unidos de una sola vez. La idea no sería del todo mala —observó con ironía el Presidente—, pero difícilmente probable.

Ryan estaba listo para eso.

—Existe un antecedente, señor. El 8 de noviembre de 1975, la Storozhevoy, una fragata soviética lanzamisiles de la clase Krivak, intentó pasar de Riga, Letonia, a la isla sueca de Gotland. El oficial político que se hallaba a bordo, Valery Sablin, dirigió un amotinamiento de los hombres de tropa. Encerraron a sus oficiales en sus camarotes y abandonaron el muelle rápidamente. Estuvieron a punto de lograrlo. Fueron atacados por unidades aéreas y de la flota que los obligaron a detenerse cuando se hallaban a cincuenta millas de las aguas territoriales de Suecia. Dos horas más y hubieran tenido éxito. Sometieron a cortes marciales a Sablin y otros veintiséis y los fusilaron. Más recientemente, hemos tenido informes de

episodios de amotinamiento en varias naves soviéticas, especialmente submarinos. En 1980, un submarino soviético de ataque, de la clase Echo, emergió frente a Japón. El comandante adujo haber tenido un incendio a bordo, pero las fotografías tomadas por aviones navales de reconocimiento, nuestros y japoneses, no mostraron humo ni restos dañados por el fuego que hubieran sido lanzados por el submarino. Pero los hombres de la dotación mostraban suficientes evidencias emocionales como para apoyar la conclusión de que se había producido un motín a bordo. Hemos tenido otros informes similares, aunque incompletos, en los últimos años. Si bien yo admito que éste es un ejemplo extremo, decididamente no faltan antecedentes a nuestra conclusión.

El almirante Foster buscó en el interior de su chaqueta y sacó un cigarro con boquilla plástica. Sus ojos brillaban detrás del fósforo.

—Bueno, señores, yo me inclino a creer que esto es posible.

—Entonces quiero que usted nos diga a todos el porqué, almirante —dijo el Presidente—, porque yo todavía no lo creo.

—Señor Presidente, la mayoría de los motines son conducidos por oficiales, no por hombres de tropa. La razón de esto es muy simple: los hombres de tropa no saben cómo dirigir el buque. Más aún, los oficiales tienen la ventaja y los antecedentes de educación como para saber que una rebelión con éxito es posible. Estos dos factores serían aún de mayor peso en la Marina soviética. ¿Acaso no es posible que sean sólo los oficiales los que estén haciendo esto?

—¿Y el resto de la tripulación los acompaña? —preguntó Pelt—. ¿Sabiendo lo que les ocurrirá a ellos y a sus familias?

Foster chupó varias veces su cigarro.

—¿Alguna vez ha estado navegando en el mar, doctor Pelt? ¿No? Imaginemos por un momento que usted está haciendo un crucero por el mundo, en el Queen Elizabeth, digamos. Cierta hermosa día usted se encuentra en medio del Océano Pacífico... pero ¿cómo sabe exactamente dónde está? No lo sabe. Usted sabe lo que los oficiales le dicen. Ah, por supuesto, si usted conociera un poquito de astronomía podría ser capaz de estimar su latitud con un error de unos cientos de millas. Con un buen reloj y ciertos conocimientos de trigonometría esférica, hasta puede averiguar la longitud aproximada, también dentro de unos cientos de millas. ¿De acuerdo? Eso en un barco desde el cual usted puede ver.

»Estos hombres están en un submarino. No se puede ver absolutamente nada. Entonces, ¿qué pasa si los oficiales, ni siquiera todos los oficiales, están haciendo esto? ¿Cómo sabe la dotación lo que está ocurriendo? —Foster

sacudió la cabeza—. No lo saben. No pueden. Ni siquiera nuestros hombres podrían saberlo, y los nuestros están mucho mejor entrenados que los de ellos. Los tripulantes que ellos tienen son casi todos muchachos que están haciendo el servicio militar, no lo olvide. En un submarino nuclear, la gente se halla absolutamente aislada del mundo exterior. No hay radios, excepto las de bajísima frecuencia y las de muy baja frecuencia, y lo que se recibe está todo en clave; los mensajes tienen que pasar por el oficial de comunicaciones. De modo que él tendría que estar confabulado. Lo mismo que el navegador del submarino. Utilizan sistemas de navegación inercial, igual que nosotros. Tenemos uno de ellos, de aquel Golf que recuperamos en Hawai. En sus máquinas, la información también está en clave. El cabo de guardia lee los números en la máquina y el navegador obtiene la posición consultando un libro. En el Ejército Rojo, en tierra, los mapas son documentos secretos. Otro tanto ocurre en la Marina. Los tripulantes no tienen oportunidad de ver las cartas ni hay motivo por el que deban saber dónde están. Y esto es especialmente cierto en los submarinos lanzamisiles, ¿no es así?

»Y además de todo eso, estos tipos son marineros trabajadores, casi autómatas. Cuando están en el mar, tienen que realizar determinado trabajo, y lo hacen. En sus buques, eso significa de catorce a dieciocho horas por día. Estos chicos son todos de leva con un entrenamiento muy sencillo. Les enseñan a hacer dos o tres cosas... y a cumplir exactamente sus órdenes. Los soviéticos entrenan a la gente para que cumplan su trabajo maquinalmente, pensando lo menos posible. Por eso en los trabajos de reparaciones mayores se pueden ver oficiales que tienen herramientas en las manos. Sus hombres no tendrán ni tiempo ni inclinación para preguntar a sus oficiales qué está pasando. Cada uno cumple con su trabajo y depende de todos los demás, que deben hacer el suyo. En eso consiste la disciplina en el mar. —Foster depositó la ceniza de su cigarro en un cenicero—. Sí, señor, si usted consigue que los oficiales estén de acuerdo, tal vez ni siquiera todos ellos, esto tendrá éxito. Lograr que se pongan de acuerdo diez o doce disidentes es mucho más fácil que reunir cien.

—Más fácil, sí. Pero difícilmente será fácil, Dan —objetó el general Hilton—. Por Dios, tienen como mínimo un oficial político a bordo, además de los engendros de sus equipos de inteligencia. ¿Usted cree realmente que un esclavo del partido haría una cosa así?

—¿Por qué no? Usted oyó a Ryan... el motín de esta fragata estuvo originado por el oficial político.

—Sí, y desde entonces han reorganizado íntegramente ese directorio —respondió Hilton.

—Siempre tenemos tipos de la KGB que desertan, y todos buenos miembros del partido —dijo Foster. Era muy claro que le gustaba la idea de un submarino ruso desertor.

El Presidente escuchó y consideró todo lo dicho, luego se volvió hacia Ryan.

—Doctor Ryan, usted ha logrado persuadirme de que la situación es teóricamente posible. Ahora bien, ¿qué piensa la CIA que deberíamos hacer al respecto?

—Señor Presidente, yo soy analista de inteligencia, no...

—Yo sé muy bien qué es usted, doctor Ryan. He leído bastante de su trabajo. Me doy cuenta de que usted tiene una opinión, y quiero escucharla.

Ryan ni siquiera miró al juez Moore.

—Nos apoderamos de él, señor.

—¿Sin más?

—No, señor Presidente, probablemente no. Sin embargo, Ramius podría emerger frente a Virginia Capes en uno o dos días más, y solicitar asilo político. Nosotros debemos estar preparados para esa contingencia, señor, y mi opinión es que debemos recibirlo con los brazos abiertos. —Ryan pudo ver las cabezas de los jefes, que se movían en señal de asentimiento. Por fin alguien estaba de su lado.

—Está exponiendo su cuello en esto —observó amablemente el Presidente.

—Señor, usted me pidió una opinión. Es probable que no sea tan fácil. Esos Alfa y Victor que avanzan a toda velocidad hacia nuestra costa, es casi seguro que tienen la intención de establecer una fuerza de disuasión... con el efecto de un bloqueo de nuestra costa Atlántica.

—Bloqueo —dijo el Presidente—. Una palabra horrible.

—Juez —dijo el general Hilton—. Supongo que se le habrá ocurrido que esto podría ser un elemento de desinformación apuntado a desprestigiar la fuente que generó este informe, por más elevada que sea.

El juez Moore adoptó una sonrisa de aburrimiento.

—Sí, general, se me ha ocurrido. Si esto es un engaño, es más complejo que mil demonios. Se indicó al doctor Ryan, que prepara esta exposición, basándonos en que la información es genuina. Si no lo es, la responsabilidad es mía. —“Que Dios lo bendiga, juez”, se dijo Ryan a sí mismo, y se preguntó al mismo tiempo cuánto tendría de confiable la fuente WILLOW. El juez continuó—. De cualquier manera, caballeros, tendremos que responder a esta actividad soviética, sea o no acertado nuestro análisis.

—¿Está esperando usted confirmación sobre esto, juez? —preguntó el Presidente.

—Sí, señor, estamos trabajando en eso.

—Bien. —El Presidente se había erguido en su sillón y Ryan notó que su voz tomaba un tono resuelto—. El juez tiene razón. Tenemos que reaccionar a esto, cualquiera que sea el objetivo que se proponga. Caballeros, la Marina soviética se dirige a nuestras costas. ¿Qué estamos haciendo nosotros al respecto?

El primero en contestar fue el almirante Foster.

—Señor Presidente, nuestra flota está haciéndose a la mar en este momento. Todo lo que echa humo ya ha zarpado, o lo hará antes de mañana por la noche. Hicimos volver a nuestros portaaviones del Atlántico Sur y estamos modificando el despliegue de nuestros submarinos nucleares para vérselas con esta amenaza. Esta mañana comenzamos a saturar el aire sobre las fuerzas de superficie soviéticas con aviones de patrullaje P-3C Orion, complementados por Nimrods británicos que salen de Escocia: ¿General? —Foster se volvió en dirección a Hilton.

—En este momento tenemos aviones E-3A Sentry, del tipo AWACS (sistema de vigilancia aérea) dando vueltas alrededor de ellos junto con los Orion de Dan, y acompañados por máquinas de combate F-15 Eagle provenientes de Islandia. El viernes a esta hora tendremos un escuadrón de B-52 que va a operar desde la Base Loring de la Fuerza Aérea, en Maine. Irán armados con misiles aire-superficie Harpoon, y comenzarán a orbitar sobre los soviéticos por tandas. Nada agresivo, se comprende. —Hilton sonrió—. Sólo para que sepan que estamos interesados. Si continúan avanzando en esta dirección, vamos a cambiar el despliegue de algunos efectivos tácticos sobre la costa del este y, sujeto a su aprobación, podemos activar algunos escuadrones de reserva y de la guardia nacional sin hacer mucho ruido.

—¿Y cómo podrá hacer eso tan silenciosamente? —preguntó Pelt.

—Doctor Pelt, tenemos cierto número de organizaciones de la guardia programadas para trasladarse a nuestras instalaciones Red Flag en Nellis, Nevada, a partir de este domingo, una rotación de entrenamiento de rutina. Los mandamos a Maine en lugar de Nevada. Las bases son bastante grandes y pertenecen al SAC. —Hilton se refería al Comando Aéreo Estratégico—. Tienen un buen sistema de seguridad.

—¿Cuántos portaaviones tenemos a mano? —preguntó el Presidente.

—Sólo uno por el momento, señor, el Kennedy. El Saratoga tuvo averías en una turbina principal la semana pasada, y llevará un mes reemplazarla. El Nimitz y el America están en el Atlántico Sur en este momento, el América

regresando del Océano Indico, y el Nimitz navegando hacia el Pacífico. Mala suerte. ¿Podemos llamar un portaaviones del Mediterráneo occidental?

—No —el Presidente sacudió la cabeza—. El asunto de Chipre todavía está muy sensible. ¿Necesitamos realmente hacerlo? Si algo... llegara a ocurrir, ¿podemos manejar su fuerza de superficie con lo que tenemos a mano?

—¡Sí, señor! —exclamó de inmediato el general Hilton—. El doctor Ryan lo dijo: el Atlántico es nuestro océano. La Fuerza Aérea sola tendrá más de quinientos aviones asignados a esta operación, y otros trescientos o cuatrocientos de la Marina. Si empieza cualquier tipo de concurso de tiro, esa flota soviética va a tener una emocionante y corta vida.

—Vamos a tratar de evitarlo, por supuesto —dijo con calma el Presidente—. Los primeros informes de prensa salieron a la superficie esta mañana. Recibimos una llamada de Bud Wilkins del Times, poco antes del almuerzo. Si el pueblo norteamericano descubre demasiado pronto cuál es el alcance de esto... ¿Jeff?

—Señor Presidente, vamos a imaginar por el momento que el análisis del doctor Ryan sea correcto. No veo qué podemos hacer nosotros al respecto —dijo Pelt.

—¿Cómo? —saltó bruscamente Ryan—. Ejem... lo siento, señor.

—No podemos robar un submarino soviético.

—¡Por qué no! —replicó Foster—. Diablos, tenemos bastantes tanques y aviones de ellos. —Los otros jefes aprobaron.

—Un avión, con una tripulación de uno o dos, es una cosa, almirante. Un submarino nuclear con veintiséis cohetes y una dotación de más de cien hombres es algo diferente. Por supuesto, podemos dar asilo a los oficiales desertores.

—De modo que usted dice que si esta cosa entra navegando en Norfolk —opinó Hilton—, inosotros lo devolvemos! Cristo, hombre, ¡lleva doscientas cabezas de guerra! Hasta podría llegar a usar esas malditas cosas contra nosotros algún día, usted lo sabe. ¿Está seguro de que quiere devolverlas?

—General, ese material vale mil millones de dólares —dijo Pelt tímidamente.

Ryan vio sonreír al Presidente. Se decía de él que le gustaban las discusiones animadas.

—Juez, ¿cuáles son las ramificaciones legales?

—Eso es derecho marítimo, señor Presidente. —Por una vez, Moore pareció inquieto—. Yo no he tenido mayormente práctica en ese aspecto; tendría que volver a la escuela de leyes. El derecho del mar es jus gentium;

los mismos códigos legales se aplican teóricamente a todos los países. Las cortes de derecho marítimo norteamericanas y británicas citan normalmente las leyes de uno u otro. Pero con respecto a los derechos relacionados con una dotación amotinada... no tengo idea.

—Juez, esto no se trata de amotinamiento ni piratería —aclaró Foster—. El término correcto es baratería, creo. Amotinamiento es la rebelión de la tripulación contra la autoridad legal. La conducta grave de los oficiales contra el armador de la nave se llama baratería. De cualquier manera, no me parece que debamos agregar desatinadas sutilezas a una situación referida a armas nucleares.

—Podríamos, almirante —comentó el Presidente, reflexionando—. Como lo expresó Jeff, éste es un bien de muy alto valor, propiedad legal de ellos, y ellos sabrán que lo tenemos. Creo que hemos estado de acuerdo en que no toda la tripulación debe participar en esto. Si es así, los que no hayan tomado parte en el amotinamiento... o baratería, o lo que sea, querrán regresar a su casa cuando todo termine. Y nosotros tendremos que dejarlos ir, ¿no es así?

—¿Tendremos? —El general Maxwell estaba garabateando en una libreta—. ¿Tendremos?

—General —dijo con firmeza el Presidente—, nosotros no seremos, y lo repito, no seremos, parte si se trata de poner en prisión o asesinar a hombres cuyo único deseo es regresar a su hogar y su familia. ¿Han comprendido? —Miró a todos alrededor de la mesa—. Si ellos saben que tenemos el submarino, querrán que se lo devolvamos. Y sabrán que lo tenemos por los tripulantes que quieren volver a su casa. De todos modos, una cosa grande como es ésta, ¿cómo podríamos esconderla?

—Podríamos hacerlo —dijo Foster con frialdad—, pero, como usted dice, los tripulantes son una complicación. Supongo que tendremos oportunidad de inspeccionarlo.

—¿Usted se refiere a una cuarentena para inspección, control de navegabilidad, asegurarnos tal vez de que no estén haciendo tráfico de drogas en nuestro país? —El Presidente sonrió—. Creo que eso podría agregarse. Pero nos estamos adelantando. Hay muchas cosas que tratar antes de llegar a ese punto. ¿Qué hay con respecto a nuestros aliados?

—Hasta hace muy poco los ingleses tenían aquí uno de sus portaaviones. ¿Usted podría usarlo, Dan? —preguntó el general Hilton.

—Si ellos nos lo prestan, sí. Nosotros acabamos de finalizar un ejercicio de guerra antisubmarina al sur de las Bermudas, y los británicos se desempeñaron muy bien. Podríamos utilizar el Invencible, los cuatro buques

escolta y los tres submarinos de ataque. Debido a todo esto se ha llamado a la fuerza para que regrese a toda máquina.

—¿Ellos saben cómo está el asunto, juez? —preguntó el Presidente.

—No, a menos que lo hayan descubierto por sí mismos. Esta información no tiene más que unas pocas horas. —Moore no reveló que Sir Basil tenía su propio oído en el Kremlin. El mismo Ryan no sabía mucho sobre él, sólo conocía algunos rumores desconectados—. Con su permiso, he pedido al almirante Greer que esté listo para volar a Inglaterra para explicar todo a la Primera Ministra.

—Por qué no le enviamos solamente...

El juez Moore estaba sacudiendo la cabeza.

—Señor Presidente, esta información... digamos que sólo debe ser entregada personalmente. —Alrededor de toda la mesa se levantaron las cejas.

—¿Cuándo va a partir?

—Esta noche, si usted desea. Hay un par de vuelos de ejecutivos que salen esta noche de Andrews. Vuelos de congresistas. —Era el acostumbrado período de vacaciones después del fin de las sesiones. La Navidad en Europa, en misiones de estudio.

—General, ¿no tenemos nada más rápido? —preguntó a Hilton el Presidente.

—Podemos sacar un VC-141. El Lockheed Jet Star es casi tan rápido como el VC-135, y puede estar en vuelo en media hora.

—Hágalo.

—Sí, señor, voy a llamar de inmediato. —Hilton se puso de pie y caminó hacia el teléfono.

—Juez, diga a Greer que prepare sus maletas. Una carta mía para la Primera Ministra estará esperándolo en el avión. Almirante, ¿usted quiere el Invencible?

—Sí, señor.

—Yo se lo conseguiré. El punto siguiente: ¿qué diremos a nuestra gente que está en el mar?

—Si el Octubre se limita a entrar en puerto, no será necesario, pero si tenemos que comunicarnos con él...

—Si usted me permite, juez —dijo Ryan—, es muy probable que ocurra... que tengamos que comunicarnos. Es casi seguro que ellos tengan sus submarinos de ataque sobre la costa antes de que el Octubre llegue aquí. De ser así, tendremos que prevenirlo para que se aleje, por lo menos para salvar a los oficiales desertores. Ellos han salido para localizarlo y hundirlo.

—Nosotros no lo hemos detectado. ¿Qué le hace pensar que ellos puedan? —preguntó Foster, algo ofendido ante la sugerencia.

—Almirante, ellos lo construyeron. Así que pueden conocer cosas sobre él que les permitan localizarlo más fácilmente que nosotros.

—Es razonable —dijo el Presidente—. Eso significa que alguien deberá ir a explicar todo esto a los comandantes de la flota. No podemos transmitirlo por radio, ¿no es así, juez?

—Señor Presidente, esta fuente es demasiado valiosa como para comprometerla de cualquier manera. Eso es todo lo que puedo decir aquí, señor.

—Muy bien, alguien saldrá en vuelo. Lo que sigue: tendremos que hablar de esto con los soviéticos. Por el momento, pueden decir que están operando en aguas propias. ¿Cuándo pasarán Islandia?

—Mañana por la noche, a menos que cambien de rumbo —respondió Foster.

—Muy bien, juez, esperaremos un día, para que ellos den marcha atrás y para que nosotros podamos confirmar este informe. Quiero algo que respalde este cuento de hadas en veinticuatro horas. Si ellos no regresan antes de mañana a medianoche, el viernes por la mañana llamaré a mi despacho al embajador Arbatov. —Se volvió en dirección a los jefes de las fuerzas—. Caballeros, quiero ver planes alternativos para afrontar esta situación, para mañana por la tarde. Nos reuniremos aquí mañana a las dos. Una cosa más: ique no haya filtraciones! Esta información no sale de esta sala sin mi autorización personal. Si este asunto llega a la prensa, habrá algunas cabezas sobre mi escritorio. ¿Sí, general?

—Señor Presidente, para poder desarrollar estos planes —dijo Hilton después de volver a sentarse—, tenemos que trabajar a través de nuestros comandantes subordinados y algunos hombres propios de operaciones. Por cierto que necesitaremos al almirante Blackburn. —Blackburn era el comandante en jefe del Atlántico.

—Déjenme pensarlo. Le contestaré dentro de una hora. ¿Cuánta gente de la CIA conoce esto?

—Cuatro, señor. Ritter, Greer, Ryan y yo, señor. Nadie más.

—Manténgalo así. —Las filtraciones de seguridad estaban trastornando al Presidente desde hacía meses.

—Sí, señor Presidente.

—Se levanta la sesión.

El Presidente se puso de pie. Moore dio unos pasos alrededor de la mesa para evitar que se fuera de inmediato. El doctor Pelt también se quedó,

mientras el resto abandonaba la sala. Ryan permaneció de pie fuera de la puerta.

—Estuvo muy bien. —El general Maxwell le tomó la mano. Esperó hasta que todos los demás se alejaron unos metros antes de seguir—. Creo que usted está loco, hijo, pero ha puesto un erizo en la montura de Dan Foster. No, mejor aún: creo que lo pasó bastante mal. —El pequeño general soltó una risita—. Y si conseguimos el submarino, a lo mejor podemos hacer cambiar de idea al Presidente y arreglar las cosas para que la tripulación desaparezca. El juez lo hizo una vez, ¿sabe? —Fue un pensamiento que dejó helado a Ryan mientras observaba a Maxwell, que se alejaba contoneándose por el corredor.

—Jack, ¿quiere volver aquí un momento? —llamó la voz de Moore.

—Usted es historiador, ¿no? —preguntó el Presidente, revisando sus anotaciones. Ryan ni siquiera lo había visto con el lápiz en la mano.

—Sí, señor Presidente. Mi título es de esa especialidad. —Ryan le estrechó la mano.

—Usted tiene un agudo sentido para lo dramático, Jack. Habría sido un excelente abogado en los juicios. —El Presidente se había hecho una reputación como inexorable fiscal. A poco de iniciar su carrera pudo sobrevivir en un fracasado intento de asesinato por parte de la mafia, hecho que no afectó en lo más mínimo sus ambiciones políticas—. Muy buena su exposición.

—Gracias, señor Presidente. —Ryan estaba radiante.

—Me dice el juez que usted conoce al comandante de esa fuerza británica.

Fue como si le hubieran golpeado la cabeza con una bolsa de arena.

—Sí, señor. El almirante White. Yo he salido a cazar con él y nuestras esposas son buenas amigas. Tienen una estrecha relación con la familia real.

—Bien. Alguien tiene que salir en vuelo para dar las explicaciones a nuestros comandantes de la flota, y luego seguir para hablar con los británicos, si conseguimos su portaaviones como espero. El juez dice que deberíamos enviar al almirante Davenport con usted. De modo que usted volará esta noche hasta el Kennedy, y después seguirá hasta el Invencible.

—Señor Presidente, yo...

—Vamos, doctor Ryan. —Pelt sonreía ligeramente—. Usted es la única persona indicada para hacer esto. Ya tiene acceso a las organizaciones de inteligencia, conoce al comandante británico y es especialista en inteligencia naval. Usted es el más apto. Dígame, ¿hasta dónde cree usted que llegará la ansiedad de la Marina para conseguir ese Octubre Rojo?

—Naturalmente, tienen mucho interés en él, señor. Tener la oportunidad de verlo e inspeccionarlo, y mejor aún, de navegarlo, desarmarlo y armarlo y navegarlo una vez más. Sería el golpe de inteligencia de todos los tiempos.

—Eso es cierto. Pero quizás estén un poquito demasiado ansiosos.

—No entiendo qué quiere decir, señor —dijo Ryan, aunque lo entendía perfectamente. Pelt era el favorito del Presidente. No era el favorito del Pentágono.

—Ellos podrían asumir algún riesgo que tal vez nosotros no queramos que corran.

—Doctor Pelt, si usted está diciendo que un oficial uniformado podría...

—Él no está diciendo eso. Por lo menos no exactamente. Lo que está diciendo es que podría ser muy útil para mí tener a alguien allá que estuviera en condiciones de darme un punto de vista independiente y civil.

—Señor, usted no me conoce.

—He leído muchos de sus informes. —El jefe del ejecutivo estaba sonriendo. Se decía que era capaz de conectar y desconectar un deslumbrante encanto como una lámpara eléctrica. Ryan estaba sufriendo la ceguera, lo sabía, y no podía hacer nada al respecto—. Me gusta su trabajo. Tiene buen tacto para las cosas, para los hechos. Buen juicio. Y bien, una de las razones que me han traído adonde estoy es justamente el buen juicio, y creo que usted puede manejar bien lo que tengo en la cabeza. La única duda es: ¿lo hará usted, o no?

—¿Hacer qué exactamente, señor?

—Después que llegue allá, se queda por unos días y me informa directamente a mí. No a través de los canales ordinarios, directamente a mí. Tendrá la cooperación que necesite. Me encargaré de eso.

Ryan no dijo una palabra. Iba a convertirse en un espía, un oficial avanzado, con aval presidencial. Peor, estaría espiando en su propio lado.

—No le gusta la idea de informar sobre su propia gente, ¿verdad? No será así. No, realmente. Como dije antes, quiero una opinión civil e independiente. Preferiríamos enviar un oficial experimentado, pero queremos minimizar el número de personas que intervienen en esto. Si enviáramos allá a Ritter o Greer sería demasiado obvio, mientras que usted, en cambio, es un relativo...

—¿Don nadie? —preguntó Jack.

—En lo que a ellos concierne, sí —replicó el juez Moore—. Los soviéticos tienen un legajo sobre usted, yo he visto partes de él. Piensan que usted es un play boy de primera clase, Jack.

"Soy un play boy", pensó Ryan, impasible ante el desafío implícito. "En esta compañía, diablos si lo soy".

—De acuerdo, señor Presidente. Discúlpeme por favor por haber dudado. Nunca he actuado como oficial de avanzada.

—Comprendo. —El Presidente se mostraba magnánimo en la victoria—. Otra cosa. Si yo entiendo cómo operan los submarinos, Ramius podría haber zarpado sin decir nada. ¿Por qué avisarles? ¿Por qué la carta? Por lo que yo veo, es contraproducente.

En ese momento fue el turno de Ryan para sonreír.

—¿Alguna vez conoció a un submarinista, señor? ¿No? ¿Y a un astronauta?

—Por supuesto, he conocido a varios de los pilotos de la Lanzadera Espacial.

—Son todos de la misma raza, señor Presidente. En cuanto al porqué de haber dejado la carta, la respuesta tiene dos partes. Primero, está probablemente loco por algún motivo, y lo sabremos exactamente cuando lo veamos. Segundo, supone que puede tener éxito sin importarle con qué pretendan detenerlos... y quiere que ellos lo sepan. Señor Presidente, los hombres que se dedican a conducir submarinos como medio de vida son agresivos, seguros de sí mismos y muy, muy astutos. Nada les gusta más que hacer aparecer a otros, un operador de buque de superficie, por ejemplo, como verdaderos idiotas.

—Acaba de anotarse otro punto en su favor, Jack. Los astronautas que he conocido son, en la mayoría de sus cosas, manifiestamente humildes, pero cuando se trata del vuelo creen que son dioses. No lo olvidaré. Jeff, volvamos a trabajar. Jack, manténgame informado.

Ryan volvió a estrecharle la mano. Después de que el Presidente y su asesor se marcharon, se volvió en dirección al juez Moore.

—Juez, ¿qué diablos le dijo sobre mí?

—Solamente la verdad, Jack. —En realidad, el juez había querido que la operación fuera controlada por alguno de los más altos funcionarios especializados de la CIA. Ryan no formaba parte de sus planes, pero es sabido que los presidentes echan a perder a menudo muchos planes cuidadosamente pensados. El juez lo tomó con filosofía.

"Éste es un gran paso adelante en su vida, si cumple correctamente su tarea. Diablos, hasta puede ocurrir que le guste.

Ryan estaba seguro de que no sería así, y estaba en lo cierto.

Dirección General de la CIA

No pronunció una palabra en todo el camino de regreso a Langley. El automóvil del director entró en el aparcamiento del subsuelo; allí descendieron del vehículo y tomaron el ascensor privado que los condujo directamente al despacho de Moore. La puerta del ascensor estaba disimulada como uno más de los paneles de la pared; algo que resultaba conveniente aunque un poco melodramático, pensó Ryan. El director general fue de inmediato a su escritorio y descolgó un teléfono.

—Bob, necesito que venga enseguida. —Echó una ojeada a Ryan, quien aguardaba de pie en medio del salón—. ¿Está deseando empezar esto, Jack?

—Naturalmente, juez —respondió Ryan sin entusiasmo.

—Comprendo cómo se siente con este asunto de espionaje, pero sucede que todo esto podría evolucionar hacia una situación en extremo sensible. Debería sentirse tremendamente halagado por el hecho de que se confíe en usted para esto.

Ryan captó el mensaje entre líneas en el momento en que Ritter hacía su entrada como Pedro por su casa.

—¿Qué pasa, juez?

—Vamos a iniciar una operación. Ryan partirá en vuelo hacia el Kennedy junto con Charlie Davenport para hacer una exposición ante los comandantes de la flota sobre este asunto del Octubre. El Presidente quedó convencido.

—Así lo supuse. Greer salió para Andrews poco antes de que usted llegara. ¿De modo que Ryan irá allá en avión?

—Sí. Jack, su consigna es la siguiente: puede desarrollar su exposición ante el comandante de la flota y Davenport, eso es todo. Lo mismo con respecto a los británicos. Si Bob puede confirmar WILLOW, la información podrá difundirse, pero sólo en cuanto sea absolutamente necesario. ¿Está claro?

—Sí, señor. Supongo que alguien habrá dicho al Presidente que es difícil lograr algo si nadie sabe qué diablos está pasando. Especialmente los tipos que están haciendo el trabajo.

—Yo sé lo que usted dice, Jack. Tenemos que hacer cambiar al Presidente en su forma de pensar sobre esto. Lo haremos, pero entretanto, recuerde... él es el que manda. Bob, tendremos que inventar algo en seguida que vaya bien a Jack.

—¿Un uniforme de oficial naval? Hagámoslo capitán de fragata, tres franjas, las cintas de condecoraciones acostumbradas. —Ritter examinó a

Ryan—. Digamos un cuarenta y dos grande. Podemos tenerlo vestido en una hora, espero. ¿Tiene algún nombre esta operación?

—Eso es lo que sigue. —Moore descolgó de nuevo su teléfono y marcó cinco números—. Necesito dos palabras... Ah, gracias —escribió algunas cosas—. Muy bien, caballeros, esta operación se llamará MANDOLINA. Usted, Ryan, es Magi. Será fácil de recordar, dada la época del año. Vamos a establecer una serie de palabras en clave basadas en éstas mientras lo preparan a usted. Bob, llévalo abajo personalmente. Yo llamaré a Davenport para que él arregle el vuelo.

Ryan siguió a Ritter hasta el ascensor. Las cosas iban progresando con demasiada rapidez; todo el mundo se estaba mostrando demasiado brillante, pensó. Esa operación, MANDOLINA, ya estaba corriendo al frente antes de que ellos mismos supieran qué demonios iban a hacer, y mucho menos cómo. Y la elección de su nombre clave le resultó chocante y singularmente inapropiada. Debió ser algo parecido a Halloween.

EL SÉPTIMO DÍA

Jueves, 9 de diciembre

El Atlántico Norte

Cuando Samuel Johnson dijo que navegar en un barco era "como estar en la cárcel, con la probabilidad de que lo ahogaran", por lo menos tenía el consuelo de viajar hasta su barco en un carruaje seguro, pensó Ryan. En ese momento él estaba en viaje para embarcarse, pero antes de llegar a su buque corría el albur de quedar convertido en pulpa roja en un accidente de aviación. Jack iba sentado, encorvado, en el asiento del lado de babor de un Grumman Greyhound, conocido en la flota sin mayor cariño como COD, un camión volador de reparto.

Las butacas -que miraban hacia atrás- estaban demasiado cerca una de otra, y las rodillas se proyectaban hacia arriba chocando con la barbilla. La cabina era mucho más adecuada para el transporte de carga que de gente. En la parte posterior había tres toneladas de repuestos de motores y de electrónica acomodados en cajones; estaban allí atrás, sin duda, para que, en caso de accidente del avión, el impacto sobre el valioso equipo fuera amortiguado por los cuatro cuerpos de la sección de pasajeros. La cabina no tenía calefacción. Tampoco había ventanillas. Una delgada lámina de aluminio lo separaba de un viento de doscientos nudos que aullaba a compás con las turbinas de los dos motores. Lo peor era que estaban volando en medio de una tormenta a mil quinientos metros, y el COD brincaba hacia arriba y abajo en saltos de treinta o cuarenta metros como un trenecito enloquecido en la montaña rusa. Lo único bueno era la falta de iluminación, pensó Ryan, por lo menos nadie podía ver que su cara se había puesto completamente verde. A sus espaldas estaban los dos pilotos que conversaban en voz alta y se los podía oír por encima del ruido de los motores. ¡Los hijos de puta iban muy divertidos!

El ruido se amortiguó un poco, o, al menos, así pareció. Era difícil decirlo. Le habían dado unos protectores de espuma de goma para los oídos y un salvavidas amarillo inflable. También le habían explicado qué hacer en caso de accidente. La exposición había sido lo suficientemente superficial como para que no quedaran dudas en la estimación de sus probabilidades de

sobrevivir a un accidente en una noche como ésta. Ryan odiaba volar. Había sido en cierta época subteniente de infantería de marina, y su carrera activa terminó bruscamente en sólo tres meses, cuando el helicóptero de su pelotón se estrelló en Creta durante un ejercicio de la OTAN. Se había herido en la espalda; estuvo a punto de quedar inválido para el resto de su vida y, desde entonces, consideraba el vuelo como algo que, en lo posible, debía ser evitado. El COD, pensó, se bamboleaba mucho más hacia abajo que hacia arriba. Probablemente significaba que estaban cerca del Kennedy. Era mejor no pensar en la alternativa. Se hallaban a sólo noventa minutos de vuelo desde su salida de la estación Aeronaval de Oceanía, en Virginia Beach. Le parecía como un mes, y Ryan juró para sí mismo que nunca más tendría miedo en un avión civil de línea aérea.

La proa cayó unos veinte grados y el avión parecía en ese momento volar directamente hacia algo. Estaban aterrizando, la parte más peligrosa de las operaciones de vuelo en portaaviones. Recordó un estudio efectuado durante la guerra de Vietnam referido a una experiencia hecha con los pilotos de portaaviones; les habían colocado electrocardiógrafos portátiles para registrar los distintos momentos de tensión emocional y había sorprendido a mucha gente comprender que los valores más altos de tensión no se habían producido cuando se encontraban bajo la acción del fuego enemigo sino cuando estaban aterrizando, especialmente de noche.

“Santo Dios, ¡no piensas más que en cosas agradables!”, se dijo Ryan. Cerró los ojos. De un modo u otro, todo habría terminado en pocos segundos más.

La cubierta estaba humedecida por la lluvia y subía y bajaba como un gran agujero negro rodeado por las luces perimetrales. Los aterrizajes en portaaviones son verdaderos choques bajo control. Se necesitan fuertes estructuras en los trenes de aterrizaje y sus amortiguadores para reducir los efectos del fuerte impacto que podría llegar a romper un hueso. El avión saltó hacia adelante hasta que fue bruscamente detenido por el cable de contención. Estaban abajo. Se hallaban a salvo. Tal vez. Después de una breve pausa, el COD empezó a avanzar de nuevo. Ryan oyó ciertos ruidos extraños mientras el avión correteaba y se dio cuenta de que eran producidos por las alas que se estaban plegando hacia arriba. Ése era un peligro que él no había tenido en cuenta: volar en un avión cuyas alas podían doblarse. Mejor así. Finalmente, el avión se detuvo y la portezuela trasera se abrió.

Ryan se quitó el cinturón de seguridad y se incorporó rápidamente, golpeándose la cabeza contra el techo de la cabina. No esperó a Davenport. Con su maleta de lona abrazada contra el pecho se apartó enseguida de la

cola del avión. Miró a su alrededor hasta que un auxiliar de cubierta, de camisa amarilla, lo enfrentó en dirección a la estructura de la isla del Kennedy. Llovía con intensidad y Ryan sintió -más que vio- que el portaaviones se movía bastante en medio de olas de cinco metros. Corrió hacia una escotilla iluminada y abierta que se encontraba a unos quince metros. Tuvo que esperar que Davenport lo alcanzara. El almirante no corrió. Caminó con pasos firmes, de ochenta y cinco centímetros cada uno, con la dignidad que debe tener un representante del almirantazgo. Ryan pensó que se sentía probablemente fastidiado por el hecho de que su llegada semi-secreta lo privara de la normal ceremonia de rendición de honores con silbatos y marineros formados. Detrás de la escotilla estaba de pie un infante de marina, un cabo, resplandeciente con sus pantalones azules, camisa y corbata color caqui y un cinturón con pistolera de un blanco immaculado.

Saludó a ambos, dándoles la bienvenida a bordo.

—Quiero ver al almirante Painter, cabo.

—El almirante está en su cámara, señor. ¿Necesita que lo acompañe?

—No, hijo, yo fui comandante de este buque. Venga conmigo, Jack. — Ryan se hizo cargo de las dos maletas.

—Santo Dios, señor, ¿usted realmente acostumbraba hacer estas cosas?

—preguntó Ryan.

—¿Aterrizajes nocturnos en portaaviones? Por supuesto, he hecho alrededor de doscientos. ¿Y qué tiene de extraordinario? —Davenport pareció sorprendido ante el terror de Ryan. Jack hubiera jurado que estaba actuando.

El interior del Kennedy era muy parecido al interior del USS Guam, el buque de helicópteros de asalto al que Ryan había estado asignado durante su breve carrera militar. Era el habitual laberinto naval de mamparos de acero y tuberías, todo pintado con el mismo color gris cavernoso. Las tuberías tenían algunas bandas de colores e inscripciones en siglas que probablemente significaban algo para los hombres que gobernaban el buque. Para Ryan podrían muy bien haber sido pinturas rupestres del neolítico. Davenport lo condujo a través de un corredor, dio vuelta en una esquina, bajó una escalerilla metálica tan empinada que estuvo a punto de perder el equilibrio, siguió por otro pasaje y dobló en otra esquina. A esa altura, Ryan ya estaba irremisiblemente perdido. Llegaron a una puerta frente a la cual se hallaba de guardia un infante de marina. El sargento hizo un perfecto saludo y les abrió la puerta.

Ryan entró detrás de Davenport... y quedó estupefacto. La cámara del almirante en el USS Kennedy parecía transportada en bloque de una mansión de Beacon Hill. Hacia la derecha había un mural que cubría toda la pared y lo

suficientemente grande como para decorar un gran living. Sobre las otras paredes, cubiertas íntegramente con costosa boiserie, colgaba una media docena de óleos, uno de ellos era un retrato de quien daba nombre al buque, el presidente John Fitzgerald Kennedy. El piso estaba cubierto por una alfombra de lana color carmesí, y los muebles eran de estilo francés, en roble y brocado. Uno hubiera podido imaginar que no se hallaba a bordo de un buque, pero el techo tenía la habitual colección de tuberías, todas pintadas de gris. Era decididamente un extraño contraste con el resto del salón.

—¡Hola, Charlie! —El contralmirante Joshua Painter emergió de la habitación contigua, secándose las manos con una toalla—. ¿Cómo estuvo la entrada?

—Un poco movida... —concedió Davenport, estrechándole la mano—. Él es Jack Ryan.

Ryan no había visto nunca personalmente a Painter pero conocía su reputación. Durante la guerra de Vietnam había sido piloto de Phantom y luego había escrito un libro, *Paddystrikes*, sobre la conducción de las campañas aéreas. Un libro honesto y verídico, no de aquellos que hacen ganar amigos. Era un hombre pequeño que no podía pesar más de sesenta kilos. Era también un excelente táctico y un hombre de integridad puritana.

—¿Uno de los tuyos, Charlie?

—No, almirante, yo trabajo para James Greer. No soy oficial naval. Le ruego que acepte mis disculpas. No me gusta simular lo que no soy. El uniforme fue idea de la CIA. —La aclaración hizo que el almirante frunciera el entrecejo.

—¿Qué? Bueno, supongo que eso significa que podrá decirme qué se propone Iván. Mi Dios, espero que alguien lo sepa. ¿Es la primera vez que está en un portaaviones? ¿Le gustó el viaje de venida?

—Podría ser un buen método para interrogar prisioneros de guerra —dijo Ryan con manifiesta brusquedad. Los dos almirantes lanzaron carcajadas a sus expensas, y Painter llamó para que les llevaran algo de comida. Unos minutos después se abrieron las puertas dobles que conducían al corredor y entraron dos camareros especialistas en servicio de mesa; uno de ellos llevaba una bandeja con comida; el otro, dos cafeteras. Sirvieron a los tres hombres con la calidad que correspondía a sus jerarquías. La comida, presentada en vajilla con bordes de plata, era simple pero apetitosa para Ryan, que llevaba doce horas sin comer. Se sirvió ensalada de repollo y patatas y eligió unas rodajas de corned beef con pan de centeno.

—Gracias. Es todo por ahora —dijo Painter. Los camareros tomaron la posición militar y luego se alejaron—. Muy bien, empecemos a trabajar.

Ryan tuvo que tragar de golpe medio emparedado.

—Almirante, esta información no tiene más de veinte horas. —Sacó las carpetas de su portafolio y las acomodó alrededor. La exposición duró veinte minutos, durante los cuales se las arregló para construir los dos emparedados y una buena porción de su ensalada de repollo y patatas, y ensuciar con un poco de café sus notas manuscritas. Los dos almirantes formaban un perfecto auditorio; no interrumpieron ni una sola vez, aunque lanzaban frecuentes miradas de incredulidad a Ryan.

—¡Mi Dios! —dijo Painter cuando Ryan terminó. Davenport se limitaba a mirar fijamente, con expresión inmutable, mientras consideraba la posibilidad de examinar por dentro un submarino soviético. Jack estimó que sería un adversario formidable jugando a las cartas. Painter continuó—: ¿Usted cree realmente esto?

—Sí, señor, lo creo. —Ryan se sirvió otra taza de café. Hubiera preferido una cerveza, que acompañaba mejor al corned beef. No había sido del todo malo, y el corned beef kosher de buena calidad era algo que no había podido encontrar en Londres.

Painter se echó hacia atrás y miró a Davenport.

—Charlie, debes decirle a Greer que dé unas pocas lecciones a este muchacho... Por ejemplo: se supone que un burócrata no debe meter tan hondo su cuello en la guillotina. ¿No crees tú que esto es un poco traído por los pelos?

—Josh, Ryan es el hombre que hizo el informe, en junio, sobre las normas de patrullaje de los submarinos lanzamisiles soviéticos.

—¿Ah, sí? Ése fue un trabajo muy bueno. Confirmó algo que vengo diciendo desde hace dos o tres años. —Painter se puso de pie y caminó hacia el rincón para observar el mar tormentoso—. Y entonces..., ¿qué se supone que haremos nosotros en relación con todo esto?

—Los detalles exactos de la operación todavía no han sido determinados. Lo que yo espero es que ustedes reciban instrucciones para localizar al Octubre Rojo e intentar establecer comunicación con su comandante. ¿Después de eso? Tendremos que encontrar la forma de hacerlo llegar a un lugar seguro. El Presidente no cree que podamos retenerlo una vez que lo tengamos..., si es que logramos tenerlo.

—¿Cómo? —Painter se volvió bruscamente y habló una décima de segundo antes de que lo hiciera Davenport. Ryan tuvo que explicar durante varios minutos.

—¡Que Dios me ilumine! ¡Ustedes me dan una misión imposible, y después me dicen que si la cumplimos con éxito tenemos que devolverles la maldita cosa!

—Almirante, mi recomendación (el Presidente me pidió que se la diera) fue que conserváramos el submarino. Los jefes militares conjuntos también están de un lado, junto con la CIA. Sin embargo, si los tripulantes quieren volver a su país, nosotros debemos enviarlos de regreso, y entonces los soviéticos sabrán con seguridad que tenemos el submarino. En la práctica, comprendo el punto de vista del otro lado. La nave vale una pila de dinero, y es de su propiedad. ¿Y cómo podríamos esconder un submarino de treinta mil toneladas?

—Un submarino se esconde hundiéndolo —dijo Painter enojado—. Están diseñados para eso, como usted sabe. ¡Propiedad de ellos!, no estamos hablando de un maldito barco de pasajeros. Esto es algo diseñado para matar gente..., ¡nuestra gente!

—Almirante, yo estoy de su lado —dijo Ryan con calma—. Señor, usted dijo que le habíamos dado una misión imposible. ¿Por qué?

—Ryan, encontrar un submarino lanzamisiles que no quiere que lo encuentren no es la cosa más fácil del mundo. Nosotros practicamos contra nuestros propios submarinos. Y, maldito sea, casi siempre fallamos. El Atlántico es un océano más bien grande, y la señal de un submarino lanzamisiles es muy débil.

—Sí, señor. —Ryan tomó nota para sí mismo de que tal vez había sido optimista en exceso con respecto a las probabilidades de éxito.

—¿En qué situación estás tú, Josh? —preguntó Davenport.

—Bastante buena, realmente. En el ejercicio que acabamos de hacer, el NIFTY y DOLPHIN, todo salió muy bien. Nuestra parte —se corrigió Painter—. El Dallas los volvió locos a los del otro lado. Mis tripulaciones de guerra antisubmarina están funcionando muy bien. ¿Qué clase de ayuda van a darnos?

—Cuando dejó el Pentágono, el comandante de operaciones navales estaba comprobando la disponibilidad de P-3 allá en el Pacífico, de manera que no es difícil que veas más de éstos. Todo lo que se mueve está saliendo al mar. El tuyo es el único portaaviones, de manera que tendrás el comando táctico total, ¿no es así? Vamos, Josh, tú eres nuestro mejor operador de guerra antisubmarina.

Painter se sirvió un poco más de café.

—De acuerdo, tenemos un solo portaaviones. El América y el Nimitz todavía están a más de una semana de distancia. Ryan, usted dijo que iba a volar hasta el Invencible. Lo tendremos también, ¿no?

—Por supuesto. El almirante White tiene buen olfato para la guerra antisubmarina, y sus muchachos realmente tuvieron suerte durante el DOLPHIN. Dejaron fuera de combate a dos de nuestros submarinos de ataque, y a Vince Gallery no le hizo gracia. La suerte es gran parte de este juego. Eso nos daría dos cubiertas de aterrizaje en vez de una. Me pregunto si podríamos conseguir algunos otros S-3. —Painter se refería a los Lockheed Viking, aviones antisubmarinos para portaaviones.

—¿Por qué? —preguntó Davenport.

—Yo puedo enviar a tierra a mis F-18, y eso nos daría espacio para veinte Viking más. No me gusta perder el poder de fuego, pero lo que vamos a necesitar es más mano de obra antisubmarina. Eso significa más S-3. Jack, usted comprende que si está equivocado, esa fuerza rusa de superficie nos va a dar un trabajo tremendo. ¿Usted sabe cuántos misiles superficie-superficie llevan?

—No, señor. —Ryan tuvo la certeza de que eran demasiados.

—Nosotros somos el único portaaviones, y eso nos convierte en el objetivo primario. Si empiezan a tirarnos, nos sentiremos muy solos... y después va a ser todo muy emocionante. —Sonó el teléfono—. Aquí Painter... Sí, gracias. Bueno, el Invencible acaba de dar la vuelta. Muy bien. Nos lo dan junto con dos latas. El resto de los buques escolta y los tres submarinos de ataque siguen de regreso a casa. —Frunció el entrecejo—. En realidad, no puedo culparlos por eso. Pero significa que nosotros tendremos que darles algunas escoltas, aunque sigue siendo un buen negocio. Quiero esa cubierta de vuelo.

—¿Podemos enviar a Jack en helicóptero hasta allá? —Ryan se preguntó si Davenport sabía lo que el Presidente le había ordenado hacer a él. El almirante parecía interesado en sacarlo del Kennedy.

Painter negó con un movimiento de cabeza.

—Es demasiado lejos para un helicóptero. Tal vez ellos puedan mandar aquí un Harrier a buscarlo.

—El Harrier es un avión de combate, señor —comentó Ryan.

—Tienen una versión experimental de dos plazas, equipada para patrullaje antisubmarino. Parece que opera razonablemente bien más allá del perímetro de sus helicópteros. Así fue como cazaron a uno de nuestros submarinos de ataque; lo agarraron durmiendo la siesta. —Painter bebió el último trago de su café.

—Bueno, caballeros, vamos a la sala de control antisubmarino y tratemos de imaginar cómo cumpliremos este acto de circo. El comandante de la Flota del Atlántico querrá saber qué he pensado. Y creo que será mejor que tome una decisión. También llamaremos al Invencible y le pediremos que envíe un pájaro para que lo traslade a usted, Ryan.

Ryan salió del salón detrás de los dos almirantes. Pasó dos horas observando cómo Painter movía buques por todas partes en el océano como un maestro de ajedrez con sus piezas.

El USS Dallas

Hacia más de veinte horas que Bart Mancuso estaba de guardia en el centro de ataque. Sólo había dormido unas pocas horas entre ese período y el anterior. En honor a la variedad, sus cocineros le habían llevado dos tazas de sopa, además de los habituales emparedados y café. Examinó sin mayor entusiasmo la última taza de congelado-desechado.

—¿Comandante? —Se volvió. Era Roger Thompson, su oficial de sonar.

—Sí, ¿qué ocurre? —Mancuso se apartó del tablero de despliegue táctico que ocupaba su atención desde hacía varios días. Thompson se hallaba de pie en el fondo del compartimiento. Junto a él estaba Jones, que sostenía una tablilla sujetapapeles y algo que parecía una máquina para pasar cintas grabadas.

—Señor, Jones tiene algo que creo que usted debe ver.

Mancuso no quería que lo molestaran; el tiempo de guardia prolongado siempre abrumaba su paciencia. Pero Jones parecía ansioso y excitado.

—De acuerdo, vengán a la mesa de navegación.

La mesa de navegación del Dallas era un nuevo equipo conectado a la BC-10 y que proyectaba sobre una pantalla de vidrio, del tipo de televisión, de forma cuadrada y un metro veinte de lado. La imagen se movía cuando el Dallas se movía. Eso convertía en obsoletas las cartas de papel, aunque de todos modos las conservaban y actualizaban. Las cartas no se rompían.

—Gracias, jefe —dijo Jones, más humilde que de costumbre—. Sé que usted está bastante ocupado, pero creo que tengo algo aquí. Ese contacto anómalo que tuvimos hace unos días me ha estado molestando. Tuve que dejarlo cuando los otros submarinos rusos pasaron a toda velocidad metiendo un ruido bárbaro, pero pude recuperarlo tres veces, para asegurarme que todavía estaba allí. La cuarta vez se había ido, desaparecido. Quiero enseñarle algo que he estado pensando. ¿Puede hacer que volvamos atrás en esa máquina hasta donde estábamos entonces, señor?

La mesa de navegación estaba interconectada, a través de la BC-10, con el sistema de navegación inercial del buque. Mancuso operó personalmente el equipo. Las cosas se estaban poniendo de tal modo que ya no se podía apretar el botón del inodoro sin una orden de la computadora... La línea de la derrota del Dallas aparecía como una curva línea roja, con marcas dispuestas a intervalos de quince minutos.

—¡Qué grande! —fue el comentario de Jones—. Nunca había visto eso antes. Así está bien. —Jones sacó un puñado de lápices de su bolsillo trasero—. Ahora bien, la primera vez que tengo el contacto son las 09:15, más o menos, y el rumbo era aproximadamente dos-seis-nueve. —Colocó un lápiz, con el borrador en la posición del Dallas y la punta dirigida hacia el blanco, en el oeste—. Después, a las 09:30, el rumbo era de dos-seis-cero. A las 09:48, era dos-cinco-cero. Hay algún error en esto, señor. Era una señal difícil de retener, pero los errores deberían promediarse. Fue justo entonces cuando tuvimos toda esa otra actividad y yo tuve que seguirlos, pero volví a encontrarlo a eso de las 10:00, y el rumbo era dos-cuatro-dos. —Jones colocó otro lápiz sobre la línea de rumbo este, trazada cuando el Dallas se alejaba de la costa de Islandia—. A las 10:15 era dos-tres-cuatro, y a las 10:30 era dos-dos-siete. Las dos últimas son poco firmes, señor. La señal era muy débil y yo no podía retenerla bien. —Jones levantó la mirada. Parecía nervioso.

—Hasta aquí, muy bien. Tranquilo, Jones. Encienda si quiere.

—Gracias, señor. —Jones sacó un cigarrillo y lo encendió. Nunca había abordado al comandante de esa manera. Sabía que Mancuso era un hombre tolerante y comprensivo cuando uno tenía algo que decir. No le gustaba que le hicieran perder el tiempo, y con toda seguridad que en ese momento le gustaría menos que nunca—. Muy bien, señor, tenemos que deducir que no puede estar muy lejos de nosotros, ¿cierto? Quiero decir, tiene que estar entre nosotros e Islandia. De manera que... digamos que está a mitad de camino. Eso le daría un rumbo más o menos así. —Jones acomodó otros lápices.

—Un momento, Jones. ¿De dónde viene el rumbo?

—¡Ah, sí! —Jones abrió el anotador de la tablilla—. Ayer por la mañana, o noche, o lo que fuera, después de que salí de guardia, empezó a molestarme, así que usé el movimiento que hicimos mar adentro como línea de base para calcular un pequeño rumbo de trayectoria para él. Yo sé cómo se hace, jefe. Leí el manual. Es fácil, lo mismo que hacíamos en la Universidad Tecnológica de California para los movimientos de las estrellas. Hice un curso de astronomía el primer año.

Mancuso contuvo un gruñido. Era la primera vez que oía llamar fácil a eso, pero al mirar las cifras y diagramas de Jones parecía que lo había hecho bien.

—Adelante.

Jones sacó una calculadora científica Hewlett Packard de su bolsillo y algo que parecía un mapa del National Geographic lleno de marcas y escrituras de lápiz.

—¿Quiere controlar mis cifras, señor?

—Lo haremos, pero por ahora confío en las tuyas. ¿Qué es ese mapa?

—Jefe, ya sé que está contra los reglamentos y todo eso, pero yo lo llevo como un registro personal de las rutas que usan esos malditos. No sale del submarino, señor, honestamente. Puedo estar un poco equivocado, pero todo esto lleva a un rumbo de dos-dos-cero y una velocidad de diez nudos. Y eso lo apunta directamente a la entrada de la Ruta Uno. ¿De acuerdo?

—Continúe. —Mancuso ya lo había pensado. Pero Jones tenía algo más.

—Bueno, después de eso yo no podía dormir, así que volví al sonar y saqué la cinta grabada sobre el contacto. Tuve que pasarla varias veces por la computadora para filtrar toda la porquería: ruidos del mar, los otros submarinos, usted sabe, después volví a grabarla a una velocidad diez veces mayor que la normal. —Apoyó su grabador de cassettes sobre la mesa de la carta—. Escuche esto, jefe.

La cinta era chillona, pero cada tantos segundos había un ruido particular, como un drom. Después de escucharla dos minutos les pareció comprobar que se trataba de intervalos regulares de unos cinco segundos. En ese momento, el teniente Mannion estaba mirando por encima del hombro de Thompson; escuchaba y movía la cabeza como especulando.

—Jefe, eso tiene que ser un ruido hecho por el hombre. Es demasiado regular como para que sea otra cosa. A la velocidad normal no tenía mucho sentido, pero una vez que lo grabé más rápido, lo pesqué al tipo.

—Muy bien, Jones, termine ya —dijo Mancuso.

—Señor, lo que usted acaba de oír era la señal acústica de un submarino ruso. Con rumbo a la Ruta Uno, navegando frente a Islandia y próximo a sus costas. Puede apostar dinero a que es así, jefe.

—¿Roger?

—A mí me ha convencido, señor —respondió Thompson.

Mancuso miró una vez más la ruta recorrida, tratando de imaginar una alternativa. No había.

—A mí también, Roger. Jones ha alcanzado hoy los galones de sonarista de primera clase. Quiero que el trabajo de los papeles esté terminado para el

turno de la próxima guardia, junto con una linda carta de recomendación para mi firma. Ron —tocó al sonarista en el hombro—, estuvo muy bien. ¡Pero muy bien hecho!

—Gracias, jefe. —La sonrisa de Jones se estiraba de oreja a oreja.

—Pat, llame por favor al teniente Butler; que venga al centro de ataque.

Mannion se acercó al teléfono para llamar al jefe de máquinas del submarino.

—¿Tiene idea de qué puede ser, Jones? —Mancuso se volvió.

El sonarista sacudió la cabeza.

—No es un ruido de hélices. Nunca he oído nada parecido. —Hizo retroceder la cinta y la pasó de nuevo.

Dos minutos más tarde, el teniente de corbeta Earl Butler entró en el centro de ataque.

—¿Me llamaba, jefe?

—Escuche esto, Earl. —Mancuso rebobinó la cinta y la pasó por tercera vez. Butler se había graduado en la Universidad de Texas y en todas las escuelas que tenía la Marina para submarinos y sus sistemas de ingeniería.

—¿Qué se supone que es eso?

—Jones dice que es un submarino ruso. Yo creo que tiene razón.

—¿Qué puede decirme de la cinta? —preguntó Butler a Jones.

—Señor, la velocidad está aumentada diez veces, y la filtré cinco veces en la BC-10. A velocidad normal suena como nada parecido a nada. —Con una modestia nada común, Jones no señaló que para él sí había sonado como algo.

—¿Alguna clase de armónica? Es decir, si fuera una hélice, tendría que tener treinta metros de diámetro, y oiríamos una pala por vez. Los intervalos regulares sugieren alguna clase de armónica. —La cara de Butler se arrugó—. ¿Pero una armónica de qué?

—Lo que sea, estaba navegando directamente hacia aquí. —Mancuso dio unos golpecitos con el lápiz sobre Thor's Twins.

—Eso confirma que es un ruso, sin duda —aprobó Butler—. Entonces están usando algo nuevo. Otra vez.

—El señor Butler tiene razón —dijo Jones—. Suena como una armónica de un zumbido. La otra cosa extraña es... bueno, había un ruido de fondo, algo así como agua que corría a través de un caño. No sé. Eso no se registró. Supongo que la computadora lo eliminó al filtrarlo. Era sumamente débil para empezar con..., de todos modos, eso está fuera de mi campo.

—Está bien. Ya ha hecho bastante por un día. ¿Cómo se siente? —preguntó Mancuso.

—Un poco cansado, jefe. Hace rato que estoy trabajando en esto.

—Si volvemos a acercamos a este tipo, ¿cree que puede detectarlo? —
Mancuso sabía la respuesta.

—¡Por supuesto, jefe! Ahora que sabemos qué tenemos que oír, ¡puede estar seguro de que voy a cazar a ese estúpido!

Mancuso miró la mesa de navegación.

—Muy bien. Si navegaba con rumbo a los Twins, y luego siguió por la ruta a... digamos veintiocho o treinta nudos, y después volvió a su curso de base y a la velocidad de unos diez nudos más o menos... tendría que estar ahora aproximadamente aquí. Es muy lejos. Ahora bien, si nosotros navegamos a velocidad máxima... en cuarenta y ocho horas estaríamos aquí, y así estaríamos delante de él. ¿Pat?

—Parece correcto, señor —coincidió el teniente Mannion—. Usted está calculando que él recorrerá la ruta a velocidad máxima y luego la reducirá... Suena razonable. No necesitaría navegar silenciosamente en ese maldito laberinto. Eso le da libertad para un buen tirón de cuatrocientas o quinientas millas; entonces, ¿por qué no deja descansar sus máquinas? Eso es lo que yo haría.

—Y eso es lo que trataremos de hacer, entonces. Pediremos permiso por radio para dejar la posición de Toll Booth y rastrear a este sujeto. Jones, mientras navegamos a máxima velocidad los sonaristas no tendrán nada que hacer por un tiempo. Ponga la cinta del contacto en el simulador y asegúrese de que todos los operadores conozcan cómo suena este tipo, pero descance un poco. Todos ustedes. Quiero que estén al ciento por ciento cuando tratemos de volver a detectar a este tipo. Dense una ducha. Que sea una ducha tipo Hollywood, se la han ganado, y a dormir. Cuando empecemos a seguir realmente a este sujeto, va a ser algo largo y muy duro.

—No se preocupe, señor. Vamos a agarrarlo. Puede estar seguro. ¿Quiere quedarse con mi cinta, señor?

—Sí. —Mancuso extrajo la cinta y levantó la mirada sorprendido—. ¿Sacrificó un Bach por esto?

—No era bueno, señor. Tengo una grabación de Christopher Hogwood de esa obra, que es mucho mejor.

Mancuso guardó la cinta en el bolsillo.

—Puede retirarse, Jones. Buen trabajo.

—Fue un placer, señor. —Jones salió del centro de ataque calculando el dinero extra que tendría por subir un grado.

—Roger, asegúrese de que la gente esté descansada durante los próximos dos días. Cuando estemos detrás de este tipo, va a ser más duro que el diablo.

—Comprendido, señor.

—Pat, llévenos a profundidad de periscopio. Vamos a llamar a Norfolk ahora mismo. Earl, quiero que piense qué es lo que hace ese ruido.

—Muy bien, señor.

Mientras Mancuso escribía el mensaje, el teniente Mannion llevó al Dallas a la profundidad de antena de periscopio, colocando los planos de inmersión en un ángulo hacia arriba. En cinco minutos ascendieron ciento cincuenta metros de profundidad hasta un nivel cercano a la superficie del tormentoso mar. El submarino quedó sujeto a la acción de las olas y si bien no era mucho para un buque de superficie, el movimiento no pasó inadvertido para la tripulación. Mannion levantó el periscopio y la antena del equipo electrónico de medidas de apoyo, utilizada para el receptor de banda ensanchada diseñado para detectar posibles emisiones de radar. No había nada a la vista - alcanzaba a divisar hasta un radio de unas cinco millas- y los instrumentos electrónicos tampoco mostraban nada, excepto los equipos de los aviones, que se encontraban demasiado lejos como para que importaran.

Luego Mannion levantó otros dos mástiles. Uno era una antena receptora de frecuencias ultra-elevadas. El otro era algo nuevo: un transmisor láser. Éste rotaba y se enganchaba con la onda portadora de la señal de Atlantic SSIX, el satélite de comunicaciones usado exclusivamente por submarinos. Con el láser, podían enviar transmisiones de alta densidad sin delatar la posición del submarino.

—Todo listo, señor —informó el radioperador de guardia.

—Transmita.

El radioperador apretó un botón. El mensaje, enviado en una fracción de segundo, era recibido por células fotovoltaicas, pasado a un transmisor de ultra alta frecuencia, y enviado así por una antena parabólica hacia la jefatura de comunicaciones de la Flota del Atlántico. En Norfolk, otro radioperador captaba la recepción y apretaba un botón que transmitía el mismo mensaje al satélite de vuelta al Dallas. Era un método sencillo para detectar errores.

El operador del Dallas comparó el mensaje recibido con el que él acababa de enviar.

—Buena recepción, señor.

Mancuso ordenó a Mannion que bajara todo menos las antenas de medidas de apoyo electrónico y de alta frecuencia.

Comunicaciones de la Flota del Atlántico

En Norfolk, la primera línea del despacho reveló la página y la línea del libro -que se usaba una sola vez- donde estaba la secuencia del cifrado. Ésta se grabó en cinta de computadora en la sección de máxima seguridad del complejo de comunicaciones. Un oficial escribió en el teclado los números correspondientes en la terminal de su computadora y, segundos después, la máquina produjo un texto claro. El oficial volvió a controlarlo por si había errores. Satisfecho porque no los había, llevó el impreso al otro lado de la sala, donde un suboficial estaba sentado a un télex. El oficial le entregó el despacho. El suboficial escribió en su máquina la dirección correspondiente y transmitió el mensaje por línea terrestre exclusiva al Comandante de la Fuerza de Submarinos en el Atlántico, Operaciones, que se hallaba a unos quinientos metros de distancia. La línea terrestre era de fibra óptica, colocada en un conductor de acero que corría bajo una calle pavimentada. Lo controlaban tres veces por semana, por razones de seguridad. Ni siquiera los secretos del rendimiento de las armas nucleares se cuidaban tanto como las comunicaciones tácticas de todos los días.

Comando de la Fuerza de Submarinos en el Atlántico. Operaciones

Cuando el mensaje comenzó a aparecer en la impresora de "urgentes", empezó a sonar una campanilla en la sala de operaciones. Llevaba un prefijo Z, que indicaba prioridad FLASH (extrema urgencia).

Z090414ZDIC

ULTRA SECRETO THEO

DE: USS DALLAS

A: COMSUBLAT (Comando Fuerza Submarina Atlántico)

INFO: CINCLANTFLT (Comandante en Jefe Flota del Atlántico)

//N00000//

OPSUB FLOTA ROJA

1. INFORMO CONTACTO SONAR ANÓMALO ALREDEDOR 0900Z 7DIC Y PERDIDO DESPUÉS AUMENTO ACTIVIDAD SUB FLOTA ROJA. CONTACTO SUBSIGUIENTEMENTE EVALUADO COMO SUBMISILISTICO FLOTA ROJA TRANSITANDO RUTA PRÓXIMA ISLANDIA HACIA RUTA UNO. RUMBO SUDOESTE VELOCIDAD DIEZ PROFUNDIDAD DESCONOCIDA.

2. CONTACTO EVIDENCIÓ CARACTERÍSTICAS ACÚSTICAS DESCONOCIDAS REPITO DESCONOCIDAS. SEÑAL DIFERENTE CUALQUIER OTRO SUBMARINO FLOTA ROJA CONOCIDO.

3. SOLICITO PERMISO ABANDONAR TOLL BOOTH PARA CONTINUAR E INVESTIGAR. SE CREE ESTE SUBMARINO UTILIZA NUEVO SISTEMA DE IMPULSIÓN CON INSÓLITAS CARACTERÍSTICAS DE SONIDO. SE CREE BUENAS PROBABILIDADES DE LOCALIZARLO E IDENTIFICARLO.

Un teniente de corbeta llevó el despacho a la oficina del vicealmirante Vincent Gallery. El Comandante de la Fuerza de Submarinos en el Atlántico había estado en su puesto desde que los submarinos soviéticos iniciaron sus movimientos. Estaba de pésimo humor.

—Un mensaje prioridad FLASH del Dallas, señor.

—Ajá. —Gallery tomó el papel amarillo y lo leyó dos veces—. ¿Qué le parece que significa esto?

—No podría decírselo, señor. Parece que oyó algo, se tomó un tiempo para descubrir qué era, y quiere tener otra oportunidad. Parecería que piensa que está ante algo insólito.

—Muy bien; ¿qué le digo? Vamos, muchacho. Algún día usted también podría ser almirante y tener que tomar decisiones.

“Bastante poco probable”, pensó Gallery.

—Señor, el Dallas se encuentra en una posición ideal para cubrir la fuerza roja de superficie cuando llegue a Islandia. Lo necesitamos donde está.

—Es una buena respuesta de libro de texto. —Gallery sonrió al muchacho, preparándose para echarle un balde de agua fría—. Por otra parte, el comandante del Dallas es un hombre muy competente que no nos molestaría si no estuviera pensando que tiene realmente algo. No entra en detalles específicos porque sería demasiado complicado para un mensaje táctico FLASH, y además porque piensa que nosotros sabemos que su juicio es suficientemente bueno como para confiar en su palabra. “Un nuevo sistema de impulsión con características acústicas insólitas.” Eso podría ser un cacharro, pero él es el hombre que está en el lugar, y quiere una respuesta. Le diremos que sí.

—Comprendido, señor —dijo el teniente, preguntándose si ese viejo flaco hijo de puta tomaría las decisiones echando al aire una moneda cuando le daba la espalda.

El Dallas

Z090432ZDIC

ULTRA SECRETO

DE: COMSUBLANT

A: USS DALLAS

A. USS DALLAS Z090414ZDIC

B. COMSUBLANT INST 2000.5

ASIGNACIÓN ÁREA OPER /N04220/

1. SOLICITUD REFERENCIA A APROBADA

2. ÁREAS BRAVO ECO GOLF REF B ASIGNADAS PARA

OPERACIONES DISCRECIONALES 090500Z HASTA

140001Z. INFORME SEGÚN NECESIDADES.

ENVÍA VALM GALLERY.

—¡Viejo querido! —rió Mancuso. Eso era una cosa buena de Gallery. Cuando uno le preguntaba algo... ¡vaya si le contestaba! Sí o no, pero lo hacía antes de que uno pudiera bajar la antena. Por supuesto, reflexionó, si resultaba que Jones estaba equivocado y eso se convertía en una caza de fantasmas, él tendría que dar algunas explicaciones.

Gallery había cortado la cabeza a más de un comandante de submarinos y lo había mandado definitivamente a tierra. Que era adonde iría él de cualquier manera, como no lo ignoraba Mancuso. Desde su primer año en Annapolis, todo lo que había deseado en su vida había sido mandar su propio submarino. En ese momento lo estaba haciendo, y sabía que el resto de su carrera empezaría a ser cuesta abajo. En el resto de la Marina, un primer mando era sólo eso: un primer mando. Se podía seguir subiendo en la escala y llegar a mandar una flota eventualmente, si se tenía suerte y se lo merecía. No así los submarinistas. Tuviera o no éxito en su desempeño como comandante del Dallas, pronto lo perdería. Tenía esa oportunidad y sólo ésa. Y después, ¿qué? La mejor que podía esperar era el mando de un submarino lanzamisiles. Ya había prestado servicios en uno de ellos y estaba seguro de que ser su comandante, aunque fuera un nuevo Ohio, era tan emocionante como observar pintura y esperar que se secase.

La tarea del submarino lanzamisiles era permanecer escondido. Mancuso quería ser el cazador; ése era el aspecto interesante de la especialidad. ¿Y después de mandar un submarino lanzamisiles? Podía lograr un "mando mayor de superficie", tal vez un bonito buque tanque... Sería como cambiar de montura, de un pura sangre a una vaca. O quizá lo asignaran a un mando de escuadrón para sentarse en una oficina a bordo de un buque auxiliar, manejando papeles. Lo mejor de esa posición era que saldría al mar una vez al mes, pero su misión principal sería molestar a los capitanes subalternos que no deseaban tenerlo allí. O podía tener un trabajo de escritorio en el Pentágono...

¡Qué divertido! Mancuso comprendía por qué algunos de los astronautas habían perdido la cabeza después de volver de la Luna. También él había trabajado muchos años por conseguir ese mando y, en un año más, perdería su submarino. Tendría que entregar el Dallas a otra persona. Pero por el momento lo tenía.

—Pat, bajemos todos los mástiles y vamos a sumergirnos a trescientos sesenta metros.

—Comprendido, señor. Bajen los mástiles —ordenó Mannion. Un suboficial accionó las palancas de control hidráulico.

—Los mástiles de ultra alta frecuencia y de medidas de apoyo electrónico, abajo, señor —informó el electricista de guardia.

—Muy bien. Oficial de inmersión, llévenos a trescientos sesenta metros de profundidad.

—Trescientos sesenta metros, comprendido —respondió el oficial de inmersión—. Quince grados de ángulo negativo en los planos.

—Quince grados abajo, comprendido.

—Vamos a movernos, Pat.

—Comprendido, jefe. Todo adelante.

—Todo adelante, comprendido. —El timonel hizo girar el anunciador.

Mancuso observó cómo trabajaba su tripulación. Cumplían sus tareas con precisión mecánica. Pero no eran máquinas. Eran hombres. Los suyos.

En la zona del reactor, hacia popa, el teniente Butler controlaba que sus maquinistas hubieran comprendido lo dispuesto por el comandante e impartía a su vez las órdenes necesarias. Las bombas de enfriamiento del reactor comenzaron a trabajar a velocidad rápida. Una mayor cantidad de agua caliente y presurizada entraba en el intercambiador, donde su calor se transfería al vapor del circuito exterior. Cuando el refrigerante volvía al reactor estaba más frío que antes y, por lo tanto, más denso. Estando más denso, atrapaba más neutrones en la pila del reactor, incrementando la intensidad de la reacción de fisión y entregando aún más potencia. Más hacia atrás, el vapor saturado en el circuito exterior -no radiactivo- proveniente del sistema intercambiador del calor, emergía a través de varios grupos de válvulas de control para impulsar las paletas de la turbina de alta presión. Las enormes hélices de bronce del Dallas empezaron a girar más rápidamente, impulsando a la nave hacia adelante y abajo.

Los maquinistas cumplieron con calma sus tareas. A medida que los sistemas comenzaron a proporcionar más potencia aumentó notablemente el ruido en la zona de máquinas, y los técnicos seguían con atención el proceso controlando continuamente los tableros de instrumentos bajo su

responsabilidad. La rutina era silenciosa y exacta. No había conversaciones extrañas, ninguna distracción. Comparada con la zona del reactor de un submarino, la sala de operaciones de un hospital era un antro de libertinaje.

Más adelante, Mannion observaba el indicador de profundidad, que ya marcaba más de ciento ochenta metros. El oficial de inmersión esperaba hasta que alcanzaran los doscientos setenta metros antes de empezar a nivelar, con el propósito de llevar a cero el régimen de descenso exactamente a la profundidad ordenada. El comandante Mancuso quería que el Dallas estuviera debajo del gradiente térmico, el borde entre diferentes temperaturas. En el agua existían capas isotérmicas de estratificación uniforme. La zona relativamente plana donde el agua de la superficie cálida se encontraba con agua más profunda y más fría constituía una barrera semipermeable que tenía tendencia a reflejar las ondas sonoras. Aquellas ondas que lograban penetrar esa barrera eran atrapadas en su mayoría debajo de ella. De modo que, aunque el Dallas estaba en ese momento desplazándose debajo del gradiente térmico a más de treinta nudos y haciendo tanto ruido como era capaz, aún sería así muy difícil que lo detectaran con un sonar de superficie. Estaría también navegando a ciegas, pero no había mucho allí abajo con lo que pudiera chocar.

Mancuso levantó el micrófono de comunicación interna:

—Les habla el comandante. Acabamos de iniciar una carrera a gran velocidad que tendrá una duración de cuarenta y ocho horas. Nos dirigimos a un punto donde esperamos localizar un submarino ruso que pasó cerca de nosotros hace dos días. Es evidente que el ruso está usando un sistema de propulsión nuevo y muy silencioso que nadie ha conocido antes. Vamos a tratar de colocarnos delante de él y rastrearlo cuando vuelva a pasarnos. Ahora sabemos qué tenemos que escuchar, y lograremos tener una idea bastante aproximada de él. Muy bien, quiero que todo el mundo esté bien descansado en este submarino. Cuando llegemos allí, va a ser una caza muy larga y dura. Y quiero que todos rindan al ciento por ciento. Probablemente esto va a ser muy interesante. —Desconectó el micrófono—. ¿Qué película dan esta noche?

El oficial de inmersión esperó que el indicador de profundidad dejara de moverse antes de contestar. Como encargado del submarino, tenía también la función de dirigir el sistema de televisión por cable del Dallas: tres grabadores de videocasetes en la cámara de oficiales conectados con televisores en el comedor y otras ubicaciones.

—Jefe, puede elegir, El retorno del Jedi o dos partidos de fútbol: Oklahoma-Nebraska y Miami-Dallas. Los dos partidos se jugaron mientras

nosotros estábamos de ejercicios, señor. Sería lo mismo que verlos en vivo. —Se rió—. Con anuncios y todo. Los cocineros ya están preparando el popcorn.

—Bueno. Quiero que todos estén contentos y cómodos. —¿Por qué no podrían nunca conseguir cintas grabadas en la Marina?, se preguntó Mancuso. Por supuesto, ese año se había impuesto el Ejército...

—Buenos días, jefe. —Wally Chambers, el oficial ejecutivo, entró en el centro de ataque—. ¿De qué se trata?

—Volvamos a la cámara de oficiales, Wally. Quiero que escuche algo. — Mancuso sacó el casete del bolsillo de la camisa y condujo a Chambers hacia popa.

El V. K. Konovalov

Doscientas millas al nordeste del Dallas, en el Mar de Noruega, el Konovalov navegaba hacia el sudoeste a cuarenta y un nudos. El comandante Tupolev estaba sentado solo en la cámara de oficiales relejendo el despacho que había recibido dos días antes. Sus emociones se alternaban entre la ira y la pena. ¡El Maestro había hecho eso! Estaba pasmado. Pero ¿qué se podía hacer? Las órdenes de Tupolev eran explícitas, más aún por el hecho de que - como lo había señalado su zampolit- él era un ex alumno del traidor Ramius. También él podía llegar a encontrarse en una posición muy mala. Si el infame tenía éxito.

De modo que Marko se había burlado de todos, no sólo del Konovalov. Tupolev había estado dando vueltas como un tonto por el Mar de Barents mientras Marko ponía rumbo hacia otro lado. Semejante traición, semejante desafío diabólico contra la Rodina. Era inconcebible... y todo demasiado concebible. Todas las ventajas que tenía Marko. Un apartamento de cuatro habitaciones, una dacha, su propio Zhiguli. Tupolev todavía no tenía automóvil de su propiedad. Se había ganado los ascensos hasta comandante, y en ese momento todo quedaba amenazado por... ¡esto! Sería afortunado si podía conservar lo que tenía. "Tengo que matar a un amigo", pensó. "¿Amigo? Sí", admitió para sus adentros. Marko había sido un buen amigo y un excelente maestro. ¿Dónde se había equivocado?. Natalia Bogdanova. Sí, tenía que ser eso. Un gran escándalo, por la forma en que había ocurrido. ¿Cuántas veces había ido a cenar con ellos? ¿Cuántas veces se había reído Natalia acerca de sus hijos fuertes, hermosos y grandes?. Sacudió la cabeza. Una espléndida mujer asesinada por un maldito e imbécil cirujano incompetente. Nada se pudo hacer, era hijo de un miembro del Comité

Central. Era una atrocidad que cosas como ésa siguieran sucediendo, aun después de tres generaciones de construcción del socialismo. Pero nada era suficiente como para justificar esa locura.

Tupolev se inclinó sobre la carta que había traído consigo. Estaría en su posición en cinco días, en menos tiempo si su planta motriz se mantenía de una pieza y Marko no estaba demasiado apurado... y no lo estaría. Marko era un zorro, no un toro. Los otros Alfa llegarían allá antes que el suyo, Tupolev lo sabía, pero no importaba. Eso tenía que hacerlo él personalmente. Se situaría delante de Marko y esperaría. Marko intentaría pasar sin ser detectado, y el Konovalov estaría allí. Y sería el fin del Octubre Rojo.

El Atlántico Norte

El Sea Harrier FRS4 británico llegó con un minuto de adelanto. Se mantuvo volando inmóvil brevemente frente al costado de babor del Kennedy mientras el piloto observaba el sitio donde iba a aterrizar, el viento y las condiciones del mar. Manteniendo una velocidad constante de treinta nudos hacia adelante, para compensar la velocidad del portaaviones, deslizó suavemente su avión hacia la derecha y luego lo depositó con delicadeza en medio del buque, ligeramente delante de la estructura de la isla y en el centro exacto de la cubierta de vuelo. De inmediato corrieron hacia el avión varios auxiliares de pista, tres de ellos llevaban pesadas calzas metálicas y otro una escalerilla también metálica que apoyó en el costado de la cabina, cuyo techo ya había empezado a abrirse hacia arriba. Otro equipo de cuatro hombres arrastró hacia la máquina una manguera de combustible ansioso por demostrar la rapidez con que la Marina de los Estados Unidos reabastecía los aviones. El piloto vestía un mono color naranja y llevaba puesto un chaleco salvavidas amarillo. Depositó su casco en el asiento delantero y descendió por la escalerilla. Observó fugazmente para asegurarse de que su avión estaba en buenas manos, antes de correr hacia la isla. Se encontró con Jack Ryan en la puerta.

—¿Usted es Ryan? Yo soy Tony Parker. ¿Dónde está el lavabo? —Jack le dio las indicaciones y el piloto partió velozmente, dejando allí a Ryan de pie con su traje de vuelo, con su maletín y una particular sensación de estupidez. Un casco de plástico colgaba de su otra mano mientras contemplaba cómo los auxiliares llenaban de combustible al Harrier. Se preguntó si sabrían bien lo que estaban haciendo.

Parker regresó en tres minutos.

—Capitán —dijo—, hay una cosa que jamás ponen en un avión de combate, un maldito inodoro. Lo llenan a uno de café y té y le ordenan salir, y uno no tiene adónde ir.

—Sé lo que se siente. ¿Tiene alguna otra cosa que hacer?

—No, señor. Su almirante conversó conmigo por radio mientras yo venía en vuelo. Parece que sus muchachos ya terminaron de cargar combustible en mi pájaro. ¿Quiere que vayamos?

—¿Qué hago con esto? —Ryan levantó un poco su maletín, pensando que tendría que ponerlo sobre las rodillas. Los papeles para su exposición los llevaba en el traje de vuelo, apretados contra el pecho.

—Lo pondremos en el portaequipajes, naturalmente. Venga, señor.

Parker caminó ágilmente hacia el avión de combate. Era un crepúsculo bastante oscuro. Había una sólida capa de nubes a quinientos o seiscientos metros. No llovía, pero parecía que podía empezar en cualquier momento. El mar, agitando con olas de dos metros y medio, era una superficie gris erizada y coronada con picos de espuma blanca. Ryan sintió el movimiento del Kennedy, sorprendido de que algo tan enorme pudiera moverse como lo hacía. Cuando llegaron al Harrier, Parker tomó en una mano el maletín y buscó una manija semiculta en la parte inferior del fuselaje del avión. La hizo girar y tiró de ella, abriendo un alojamiento del tamaño de un pequeño refrigerador. Parker metió allí el maletín, cerró la tapa de un golpe y se aseguró que la palanca hubiera trabado como correspondía. Un auxiliar de pista, de camisa amarilla, habló algunas palabras con el piloto. Un poco más atrás un helicóptero estaba acelerando el motor y un Tomcat de combate carreteaba hacia la catapulta instalada en el medio del buque. Por sobre todo eso, soplaban un viento de treinta nudos. El ruido era tremendo en el portaaviones.

Parker indicó a Ryan que subiera por la escalerilla. Jack, a quien las escalerillas le gustaban tanto como volar, estuvo a punto de caer en su butaca. Hizo un esfuerzo por acomodarse adecuadamente, mientras un auxiliar de pista le aseguraba las correas de cuatro puntos. El hombre puso el casco sobre la cabeza de Ryan y le señaló la clavija para enchufar en la toma del sistema del intercomunicador. Tal vez los auxiliares norteamericanos supieran realmente algo sobre el Harrier. Junto al enchufe había una llave interruptora. Ryan la movió.

—¿Me oye, Parker?

—Sí, capitán, ¿todo listo?

—Supongo que sí.

—Bien. —la cabeza de Parker giró para controlar las tomas de aire de la turbina—. Voy a poner en marcha el motor.

Los techos de las cabinas permanecían levantados. Tres auxiliares de pista se mantenían cerca con grandes extintores de dióxido de carbono, presumiblemente para el caso de que el motor explotara. Otros doce hombres se hallaban cerca de la isla contemplando el extraño avión, mientras su motor Pegasus aullaba cada vez más fuerte. Luego bajó el techo de la cabina.

—¿Listo, capitán?

—Cuando usted diga.

El Harrier no era un avión de combate de gran tamaño, pero sí con seguridad el más ruidoso. Ryan pudo sentir que el ruido del motor le erizaba todo el cuerpo cuando Parker ajustó los controles de empuje vectorial. La aeronave se levantó un poco bamboleándose, bajó la nariz y luego subió trepidando y tomando altura. Ryan vio un hombre junto a la isla que los señalaba y hacía gestos. El Harrier se desplazó a babor mientras se alejaba de la isla del portaaviones y seguía ganando cada vez más altura.

—No estuvo del todo mal —dijo Parker. Ajustó los controles de empuje y el Harrier comenzó a volar normalmente hacia delante. La sensación de aceleración no fue muy pronunciada, pero Ryan pudo ver como el Kennedy se quedaba abajo y atrás rápidamente. Poco segundos más tarde ya estaba más allá del círculo interior de escolta.

—Vamos a trepar más arriba de esta porquería —dijo Parker. Llevó hacia atrás la palanca y puso proa a las nubes. Casi enseguida estuvieron dentro de ellas, y en un instante el campo visual de Ryan se redujo de ocho kilómetros a ocho metros.

Jack recorrió con la vista el interior de su cabina, que tenía comandos de pilotaje e instrumental. El velocímetro indicaba ciento cincuenta nudos y en aumento; la altura era de ciento veinte metros. Ese Harrier había sido evidentemente un avión para entrenamiento, pero el panel de instrumentos estaba modificado e incluía en ese momento los indicadores del sensor ubicado en un contenedor especial en la panza del avión. Una forma de hacer las cosas a los pobre, aunque, según comentarios del almirante Painter, era obvio que el sistema había trabajado sumamente bien. Se imaginó que la pequeña pantalla tipo televisor presentaba la indicación del sensor de calor infrarrojo apuntado hacia delante. El velocímetro marcaba en ese momento trescientos nudos, y el indicador de ascenso mostraba la actitud del avión en un ángulo de ataque de veinte grados. La sensación era de que fuese mayor.

—Pronto llegaremos al tope de esto —dijo Parker—. ¡Ahora!

El altímetro indicaba siete mil ochocientos metros cuando Ryan se sintió deslumbrado por la luminosidad solar. Una de las cosas referidas al vuelo a la que nunca había podido acostumbrarse era el hecho de que, aunque el tiempo en la superficie fuera horrible, si se volaba lo suficientemente alto siempre se encontraría el sol. La luz era intensa, pero el color del cielo era notablemente más oscuro que el celeste suave que se ve desde tierra. El vuelo adquirió la misma tranquilidad que el de los grandes aviones de líneas aéreas cuando emergieron de la zona turbulenta a menor altura. Ryan se acomodó el visor para protegerse los ojos.

—¿Ahora está mejor, señor?

—Muy bueno, teniente. Es mejor de lo que yo esperaba.

—¿Qué quiere decir, señor? —inquirió Parker.

—Me parece que es muy superior a volar en un avión comercial. Se puede ver mucho más. Eso ayuda.

—Lamento que el combustible no nos sobre, sino le podía mostrar un poco de acrobacia. El Harrier puede hacer casi cualquier cosa que uno le pida.

—No importa.

—Y su almirante —siguió Parker con ánimo de conversar—, dijo que a usted no le gusta mucho volar.

Las manos de Ryan se aferraron a los apoyabrazos cuando el Harrier realizó tres revoluciones completas antes de recuperar el vuelo nivelado. Se sorprendió riendo.

—¡Ah, el británico sentido del humor!

—Órdenes de su almirante, señor —Parker aclaró en tono de disculpa—. No nos gustaría que usted creyera que el Harrier es otro maldito ómnibus.

“¿Qué almirante?”, se preguntaba Ryan, “¿Painter o Davenport?” Probablemente ambos. El tope de las nubes parecía un campo de algodón. Nunca lo había apreciado así antes, cuando miraba a través de una ventanilla de treinta centímetros en un avión de línea. En el asiento posterior se sentía casi como si estuviera sentado afuera.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Por supuesto.

—¿De qué se trata?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, señor, que ordenaron a mi buque dar la vuelta y volver. Después me ordenaron trasladar un VIP, un importante personaje, del Kennedy al Invencible.

—¡Ah! Está bien. Pero no puedo decírselo, Parker. Estoy llevando ciertos mensajes a su jefe. Yo soy solamente el cartero —mintió Ryan.

—Discúlpeme, capitán, pero es que ¿sabe?, mi esposa está esperando un hijo, el primero, para poco después de Navidad. Espero estar allí, señor.

—¿Dónde vive?

—En Chatham, eso es...

—Lo sé. Yo también vivo en Inglaterra por el momento. Nuestra casa está en Marlow, río arriba desde Londres. Allí empezó mi segundo hijo.

—¿Nació allí?

—Empezó allí. Mi mujer dice que fue por esas extrañas camas de hotel; siempre pasa lo mismo. Si yo fuera un hombre apostador, diría que tiene buenas probabilidades, Parker. De todos modos, los primeros hijos siempre se atrasan.

—¿Dijo que vive en Marlow?

—Así es, construimos allí nuestra casa a principios de este año.

—Jack Ryan... ¿John Ryan? ¿La misma persona que...?

—Correcto. No necesita decírselo a nadie, teniente.

—Comprendido, señor. No sabía que usted era oficial naval.

—Es por eso que no tiene que decírselo a nadie.

—Sí, señor. Lamento lo de la acrobacia hace un rato.

—Está bien. Los almirantes deben tener sus pequeñas diversiones. Entiendo que ustedes acaban de hacer un ejercicio con nuestros muchachos.

—Ya lo creo que lo hicimos, capitán. Yo hundí uno de los submarinos de ustedes, el Tullibee. Es decir, mi operador de sistemas y yo. Lo sorprendimos de noche, cerca de la superficie, con nuestro sensor infrarrojo, y le lanzamos cargas sonoras alrededor. Nadie sabía nada sobre nuestro nuevo equipo. Como usted sabe, todo está dentro de lo permitido. Creo que su comandante se puso terriblemente furioso. Yo esperaba conocerlo en Norfolk, pero no llegó hasta el día en que nosotros partimos.

—¿Lo pasaron bien en Norfolk?

—Sí, capitán. Pudimos participar de un día de caza en la Bahía Chesapeake, en la costa este, como creo que lo llaman ustedes.

—¿Ah, sí? Yo solía ir a cazar allí. ¿Qué tal estuvo?

—Bastante bueno. Yo cacé mis tres gansos en media hora. El límite era tres... una tontería.

—¿Usted llegó y mató tres gansos en media hora en esta época tan avanzada de la temporada?

—Así me gano mi modesta vida, capitán, tirando —comentó Parker.

—Yo estuve cazando codornices con su almirante en septiembre pasado. Me hicieron usar una escopeta de dos caños. Si uno aparece con el arma que yo uso -una Remington automática- lo miran como si fuera una especie de

terrorista. Me entorpeció un par de Purdeys que no andaba bien. Cacé quince aves. Me pareció una forma horriblemente perezosa de cazar, con un tipo que cargaba mi arma y otro pelotón de sirvientes que iban conduciendo la partida. Estuvimos a punto de aniquilar toda la población de aves.

—Tenemos más densidad de piezas que ustedes.

—Eso es lo que dijo el almirante. ¿Falta mucho para el Invencible?

—Cuarenta minutos.

Ryan observó los indicadores de combustible. Ya marcaban por la mitad. En un automóvil, él ya estaría pensando en cargar para llenar el tanque. Todo ese combustible quemado en media hora. Bueno, Parker no parecía preocupado.

El aterrizaje en el Invencible fue diferente de la llegada del COD al Kennedy. El vuelo se puso más movido cuando Parker descendió a través de las nubes, y se le ocurrió a Ryan que estaban en el frente de la misma tormenta que había soportado la noche anterior. El techo de la cabina estaba cubierto por la lluvia, y oía el impacto de miles de gotas de agua sobre la estructura del avión... ¿o sería granizo? Observando los instrumentos pudo ver que Parker nivelaba a trescientos metros, mientras se detenían en medio de las nubes, completamente inmóviles, luego empezó a descender más lentamente, saliendo de la zona clara a treinta metros de altura. El Invencible era apenas la mitad del Kennedy. Ryan lo miró cabecear pronunciadamente entre las olas de casi cinco metros. Parker usó la misma técnica que antes. Se detuvo volando brevemente sobre la banda de babor del portaaviones, después se desplazó hacia la derecha y dejó caer el avión desde unos seis metros, dentro de un círculo pintado. El aterrizaje fue violento, pero Ryan lo estaba esperando. El techo de la cabina se levantó de inmediato.

—Puede bajar aquí —dijo Parker—. Yo tengo que carretear hasta el ascensor.

Ya habían colocado la escalerilla. Ryan se quitó las correas y descendió del avión. Un auxiliar de pista sacó el maletín y Ryan lo siguió hasta la isla donde lo esperaba un alférez, un subteniente como llamaban los británicos al grado.

—Bienvenido a bordo, señor. —El joven no podía tener más de veinte años, pensó Ryan—. Permítame que le ayude a quitarse la ropa de vuelo.

El subteniente se mantuvo de pie a su lado mientras Ryan se despojaba del casco, del chaleco Mae West, bajaba el cierre relámpago y se quitaba el overol. Retiró su gorra del maletín. En el proceso se tambaleó y chocó contra el mamparo varias veces. El Invencible parecía moverse en espiral en un mar de popa. ¿Viento de proa y mar de popa? En el Atlántico Norte, en invierno,

nada era imposible. El oficial le llevó el maletín y Ryan retuvo consigo los papeles de la exposición.

—Vaya usted adelante, subteniente —Ryan indicó con un movimiento de la mano. El muchacho subió ágilmente una serie de tres escaleras y Ryan quedó atrás, jadeando y lamentando haber suspendido el jogging. La combinación del movimiento de la nave y el oído interno afectado por el reciente vuelo lo hacían sentir mareado y avanzaba golpeándose de un lado a otro. ¿Cómo lo hacían los pilotos profesionales?

—Éste es el puente del almirante, señor. —El subteniente mantuvo abierta la puerta.

—¡Hola, Jack! —atronó la voz del vicealmirante John White, octavo conde de Weston. Era un hombre de cincuenta años, alto y de buena constitución física y tez rojiza, acentuada por el pañuelo blanco que llevaba en el cuello. Jack lo había conocido a principios de ese año y, desde entonces, su esposa Cathy y la condesa, Antonia, se habían hecho buenas amigas, miembros del mismo círculo de músicos aficionados. Cathy Ryan tocaba música clásica en el piano. Toni White, una mujer atractiva de cuarenta y cuatro años, era dueña de un violín Guarneri del Jesu. Su marido era un hombre cuya nobleza constituía algo accesorio. Había hecho carrera en la Marina Real exclusivamente por mérito propio. Jack se adelantó para darle la mano.

—Buenos días, almirante.

—¿Cómo estuvo el vuelo?

—Diferente. Nunca había volado en un avión de combate, y mucho menos en uno con pretensiones de imitar a un colibrí —Ryan sonrió. La calefacción era intensa y el ambiente agradable.

—Magnífico. Vámonos a mi camarote de mar —White autorizó a retirarse al subteniente, quien entregó el maletín a Jack antes de hacerlo. El almirante enseñó el camino hacia popa a través de un corto pasillo y luego a la izquierda entrando en un pequeño compartimiento.

Era sorprendentemente austero, considerando que a los ingleses les gustan las comodidades y que White era un noble. Había dos portillas con cortinas, un escritorio y un par de sillas. El único toque humano era un retrato en colores de su esposa. Una de las paredes estaba totalmente cubierta por un mapa del Atlántico Norte.

—Parece cansado, Jack —White lo invitó a sentarse e una de las sillas.

—Estoy cansado. He estado en movimiento desde la seis de la mañana de ayer. No me he fijado en los cambios de hora, creo que mi reloj todavía está con la hora de Europa.

—Tengo un mensaje para usted. —White sacó del bolsillo un papel y se lo entregó a Jack.

Greer a Ryan. WILLOW confirmado, leyó Ryan, Basil envía saludos. Fin. Alguien había confirmado a WILLOW. ¿Quién? Tal vez Sir Basil, tal vez Ritter. Ryan no habría podido decirlo. Metió el papel en un bolsillo.

—Son buenas noticias, señor.

—¿Por qué el uniforme?

—No fue idea mía, almirante. Usted sabe para quién trabajo, ¿verdad? Pensaron que llamaría menos la atención así.

—Por lo menos le queda bien. —El almirante levantó un teléfono y ordenó que les enviaran refrescos—. ¿Cómo está la familia, Jack?

—Muy bien, gracias, señor. El día antes de mi partida Cathy y Toni estuvieron tocando en la casa de Nigel Ford. Yo me lo perdí. Si siguen progresando, creo que deberíamos hacerles grabar un disco. No hay muchos violinistas mejores que su esposa.

Llegó un camarero con una fuente llena de emparedados. Jack nunca había podido explicarse el gusto de los británicos por los pepinos con pan.

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Almirante, el mensaje que usted acaba de entregarme significa que puedo informar sobre esto a usted y otros tres oficiales. Es un asunto muy delicado, señor. Usted querrá elegirlos teniendo eso en cuenta.

—Bastante delicado como para hacer regresar a mi pequeña flota. —White pensó por un momento, antes de levantar el auricular y ordenar que se presentaran en su camarote tres de sus oficiales. Colgó el auricular—. El capitán de navío Carstairs, el capitán de navío Hunter y el capitán de fragata Barclay; son, respectivamente, comandante del Invencible, mi oficial de operaciones de la flota y mi oficial de inteligencia de la flota.

—¿El jefe de Estado Mayor, no?

—Viajó en avión de regreso a nuestro país, por duelo en la familia. ¿Algo para el café? —White extrajo de un cajón del escritorio lo que parecía ser una botella de coñac.

—Gracias; almirante. —Se sintió agradecido por el coñac. Ese café necesitaba ayuda. Observó que el almirante servía una generosa medida, quizá con el oculto propósito de hacerlo hablar con mayor libertad. White era marino británico desde mucho tiempo antes de conocer a Ryan.

Los tres oficiales llegaron juntos, dos de ellos llevaban sillas metálicas plegables.

—Almirante —comenzó Ryan—, tal vez quiera dejar ahí esa botella. Después de que escuchen esta historia tal vez todos necesitemos un trago. —

Hizo a un lado las dos carpetas de exposición que le quedaban y habló de memoria. Su explicación duró quince minutos.

—Caballeros. Debo insistir en que esta información tiene que ser mantenida en forma estrictamente confidencial. Por el momento, nadie debe conocerla, fuera de los que estamos en este camarote.

—Qué lástima —dijo Carstairs—. Como historia naval es realmente buena.

—¿Y nuestra misión? —White tenía en sus manos las fotografías. Sirvió a Ryan otra medida de coñac, miró fugazmente la botella y después la guardó otra vez en el escritorio.

—Gracias, almirante. Por el momento, nuestra misión consiste en localizar al Octubre Rojo. Después de eso, no estamos seguros. Me imagino que sólo localizarlo será bastante difícil.

—Una astuta observación, capitán Ryan —dijo Hunter.

—La buena noticia es que el almirante Painter ha solicitado que el Comandante en Jefe del Atlántico asigne a ustedes el control de varios buques de la Armada de Estados Unidos, probablemente tres fragatas clase 1052, y un par de FFG 7 Perrys. Todos ellos llevan uno o dos helicópteros.

—¿Y bien, Geoffrey? —preguntó White.

—Es un comienzo —aprobó Hunter.

—Llegarán en uno o dos días. El almirante Painter me pidió que les expresara su confianza en su grupo y su personal.

—Todo un maldito submarino lanzamisiles ruso... —dijo Barclay como para sí mismo. Ryan rió.

—¿Le gusta la idea, capitán? —Por lo menos ya tenía uno convencido.

—¿Y qué pasa si el submarino pone proa hacia el Reino Unido? ¿Se convierte entonces en una operación británica? —preguntó Barclay enfáticamente.

—Supongo que sí, pero por lo que puedo ver en el mapa, si Ramius estuviera navegando hacia Inglaterra, ya habría llegado allá. Vi una copia de la carta del Presidente a la Primera Ministra. En retribución por la ayuda de ustedes, la Marina Real obtiene acceso a la misma información de que dispongamos, a medida que nuestra gente vaya consiguiéndola. Estamos del mismo lado, caballeros. La pregunta es, ¿podemos hacerlo?

—¿Hunter? —preguntó el almirante.

—Si esta información es correcta... yo diría que tenemos una buena probabilidad, quizás hasta de un cincuenta por ciento. Por un lado, tenemos un submarino lanzamisiles que intenta evitar la detección. Por el otro, contamos con una cantidad de medios de guerra antisubmarina dispuestos

para localizarlo, y su destino será alguno entre unos pocos. Norfolk, por supuesto, Newport, Groton, King's Bay, Port Everglades, Charleston. Un puerto civil como Nueva York es poco probable, creo. El problema es que, si Iván está enviando a toda velocidad esos Alfa con destino a las costas de ustedes, van a llegar allá antes que el Octubre. Puede que ellos hayan pensado en algún puerto específico como blanco. Eso lo sabremos en un día más. De modo que yo diría que tienen las mismas probabilidades. Podrán operar a tal distancia de sus costas que el gobierno de Estados Unidos no tendrá razones legales viables para objetar cualquier cosa que hagan. En todo caso, yo diría que los soviéticos tienen la ventaja. Tienen ambas cosas: una idea más clara de las capacidades del submarino y una misión general más simple. Eso es suficiente para equilibrar la menor capacidad de sus sensores.

—¿Por qué Ramius no navega más rápido? —preguntó Ryan—. Eso es algo que no puedo explicarme. Una vez que sobrepase las líneas del sistema de control de vigilancia de sonar frente a Islandia no tiene más obstáculos para llegar a la cuenca profunda, entonces..., ¿por qué no aprieta el acelerador a fondo y corre hacia nuestra costa?

—Hay por lo menos dos razones —respondió Barclay—. ¿Qué grado de información sobre inteligencia operacional tiene usted?

—Manejo asignaciones individuales. Eso significa que salto mucho de una cosa a otra. Conozco bastante acerca de sus submarinos lanzamisiles, por ejemplo, pero no tanto sobre los de ataque. —Ryan no necesitaba explicar que pertenecía a la CIA.

—Bueno, usted conoce seguramente la mentalidad de los soviéticos. Probablemente Ramius no sabe dónde están sus submarinos de ataque, no todos ellos. De manera que, si él se pusiera a correr de un lado a otro, correría el albur de encontrarse con un Victor aislado y que lo hundiera antes de que él mismo pudiera enterarse. Segundo, ¿qué ocurriría si los soviéticos hubieran solicitado ayuda a Estados Unidos, diciendo tal vez que una tripulación amotinada de contrarrevolucionarios maoístas se había apoderado de un submarino lanzamisiles... y luego la Marina de ustedes detecta un submarino lanzamisiles navegando a toda velocidad por el Atlántico Norte en dirección a la costa norteamericana? ¿Qué haría el Presidente de Estados Unidos?

—Sí —asintió Ryan—. Lo haríamos volar en pedazos.

—Así es. Ramius está procediendo cautelosamente, y es probable que quiera aferrarse a lo que conoce —concluyó Barclay—. Afortunadamente o desafortunadamente, es tremendamente bueno en eso.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en disponer de informes sobre el rendimiento de ese sistema de propulsión silencioso? —quiso saber Carstairs.

—Dentro de dos días, espero.

—¿Dónde quiere el almirante Painter que estemos nosotros? —preguntó White.

—El plan que él presentó a Norfolk los sitúa a ustedes en el flanco derecho. Quiere que el Kennedy se mantenga cerca de la costa para hacer frente a la amenaza de la fuerza de superficie rusa. Y quiere la fuerza de ustedes más lejos. Como usted podrá ver, Painter piensa que existe la probabilidad de que Ramius llegue directamente hacia el sur desde el espacio entre Islandia y el Reino Unido, entre en la cuenca atlántica, y se mantenga inmóvil por un tiempo. Las probabilidades lo favorecen allí para no ser detectado, y si los soviéticos envían su flota tras él, tiene tiempo y abastecimientos para permanecer quieto por un tiempo mayor que el que puedan mantener ellos una fuerza frente a nuestra costa... tanto por razones técnicas como políticas. Además, quiere tener más lejos la fuerza de choque de ustedes para amenazar el flanco de ellos. Tiene que aprobarlo el comandante en jefe de la Flota del Atlántico, y todavía falta resolver una serie de detalles. Por ejemplo, Painter solicitó algunos E-3 Sentries, para apoyarlos aquí a ustedes.

—¿Un mes en mitad del Atlántico Norte en invierno? —Carstairs frunció el entrecejo. Había sido segundo comandante del Invencible durante la guerra de las Malvinas, soportando la violencia del Atlántico Sur varias semanas interminables.

—Alégrese por los E-3. —El almirante sonrió—. Hunter, quiero ver planes para usar todos estos buques que nos dan los yanquis, y cómo podemos cubrir una superficie máxima. Barclay, quiero ver su apreciación sobre qué hará nuestro amigo Ramius. Suponga que sigue siendo el astuto bastardo que hemos llegado a conocer y amar.

—Comprendido, señor. —Barclay se puso de pie junto con los demás.

—Jack. ¿Cuánto tiempo se quedará usted con nosotros?

—No lo sé, almirante. Creo que será hasta que vuelvan a llamarme para regresar al Kennedy. Desde mi punto de vista, esta operación fue dispuesta demasiado rápido. Nadie sabe realmente qué demonios se supone que haremos.

—Bueno. ¿Por qué no nos deja que nos ocupemos de esto durante un rato? Usted parece estar exhausto. Vaya a dormir un poco.

—Es cierto, almirante. —Ryan comenzaba a sentir los efectos del coñac.

—Allí hay un coy en el armario. Haré que alguien se lo prepare y por ahora puede dormir aquí. Si llega algo para usted, lo llamaremos.

—Es muy amable, señor. —El almirante White era un gran tipo, pensó Jack, y su esposa algo muy especial. Diez minutos después Ryan estaba dormido en el coy.

El Octubre Rojo

Cada dos días, el starpom recogía las plaquetas de radiación. Eso era parte de una inspección semi-formal. Después de controlar que todos los miembros de la tripulación tuvieran los zapatos perfectamente lustrados, que todos los camastros estuvieran bien ordenados y que cada armario se encontrara arreglado de acuerdo con el reglamento, el oficial ejecutivo juntaba las plaquetas usadas durante dos días y entregaba otras nuevas a los marinos, generalmente al mismo tiempo que les impartía algunas recomendaciones para que su comportamiento fuera tal como debía ser el del Nuevo Hombre Soviético. Borodin hacía de ese procedimiento toda una ciencia. Ese día, como siempre, el viaje de un compartimento a otro le llevó dos horas. Cuando terminó, la bolsa que llevaba sobre la cadera izquierda estaba llena de plaquetas usadas, y la de la derecha, vacía de las nuevas. Llevó las plaquetas a la enfermería de la nave.

—Camarada Petrov, aquí le traigo un regalo. —Borodin apoyó la bolsa de cuero sobre el escritorio del médico.

—Bien —el doctor sonrió al oficial ejecutivo—. Con todos estos jóvenes saludables tengo muy poco que hacer, excepto leer mis libros.

Borodin dejó a Petrov para que realizara su tarea. Primero, el doctor dispuso las plaquetas en orden. Cada una de ellas tenía un número de tres dígitos. El primer dígito identificaba la serie de la plaqueta, de modo que, si se detectaba alguna radiación, se dispondría de una referencia de tiempo. El segundo dígito indicaba el lugar donde trabajaba el marino; el tercero, dónde dormía. Era más fácil trabajar con este sistema que con el antiguo, que utilizaba números individuales para cada hombre.

El proceso de revelado era tan simple como una receta de cocina. Petrov podía cumplirlo sin pensar. Primero, apagaba la luz blanca del techo y encendía una luz roja. Luego cerraba y trababa la puerta de su oficina. A continuación tomaba la rejilla de revelado de su soporte en el mamparo, rompía los armazones plásticos y colocaba las tiras de películas en la rejilla.

Petrov llevó la rejilla al laboratorio contiguo y la colgó en la manija del gabinete de archivo. Llenó con productos químicos tres grandes bandejas

rectangulares. A pesar de ser un médico calificado, había olvidado la mayor parte de sus estudios de química inorgánica, y no recordaba exactamente cuáles eran los productos para el revelado. La bandeja número uno se llenaba con la botella número uno, y la bandeja número dos con la botella número dos. La bandeja número tres -eso lo recordaba- se llenaba con agua. Petrov no tenía apuro. Faltaban dos horas para la comida del mediodía, y sus tareas eran verdaderamente aburridas. Desde hacía dos días estaba leyendo sobre enfermedades tropicales en sus textos de medicina. El doctor esperaba la visita a Cuba con la misma ansiedad que todos los demás a bordo. Con suerte, algunos de los tripulantes podrían pescarse cierta oscura enfermedad, y, por una vez, él tendría algo interesante en que trabajar.

Petrov reguló el reloj mediador de tiempo del laboratorio en setenta y cinco segundos y sumergió las tiras de película en la primera bandeja mientras apretaba el botón del cronómetro. Mantuvo en él la vista bajo la luz roja, preguntándose si los cubanos todavía fabricarían ron. Él también había estado allá, hacía años, y se acostumbró a paladear el exótico licor. Como cualquier buen ciudadano soviético amaba la vodka, pero, ocasionalmente, anhelaba algo diferente.

El reloj comenzó a sonar y él levantó la rejilla, sacudiéndola cuidadosamente sobre el tanque. No tenía sentido que el líquido -¿nitrato de plata? o algo parecido- le cayera sobre el uniforme. Introdujo la rejilla en la segunda bandeja y reguló otra vez el reloj. Era una lástima que las órdenes hubieran sido tan estúpidamente secretas... Podría haber llevado su uniforme tropical. Iba a sudar como un cerdo con el calor de Cuba. Claro que ninguno de aquellos salvajes se molestaba nunca en lavarse. ¿Habrían aprendido algo en los últimos quince años? Lo vería.

El reloj sonó de nuevo y Petrov levantó la rejilla por segunda vez, la sacudió y la metió en la bandeja con agua. Otro aburrido trabajo ya completado. ¿Por qué no se caería algún marinero de una escalerilla y se rompería algo? Quería usar su máquina de rayos X, de Alemania Oriental, en un paciente vivo. No confiaba en los alemanes, marxistas o no, pero lo cierto era que fabricaban buenos equipos médicos, incluida su máquina de rayos, su autoclave y la mayor parte de sus productos farmacéuticos. Tiempo. Petrov levantó la rejilla y la sostuvo en alto contra la pantalla de rayos X, que encendió simultáneamente.

—¡Nichevo! —exclamó Petrov sin aliento. Tenía que pensar. Su plaqueta estaba velada. Su número era 3-4-8: tercera serie, armazón cincuenta y cuatro (la oficina médica, sección cocina), hacia popa, el alojamiento (de oficiales).

Las plaquetas tenían una escala de sensibilidad variable, de dos centímetros a lo ancho. Para cuantificar el nivel de exposición se usaban diez segmentos de columnas verticales. Petrov vio que su plaqueta estaba velada hasta el segmento cuatro. Las de los tripulantes de la sala de máquinas se hallaban veladas hasta el segmento cinco, y el torpedista, que pasaba casi todo su tiempo en proa, mostraba contaminación sólo en el segmento uno.

—Hijo de puta. —Conocía de memoria los niveles de sensibilidad. De todos modos, tomó el manual para controlarlos. Afortunadamente, los segmentos eran logarítmicos. Su exposición era de doce rads. La de los maquinistas, de quince a veinticinco. Doce a veinticuatro rads en dos días, no alcanzaba a ser peligroso. No era realmente una amenaza de pérdida de vida, pero... Petrov volvió a su oficina, dejando cuidadosamente las películas en el laboratorio. Tomó el teléfono.

—¿Capitán Ramius? Aquí Petrov. ¿Podría venir a mi oficina, por favor?

—Voy para allá, camarada doctor.

Ramius se tomó su tiempo. Sabía a qué se refería la llamada. El día antes de la partida, mientras Petrov se encontraba en tierra buscando drogas para su depósito, Borodin había contaminado las plaquetas con la máquina de rayos X.

—¿Sí, Petrov? —Ramius cerró la puerta a sus espaldas.

—Camarada comandante, tenemos una pérdida de radiación.

—Tonterías. Nuestros instrumentos la hubieran detectado de inmediato.

Petrov fue a traer las películas del laboratorio y las mostró al comandante.

—Mire aquí.

Ramius las levantó a la luz, observando de arriba abajo las tiras de película. Frunció el entrecejo.

—¿Quién sabe esto?

—Usted y yo, camarada comandante.

—No lo diré a nadie... a nadie —Ramius hizo una pausa—. ¿Hay alguna probabilidad de que las películas estuvieran... de que tengan algo mal, de que usted haya cometido un error en el proceso de revelado?

Petrov sacudió enfáticamente la cabeza.

—No, camarada comandante. Solamente usted, el camarada Borodin y yo tenemos acceso a ellas. Como usted sabe, yo probé algunas muestras al azar, de cada lote, tres días antes de que partiésemos. —Petrov, como todos, no habría admitido que había tomado las muestras de la parte de arriba de la caja donde estaban contenidas. No eran realmente al azar.

—La máxima exposición que veo es... ¿diez a veinte? —Ramius dedujo un poco las cifras—. ¿De quiénes son estos números?

—De Bulganin y de Surzpoi. Los torpedistas de allá adelante están todos debajo de los tres rads.

—Muy bien. Lo que tenemos aquí, doctor, es una posible pérdida menor... menor, Petrov, en la sala del reactor. Como máximo fuga de gas de alguna clase. Esto ha ocurrido antes, y nadie se ha muerto por ello. Se encontrará la pérdida y será arreglada. Mantendremos este pequeño secreto. No hay motivo para inquietar a los hombres por nada.

Petrov asintió con un movimiento de cabeza, sabiendo que en 1970 habían muerto algunos hombres en un accidente en el submarino Voroshilov, y otros en el rompehielos Lenin. Ambos accidentes habían ocurrido hacía ya bastante tiempo, sin embargo, y estaba seguro de que Ramius podía manejar las cosas. ¿No era así?

El Pentágono

La galería E del Pentágono era la primera y más grande, y como sus ventanales al exterior ofrecían algo más que una vista de patios sombreados, era allí donde la mayoría de los funcionarios de mayor rango de defensa tenían sus despachos. Uno de ellos era el del director de operaciones de los Jefes del Estado Mayor Conjunto, el J-3. Él no estaba allí. Se encontraba abajo, en una sala situada en un nivel inferior al subsuelo y llamada coloquialmente el Tanque, debido a que sus paredes metálicas tenían distribuidos ciertos elementos electrónicos que producían ruidos y estaban destinados a neutralizar cualquier otro equipo electrónico.

Hacía ya veinticuatro horas que se hallaba allí, aunque nadie podría haberlo deducido por su aspecto. Sus pantalones verdes aún estaban bien planchados, la camisa color caqui todavía mostraba los dobleces de la lavandería, el cuello almidonado y rindo como de madera, y la corbata sostenida impecablemente en su sitio por un alfiler de corbata, de oro, del cuerpo de infantería de marina. El teniente general Edwin Harris no era diplomático ni graduado de la academia de servicios, pero estaba haciendo de conciliador. Extraña posición para un infante de marina.

—¡Maldita sea! —Era la voz del almirante Blackburn, Comandante en Jefe del Atlántico. También estaba presente su propio oficial de operaciones, el contralmirante Pete Stanford—. ¿Esta es una forma de dirigir una operación? Los Jefes Conjuntos estaban todos allí, y ninguno de ellos lo aprobaba.

—Mire, Blackie, ya le dije de dónde venían las órdenes. —La voz del general Hilton, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, sonaba cansada.

—Yo comprendo eso, general, pero esto es por mucho una operación de submarinos, ¿correcto? Yo tengo que hacer participar de esto a Vincent Gallery, y usted debería tener a Sam Dodge trabajando en ello. Dan y yo somos hombres de combate, Pete es un experto en guerra antisubmarina. Necesitamos un submarinista.

—Caballeros —dijo Harris con calma—, por el momento el plan que debemos llevar al Presidente sólo necesita referirse a la amenaza soviética. Mantengamos en suspenso por ahora esta historia acerca del submarino lanzamisiles desertor, ¿no les parece?

—Yo estoy de acuerdo —asintió Stanford—. Ya tenemos bastante de qué preocuparnos aquí.

La atención de los ocho altos oficiales se volcó hacia la mesa-mapa. Cincuenta y ocho submarinos soviéticos y veintiocho buques de superficie, además de un conjunto de buques-tanque y de abastecimiento, se dirigían sin la menor duda hacia la costa de Estados Unidos.

Para enfrentar eso, la Marina norteamericana sólo tenía disponible un portaaviones. El Invencible, por sus particulares características, no podía considerarse como un portaaviones clásico. La amenaza era considerable. Entre todos los buques soviéticos llevaban más de trescientos misiles crucero superficie-superficie. Aunque diseñados principalmente como armas antibuques, la tercera parte de ellos -que se suponía estaban provistos de cabezas nucleares- era suficiente como para devastar las ciudades de la Costa Este. Desde una posición ubicada frente a Nueva Jersey, esos misiles cubrían desde Boston hasta Norfolk.

—Josh Painter propone que mantengamos al Kennedy cerca de la costa —dijo el almirante Blackburn—. Quiere dirigir la operación antisubmarina desde su portaaviones, transfiriendo a tierra sus escuadrones livianos de ataque y reemplazándolos con S-3. Quiere que el Invencible permanezca alejado, protegiendo su flanco del lado del mar.

—No me gusta —dijo el general Harris. Tampoco le gustaba a Pete Stanford, y todos habían acordado antes que el J-3 lanzaría el plan de acción—. Caballeros, si vamos a tener solamente una cubierta en condiciones de uso, no dudo un maldito segundo de que debemos tener un verdadero portaaviones y no una plataforma agrandada para guerra antisubmarina.

—Lo escuchamos, Eddie —dijo Hilton.